

INGER ENKVIST

Educación

Guía para perplejos



EE
ENCUENTRO

EDUCACIÓN



Ensayos
534

Educación
Serie dirigida por
Javier Restán

¡Cómo agradezco a mi padre haberme acostumbrado a preguntar las razones de todo, cuando todas las noches antes de acostarme me repetía: «Te debes preguntar por qué»!

Luigi Giussani, *Educación es un riesgo*, 2006

El debate sobre el significado y valor de la educación, sobre el sujeto responsable de la tarea educativa o el papel del Estado en la educación de los ciudadanos, acompaña a nuestras sociedades occidentales desde hace más de 200 años inmerso en controversias muy radicales. La experiencia educativa es consustancial a la relación humana, a la experiencia de la familia o a la pertenencia a una comunidad, y sin embargo hoy, en Occidente, resulta absolutamente necesario volver a preguntarnos qué significa educar. Profundizar en esta pregunta y buscar una respuesta a la misma es la finalidad de esta Colección Ensayos Educación dentro de Ediciones Encuentro. No queda fuera de este gran interés por la educación ningún aspecto, desde el más histórico hasta la reflexión filosófica, desde las cuestiones más pedagógicas y didácticas hasta el debate sobre la organización de los sistemas educativos.

Javier Restán
Director de la Colección Ensayo Educación

INGER ENKVIST

Educación:
guía para perplejos

EE
ENCUENTRO

© 2014
La autora
y
Ediciones Encuentro, S.A., Madrid

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9055-275-9

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid
Tel. 915322607
www.ediciones-encuentro.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
1. EL CONTEXTO ACTUAL DE LA EDUCACIÓN	11
La realidad y la verdad.....	11
Educación colectivista o educación personal.....	22
La educación en la era del vacío.....	32
2. LA EDUCACIÓN COMO POLÍTICA DEL ESTADO	39
La nueva pedagogía.....	39
La democracia y el igualitarismo	50
3. LA TAREA FUNDAMENTAL DE LA ESCUELA:	
LECTURA Y SOCIALIZACIÓN	73
Educarse es aprender a leer y a pensar	73
La socialización	79
4. LA EDUCACIÓN DE UN JOVEN ES UNA COLABORACIÓN	85
Los profesores	85
Las materias o disciplinas	96
Las metas y los métodos de aprendizaje	104
Los alumnos.....	122
Las escuelas.....	136
Los padres.....	144
5. PROBLEMAS QUE REQUIEREN AYUDA ESPECIALIZADA.....	153
6. CONCLUSIÓN: EL PORQUÉ DE LA CRISIS DE LA EDUCACIÓN Y CÓMO SALIR DE ELLA	163

INTRODUCCIÓN

¿Qué significa educar a alguien y qué significa educarse? La palabra educación significa varias cosas, y puede referirse a la educación en la familia y también a la educación escolar. Educarse es a la vez aprender contenidos y aprender un comportamiento. El presente texto se interesa por la educación en varios sentidos pero su enfoque principal está en la educación escolar. Habrá capítulos sobre la educación de los niños pequeños y sobre los escolares, capítulos sobre los profesores y sobre los padres, sobre la escuela como institución y sobre el papel del Estado. Todos estos aspectos están interrelacionados y, para ilustrar esta interdependencia, se podría pensar en triángulos.

Un primer triángulo sería la familia, la escuela y la sociedad, siendo el alumno el elemento que pone en relación estas tres instituciones. La familia confía a su hijo a la escuela durante unos cuantos años porque así lo ha decidido la sociedad, que justifica la obligatoriedad de la escolarización garantizando una educación de calidad. De esta forma, los profesores son responsables ante la sociedad, y no sólo ante los alumnos y los padres como se dice a veces.

En otro triángulo colaboran el alumno, la familia y el profesor. Los padres apoyan al alumno y al profesor para que el aprendizaje sea exitoso. El alumno se deja guiar por su familia y por el profesor, y el profesor no puede obtener ningún resultado si no colaboran con él el alumno y la familia.

En otro triángulo, el didáctico, se establece una relación entre el profesor, el alumno y la materia. El profesor enseña la materia al alumno, el alumno aprende la materia con la ayuda del profesor, y la materia es enseñada al alumno por el profesor. El aprendizaje no es posible si el alumno y la familia no respetan la escuela como institución social. Este es el dato central de la educación, así de sencillo. En las páginas de este libro, se darán ejemplos de lo que sucede si se introducen desequilibrios entre los elementos, por ejemplo, si todo el enfoque está en la voluntad del alumno y se relega al trasfondo al profesor y la materia. También suele terminar mal la educación si el joven no está apoyado por sus padres. Finalmente, tampoco se puede educar a un alumno que no esté presente en el aula o que sencillamente no se deje. El lector notará algunas repeticiones en el texto, y esto tiene que ver precisamente con las muchas relaciones que existen entre los factores que contribuyen a la educación de un joven.

En este texto se distingue entre los docentes que trabajan con los alumnos en la escuela y a los que se llamará profesores, y los pedagogos, nombre que se dará a los profesores que trabajan en la universidad con estudiantes de pedagogía y futuros profesores. Los profesores están vinculados a la práctica y a las materias mientras que los pedagogos no suelen trabajar con materias específicas. Los pedagogos toman prestados elementos de otros campos como la sociología, la psicología, la etnografía y la economía, pero no existe una teoría global de la pedagogía, quizá porque el aprendizaje humano es inmensamente complejo. Los técnicos hablan de sistemas hipercomplejos, y de hecho también se puede hablar de la educación como un sistema hipercomplejo. Cuando se habla de pedagogos en este trabajo, se piensa en los pedagogos que han adoptado la *nueva pedagogía*, de la que se hablará más adelante.

Este libro se interesa por toda la educación: desde la educación familiar del niño pequeño hasta el final del bachillerato, y constituye una antropología de la educación en el sentido de que aporta

observaciones sobre cómo funciona la educación en el entorno social actual. Constituye también una filosofía de la educación ya que quiere ser una reflexión en profundidad sobre la educación. El texto, en definitiva, es una síntesis personal de experiencias, lecturas y reflexiones y está escrito sin notas a pie de páginas y sin bibliografía porque casi todo lo que se puede decir de la educación se ha dicho muchas veces por muchas personas, y el aporte principal del presente libro consiste en mostrar cómo están interrelacionadas las ideas.

Una particularidad de la educación lo constituye la intensa politización a la que está sometida y que ha llevado a la introducción en el lenguaje habitual de la educación de términos con un contenido político. Palabras como *valores*, *educación a lo largo de la vida*, *inclusión* o *multiculturalismo* tienen un significado particular dentro del contexto escolar. Se utilizará la cursiva para señalar que una palabra se utiliza en el sentido específico adquirido dentro del mundo de la educación. La cursiva se utilizará también en las palabras citadas de otras lenguas.

Un aspecto esencial del presente libro es la denuncia del tabú que impide mencionar la relación entre la crisis de la educación en Occidente y el igualitarismo permisivo que ha desplazado al aprendizaje como idea estructurante de la educación o, con otras palabras, la combinación del igualitarismo con la *nueva pedagogía*.

1. EL CONTEXTO ACTUAL DE LA EDUCACIÓN

En el debate educativo es frecuente el rechazo de la educación tradicional afirmando que «el mundo ha cambiado» y que «los jóvenes de hoy son diferentes». Por eso, es necesario considerar algunos puntos de vista generales sobre la educación. Hablaremos del ideal de la psicología humanista, de la importancia de los conceptos de realidad y verdad, y mencionaremos algunos cambios sociales y psicológicos actuales.

La realidad y la verdad

Es imposible hablar de la situación actual de la escuela sin apelar a los conceptos de conocimiento, ciencia, realidad y verdad. Compartimos el mismo mundo por nuestra capacidad de basarnos en lo real, de contar con lo real y de poder intercambiar ideas e impresiones sobre lo real. Lo que nos permite realmente entrar en contacto con otras personas es que compartimos un marco común y, además, tenemos una inteligencia que nos capacita para reflexionar sobre lo real. No todos los padres de alumnos saben que existen bastantes profesores universitarios, y entre ellos bastantes formadores de profesores, que predicán que el conocimiento no existe y que no podemos saber nada de la supuesta realidad. Si negamos la existencia de la realidad, negamos también la existencia de la verdad, ya

que el concepto de verdad señala la relación entre la realidad y lo que se dice de ella. El conocimiento no puede existir si no existe una realidad cuyas características conocemos. Para las personas ajenas al mundo universitario, todo esto puede parecer un mero juego sin importancia, pero son muy graves las consecuencias. Si no existe la realidad, entonces ¿cómo podemos entendernos unos con otros? ¿Cuál sería nuestro terreno en común?

Si la realidad no existe, el profesor no puede transmitir unos conocimientos reconocidos por todos. ¿Por qué entonces no cambiar la práctica de la escuela?, piensan algunos *nuevos pedagogos*. En vez de exigir que los alumnos escuchen y aprendan lo que enseña el profesor, hagamos que los alumnos organicen ellos mismos su jornada de aprendizaje, eligiendo sus temas y sus métodos de trabajo. Así se llega supuestamente a una escuela antiautoritaria. Hay una conexión entre la idea de que la realidad no existe y cierta visión política y pedagógica. Si la realidad y la verdad no existen, no es mérito saber más sino que, por el contrario, hablar de conocimientos es una pura mascarada. La escuela sería una institución hipócrita y sólo serviría para hacer pensar que los alumnos de clase media tienen más méritos que los demás jóvenes y por eso merecen tener un acceso privilegiado a los puestos de trabajo de prestigio. Precisamente por eso algunos pedagogos y políticos piensan que hay que limitar esos privilegios, haciendo que el acceso a la educación esté abierto en todo momento y no se vea influido por los conocimientos previos de los alumnos. Conocimientos que, en cualquier caso, ya hemos visto que no existen. Además, tampoco es importante que los alumnos aprendan mucho o exactamente lo mismo ya que los conocimientos sólo son opiniones coloreadas por la subjetividad de cada uno. Sin embargo, surgen también problemas prácticos porque ¿cómo justifica la escuela tener ciertas reglas de conducta, si cada alumno puede explicar sus actos según su propia construcción de la verdad?

La expresión global de esta corriente de pensamiento se relaciona con el posmodernismo y se caracteriza precisamente por la idea

de que la realidad como hecho objetivo no existe sino que cada uno vamos construyendo nuestra propia realidad, una teoría que se ha venido llamando constructivismo o construccionismo. Obviamente, si todos pueden construir su propia realidad, disminuye la urgencia de la enseñanza y esto a pesar de que la sociedad occidental moderna presupone un pensamiento objetivo para que funcione no sólo la tecnología sino también la democracia, el bienestar y la protección jurídica de los derechos individuales.

Estas ideas, enseñadas a los futuros profesores como si fueran hechos comprobados, desestabilizan la educación. Por razones que son a la vez filosóficas, políticas y pedagógicas se ha ido introduciendo una filosofía que siembra elementos de anarquía en la escuela. No debe resultar asombroso que los padres no entiendan gran cosa, ya que muchos profesores tampoco entienden cabalmente lo que ha pasado. Esta filosofía se ha difundido en Occidente a pesar de sus contradicciones. Un ejemplo es que si la ciencia no es objetiva y ni siquiera intenta serlo, los resultados científicos son inútiles y deberíamos cerrar todas las escuelas, universidades y laboratorios del mundo entero. Sin embargo, eso no es lo que vemos que esté pasando. Por el contrario, en los países del este asiático, que están luchando por elevar rápidamente su nivel de educación, no pierden tiempo con ideas de este tipo.

El conocimiento se podría definir como una creencia justificada. Una manera de señalar la diferencia entre la enseñanza y el adoctrinamiento es decir que la educación adoctrina cuando presenta como conocimiento lo que sólo es creencia. Sin embargo, si todo saber está impregnado de subjetividad, eso significaría que toda enseñanza es adoctrinamiento, lo cual es precisamente la opinión de los constructivistas dogmáticos. Pero es un argumento débil y contradictorio: lo que no logran explicar los constructivistas es por qué debería ser un buen método de estudio que los alumnos busquen información cada uno por su cuenta, tal como proponen, si la información que van a encontrar está a su vez caracterizada

por la subjetividad del autor que la ha elaborado. El que el alumno busque los datos no elimina lo subjetivo sino que sólo añade un elemento de azar. Si se niega la cientificidad de la ciencia, ¿por qué se quiere que los alumnos busquen información?

Se habla de una «sociedad de la información y del conocimiento», pero paradójicamente lo que encontramos es una resistencia a la información, un no querer aprender. Se dice que no existe el conocimiento, pero contradictoriamente se argumenta que es inútil aprender porque los conocimientos cambian rápidamente. Y ¿por qué aprender algo que será considerado anticuado dentro de algunos años? La respuesta obvia es que, si existe el avance científico, debe existir el conocimiento. Para entender un nuevo dato científico, hace falta alguna base y ¿dónde adquirirla sino en la escuela?

Cuando se rechaza la escuela, se dice también que lo que se enseña en ella son sólo conocimientos *formales*. Llamar formal a lo que enseña la escuela revela una actitud ambigua en cuanto al valor de los conocimientos. Es como admitir a regañadientes que existen los conocimientos pero que se prefieren «otros» conocimientos y «otros» poseedores de conocimientos. Los catedráticos que enseñan que la verdad no existe no son serios porque si lo fueran dejarían inmediatamente sus cargos.

En vez de subrayar que los conocimientos capacitan a un individuo para comprender mejor el mundo y tomar mejores decisiones, convirtiéndose en un adulto de provecho, muchos intelectuales y formadores de profesores insisten en presentar la escuela como una institución social que sólo reproduce la desigualdad social. Estas personas no tienen fe en la capacidad de la adquisición de conocimientos para enriquecer al alumno y para ayudarlo a comprender el mundo. Desvían la discusión desde el aprendizaje, en el que de cualquier modo no creen, hacia el uso social de los certificados escolares.

La expresión «la verdad no existe» es un ejemplo de cómo se inventa una expresión que después se repite hasta que finalmente

es aceptada por personas que no han reflexionado realmente sobre lo que dicen. En política se dice que si algo se repite con suficiente frecuencia se convierte en «verdad», sea o no sea cierto. Repetir y repetir es también el método de la publicidad, y lo nuevo es que este método está siendo usado en ámbitos intelectuales donde supuestamente no debería tener aceptación.

Tampoco se suele entender bien el concepto de objetividad. En el campo de las ciencias sociales, hay muchos que piensan que para que una afirmación sea objetiva se debe dar tanto peso a lo negativo como a lo positivo. Por ejemplo, al hablar de la antigua Unión Soviética, ningún intelectual occidental criticaba a la URSS sin elogiar inmediatamente otro rasgo o sin mencionar algún rasgo negativo en Occidente. Lo objetivo se veía como describir a los países democráticos del mismo modo que a los países totalitarios, lo cual no es objetivo, claro. Lo objetivo es describir lo bueno y lo malo según las proporciones que corresponden a la realidad. Lo mismo pasa en la televisión cuando se pretende ser objetivo dando la palabra a personas que proclaman opiniones diferentes. Esto no es ser objetivo sino confundir al espectador. Para que el público entienda un tema se debe dar más énfasis a las explicaciones que mejor reflejen la realidad.

Otra tendencia no objetiva que se impone en los medios de comunicación es priorizar la información reciente sobre la importante. Por eso, vemos una avalancha de «informes» porque, si alguien quiere atraer la atención de los medios, el método más usado es presentar un nuevo informe para convertir un tema general en un tema de actualidad. Otra tendencia no objetiva es tratar un asunto a través de la emoción. Después de un desastre, se pregunta a las víctimas «¿cómo se siente?», lo cual desvía la atención de la explicación de lo que ha pasado. Quizá no se debería hablar de «informativos» en conexión con los noticieros caracterizados por esas tendencias.

La ligereza con la que se dice que la verdad no existe es paralela a la ligereza con la que algunos pedagogos llaman *investigación* a

la realización de tareas muy simples entre los alumnos de primaria. Vamos a detenernos en la palabra investigación como ejemplo de un uso manipulador de los términos. La verdadera investigación es larga, exige una preparación cuidadosa, consiste en formularse preguntas y buscar métodos para contestar a las preguntas, y no hay garantía de éxito. Lo que los nuevos pedagogos llaman investigación es que los niños busquen un dato en Internet. Hablar de investigación en este caso es una corrupción de las palabras por afán de igualar a los niños con los adultos y a los no investigadores con los investigadores, algo supuestamente democrático. Este uso de la terminología revela una actitud antiintelectual dentro de la educación, actividad intelectual donde las haya, y es un ejemplo de falta de respeto por la verdad. El escritor francés Albert Camus solía decir que usar las palabras en un sentido no exacto es contribuir a la infelicidad del mundo.

El concepto «cientificismo» pretende afirmar la ciencia como el valor más alto y único modo de acceso a la verdad, lo cual no es algo en sí mismo científico sino que constituye una visión del mundo, una filosofía del conocimiento. Esta tendencia cientificista se palpa en la producción de trabajos universitarios que no aporten nuevos conocimientos. De hecho, la pedagogía como disciplina universitaria está produciendo enormes cantidades de trabajos, pero no disminuyen los problemas en la educación. El punto central del trabajo científico es cuestionar aquello que se presenta como verdad y, por eso, es particularmente notable que pocos pedagogos cuestionen e investiguen los dogmas de la pedagogía actual.

La discusión sobre la realidad, la verdad, la ciencia y la objetividad está relacionada con la ética que enfoca la acción humana. Cuando tomamos nuevas decisiones, nos basamos en lo aprendido y en nuestras experiencias, porque también las decisiones morales son el resultado de un aprendizaje. La mente fija las metas y el cuerpo ejecuta. Desde Sócrates, saber en qué consiste la verdad es la condición para actuar de manera virtuosa, porque el mundo del verdadero

conocimiento y del acto virtuoso es uno solo o, dicho con otras palabras, la epistemología y la ética son dos facetas de la misma cosa. Los que cuentan con la «realidad de la realidad» cuentan también con que el ser humano puede guiarse por su voluntad. Sin embargo, bastantes intelectuales de hoy en día parecen no creer que exista la verdad y tampoco les interesa actuar de manera virtuosa.

Si respetamos a la persona humana, si pensamos que el ser humano tiene voluntad propia y puede establecer metas en su vida, entonces la educación debe invitar a los jóvenes a aprender todo lo posible para poder convertirse en las personas que quieren ser de adultos. De la misma manera, se puede invitar y practicar el reconocimiento del bien y el mal y basarse en este conocimiento a la hora de tomar decisiones. Si queremos que nuestros hijos vivan vidas honradas y que sean adultos adornados de virtudes, necesitamos una enseñanza ética explícita. Necesitamos garantizar a los jóvenes un ambiente escolar caracterizado por el respeto a la verdad, para que puedan reconocer y experimentar cómo mejora la vida cuando se respeta la verdad. Los conocimientos y las destrezas pueden contribuir al bien pero no tienen un valor moral inherente como lo tienen las virtudes. La ética nos permite ser morales, ser los dueños de nuestras propias vidas y convertirnos en lo que queremos ser. Para ayudar al joven en esa tarea, el primer paso es alejarlo de los ambientes en los que se prediquen el hedonismo y el infantilismo. El facilismo no convierte a los jóvenes en personas íntegras e independientes.

Tradicionalmente, para exigir una buena conducta, la escuela se apoyaba en las leyes del Estado, en el respeto por los adultos, en el respeto por el trabajo intelectual que exige esfuerzo y honestidad y en los preceptos de la religión. Pero todo esto ha sido barrido. En su sustitución se propugna una nueva base: podrían llamarse los *valores de convivencia*. Sin embargo, parece que la convivencia que se propone no está relacionada con el trabajo bien hecho o con una convivencia culta, sino una convivencia fundamentada

en la única consigna de no herir los sentimientos del compañero o alumno, ¡aunque este se porte mal! Un alumno puede negarse a obedecer y a trabajar, y aun así tener derecho a estar en el aula molestando a los demás sin que nadie se atreva a criticarlo porque el que critica es acusado de intolerante. En los países occidentales, las leyes no suelen permitir a los profesores actuar en los casos en los que se observa el rechazo a trabajar, la mentira, la amenaza, el insulto y hasta el robo. Así, los profesores y la mayoría de los alumnos terminan siendo víctimas de los alumnos que no quieren aprender.

Si se despoja al docente de su estatus de alguien que conoce la materia que van a aprender los alumnos, ¿qué hace el docente en el aula? Algunos alumnos han empezado a tratarlo como un hazmerreír mientras que otros lo ven como un terapeuta, alguien que debe estar allí para apoyar y a veces consolar a los alumnos. Para ellos, la docencia ya no es cultural e intelectual sino que pertenece más bien al ámbito de los servicios sociales o de la salud. En esa situación, los profesores no tienen ninguna autoridad para exigir un cierto tipo de conducta por parte de los alumnos.

La escuela debe poder exigir a los alumnos el esfuerzo para aprender, además de la puntualidad y la presentación digna, pero los políticos actuales suelen tener miedo a toda regla que parezca moral. En esa situación, la escuela no puede garantizar la tranquilidad suficiente para que puedan estudiar los alumnos que quieren estudiar. El Estado debería permitir que se intervenga contra los alumnos que no acepten las reglas de conducta para que no destruyan los posibles logros del grupo. Es perverso hablar de *inclusión* cuando se mantiene en la escuela a unos alumnos que la destruyen. Tampoco se debe permitir que los alumnos se dirijan de cualquier modo a los profesores o a los demás alumnos. La libertad de expresión no incluye el insultar porque el otro tiene derecho de no ser insultado. La libertad de expresión tampoco incluye el derecho de dejar constancia de su opinión personal en cualquier momento

porque destruye la concentración de los demás. La escuela debe ser un paso hacia la vida adulta y no una prolongación de la niñez.

Aunque se intenta escapar a la ética, es imposible. La ética está relacionada con la acción, todo lo que hacemos tiene relación con la ética porque expresamos nuestras elecciones éticas cada vez que actuamos, lo cual incluye hablar. Al elegir lo que vamos a decir y cómo lo vamos a decir, estamos realizando un acto que expresa un valor. No sólo la elección entre mentir y decir la verdad sino prácticamente cualquier palabra puede usarse como término de valor, y ese es otro punto en el que confluyen el aprendizaje con la ética.

El ser humano se pregunta qué puede hacer y, entre estas posibilidades, cuál debe elegir. En ese proceso interviene el conocimiento, el juicio y la decisión de actuar. Los niños pequeños se dejan llevar por la circunstancia y los jóvenes tardan más en desarrollar el juicio que en aprender datos y destrezas más puntuales. Es signo de madurez saber dirigir su actuación según la reflexión y la experiencia. El concepto poco usado de *a-crasia* atrae la atención sobre lo contrario: la dificultad de usar la voluntad para dirigir sus actos, quizá el resultado de una educación sin exigencias.

Los tres ideales de la Antigüedad eran lo bueno, lo bello y lo verdadero, y hay una interrelación entre ellos. En el contexto de la escuela, se puede decir que el ideal es que los alumnos conozcan la verdad en un ambiente bello y justo y que lo bueno para los alumnos es aprender lo verdadero. En el pensamiento griego, la virtud intelectual consiste en buscar la verdad, mientras que la virtud moral consiste en actuar de manera virtuosa. Así, las dos virtudes llegan a ser dos facetas de lo mismo. Esto constituye un contraste con la nueva pedagogía que distingue entre el *proceso* y el *producto* de la educación, privilegiando el proceso, es decir, el camino, ante el producto, el resultado. Sin embargo, la virtud de la que hablaba Sócrates es el producto porque no hablaba de haber querido ser virtuoso o haber querido buscar la verdad, sino de haberlo hecho. El ideal de la Antigüedad combinaba un buen comportamiento con un deseo

de conocer la verdad y una aversión por la falsedad, y todo eso se enseñaba. Un profesor era alguien que dominaba cierta materia, la había analizado para poder enseñarla y, a la vez, enseñaba indirectamente las virtudes intelectuales como la honestidad, la responsabilidad, el tener la mente abierta y la costumbre de reflexionar.

La escuela solía proclamar desde el primer día y de manera muy clara cuáles eran las obligaciones del alumno tanto de estudio como de conducta. A la vez, desde el comienzo, el alumno aprendía que las letras se combinan para dar cierta palabra y no otra y que las sumas arrojan cierto resultado y no otro. El aprendizaje de los contenidos y de la conducta llegaba a ser simultáneo. La idea era que el alumno incorporara buenas costumbres desde el primer grado para después seguir usándolas durante el resto de su escolarización casi sin darse cuenta. Así, las reglas eran primero una destreza y más tarde, cuando el alumno entendía la razón por las reglas, pasaban a ser también un conocimiento. Para los primeros pasos, la escuela tradicional usaba también un modelo: el profesor. El primer aprendizaje se hacía imitando al profesor, modelándose sobre él. Con el tiempo, el alumno podía adquirir más autonomía y modificar su conducta o su manera de pensar, pero los cambios no eran bruscos porque había aprendido un buen comportamiento. Dicho con otras palabras, tanto los conocimientos como la conducta primero se estudiaban con un buen profesor para copiarlo. El paso siguiente era adquirir destreza y fluidez tanto en los conocimientos como en la conducta, es decir, automatizar lo aprendido. Sólo después el alumno estaba en condiciones de trabajar de manera individual y quizá introducir algún reajuste en lo aprendido. La convivencia intelectual dentro del aula se basaba a la vez en el aprendizaje y en decir la verdad porque las dos cosas significan un respeto por lo real y por la verdad. Un alumno que se niega a aprender, un alumno que miente sobre si ha hecho la tarea y un alumno que copia en los exámenes es alguien que no respeta el conocimiento, no respeta a su profesor y a sus compañeros y tampoco, en la prolongación, a la sociedad.

Por todo lo anterior, el constructivismo representa un vuelco en la historia de Occidente. Tanto la tradición griega como la cristiana cuentan con la existencia de una realidad real, mientras que el constructivismo desprecia e ignora la realidad, proclamando que la realidad es lo que cada uno considera ser real. Por cierto, que esta es también la epistemología de los líderes totalitarios que no respetan la realidad sino que consideran que su voluntad personal es la realidad. Estas ideas no son nuevas pero han adquirido en nuestros días una importancia práctica como nunca antes habían tenido, porque la crítica al conocimiento se ha ligado a la crítica a la Ilustración y a la tradición científica. El conocimiento no sería sino una construcción realizada por el poderoso Occidente para ejercer el poder.

En resumen, podemos hablar de un valor lógico cuando se ve un ajuste entre lo pensado y lo real. Podemos hablar de un valor ético cuando se busca y se dice la verdad. Estamos ante un valor moral cuando se actúa promoviendo el bien. Los griegos veían en la filosofía el arte de vivir bien que incluía vivir según estos valores. La filósofa Hannah Arendt solía señalar la idea griega de decir que los niños son «los nuevos» y que los adultos que ya hemos estado en el mundo cierto tiempo debemos mostrar nuestro cariño por los nuevos ayudándolos a entender cómo es el mundo.

En contraste con este pensamiento, la idea de estudiar sin buscar la verdad y el bien parece un juego vacío. Pensar que cada uno tiene su propia verdad no nos ayuda a actuar en el mundo. Si no buscamos ni identificamos la verdad, todo queda confuso, incoherente y caótico, y se podría hablar de una anarquía mental. ¿Qué sentido tiene la palabra *diálogo*, tan repetida, si no se busca una solución en común? La palabra *tolerancia* implica no protestar contra algo que se considera negativo porque si se tratara de algo positivo no se diría tolerar sino elogiar. ¿Adónde vamos si lo malo se acepta y si lo bueno no se prefiere? ¿Cómo caracterizar una vida cultural que llena los medios de comunicación de alusiones a la criminalidad y al sexo y que es indiferente frente a la ciencia? ¿De nihilista y hedonista?

Educación colectivista o educación personal

Las reformas educativas que tuvieron lugar durante la segunda parte del siglo XX en Occidente han tenido un impacto profundo en el modo de entender la educación. Apareció una preferencia nueva y romántica que afirmaba que, en vez de una educación tradicional, el desarrollo de un joven debería verse como algo natural, espontáneo, individual. Del mismo modo se ha impuesto una preferencia por el aprendizaje práctico y tecnológico en contraposición al estudio teórico, a pesar de que el avance económico y tecnológico está basado en el desarrollo intelectual.

Del mismo modo, durante medio siglo muchos analistas de la política educativa han repetido una y otra vez que los resultados de los estudiantes están predeterminados por el nivel socioeconómico de su familia, lo cual implica que la educación no debería concebirse ya como una batalla individual con conceptos y manuales sino como algo que algunos estudiantes adquirirían casi sin esfuerzo por su parte. Desde los años sesenta, los investigadores de ciencias sociales han bombardeado al público con este mensaje. En consecuencia, los políticos tomaron dos medidas: bajaron las exigencias y multiplicaron la inversión en el sistema educativo... Pero ahora los sociólogos están desconcertados: los resultados de PISA, publicados cada tres años desde 2000, muestran que no hay una relación automática entre invertir más y obtener mejores resultados.

En la educación tradicional, se veía a los profesores como un grupo profesional importante, necesario para reproducir y desarrollar el nivel cultural e intelectual de la sociedad, pero desde el mayo del 68 los ideólogos ven a los profesores más bien como un grupo burgués que obstaculiza la reforma escolar. La lucha contra ellos por parte de los políticos igualitaristas se ha llevado a cabo como si se tratase de un proceso de reeducación. La reeducación exigía que los profesores cambiaran su manera de enseñar, dando énfasis al trabajo en grupo o individual y al uso de la tecnología.

Los métodos de enseñanza debían ser tan importantes o más que el contenido, lo cual significaba que lo que los profesores habían aprendido, los contenidos, iba a ser menos importante. Así pues, lo que se valoraba ahora en un profesor era algo que ellos no habían aprendido, últimamente y de modo muy especial, el manejo de las tecnologías. La formación docente en consecuencia se ha centrado en los aspectos más sociológicos y en la tecnología, más que en las materias escolares.

Por otro lado, en algunos países no se veía bien que las escuelas tomaran medidas contra los estudiantes que perturbaban las clases. Empezó así una tendencia a culpar a los profesores si los estudiantes no aprendían, con el argumento de que los profesores debían ser capaces de motivar a cualquier estudiante por recalcitrante que fuera. Mejor dicho, se llegó a considerar que esa era la tarea principal de un profesor.

¿Qué sucedió con las materias? En general todas las materias empezaron a enseñarse peor en este nuevo régimen, pero las que sufrieron más fueron las humanidades. No es difícil entender por qué. Las humanidades representan el pasado, la historia y la literatura necesariamente miran hacia el pasado y no hacia el futuro. La historia en mayor o menor grado desapareció del currículo porque el pasado supuestamente no tenía nada que enseñar a los jóvenes de hoy. La historia se fue cambiando en el plan de estudios por las ciencias sociales, enfocadas en el presente o en el futuro inmediato. En literatura, los clásicos fueron considerados como difíciles, innecesarios y sin importancia. El tipo de material de lectura que interesaba a los reformadores eran textos escritos específicamente para la enseñanza, que reflejaran los valores sociales actuales y tan fáciles que los estudiantes pudieran entenderlos sin la ayuda de un profesor. En matemáticas, se introdujeron nuevos métodos que supuestamente iban a modernizar su enseñanza y hacerlas más fáciles de entender. En cuanto a las ciencias naturales se invitaba a organizar su estudio en torno a proyectos interdisciplinarios relacionados con la vida

diaria. En resumen, el currículo se fue cambiando de forma drástica como consecuencia de la presión de estos reformadores quienes, al mismo tiempo, negaban de manera airada que los alumnos fueran ahora a aprender menos. No, replicaban, aprenden tanto como antes y, si parece que aprenden un poco menos en lo que se refiere a las materias, esto se compensa porque aprenden «otras cosas». Una fórmula con la cual los reformadores se referían en general a la colaboración y la creatividad.

Centrarse en los métodos y no en el contenido tuvo repercusiones importantes en los resultados, en la organización escolar y en el estatus de los profesores. Con el tiempo se ha visto que el interés por los métodos de enseñanza no apuntaba a mejorar la enseñanza de las materias. No, lo que querían los reformadores era quitar los exámenes y no comparar los nuevos resultados con los anteriores. Cuando cambiaron los contenidos, los métodos, los exámenes y a veces hasta el sistema de las notas, los padres y los políticos tardaron en reaccionar porque era difícil comprender exactamente lo que había sucedido como resultado de los cambios.

Un factor importante que permite entender por qué se impuso de manera tan masiva este nuevo enfoque es que los supuestos reformadores intimidaron a sus críticos, acusándoles de ser anticuados, elitistas y faltos de sensibilidad social. Desde los años sesenta, criticar las reformas escolares ha significado convertirse en blanco de una artillería ideológica pesada que tiraba para silenciar a sus adversarios, definiéndolos como inaceptables políticamente y hasta antidemocráticos. Sigue instalado un tabú contra la crítica en la discusión sobre la educación, y cualquier persona que se atreva a decir que algunas cosas eran mejor antes de la difusión de estas ideas reformistas es considerada como reaccionaria e incluso excluida de la conversación pública.

En el pensamiento estructuralista, dominante en los sesenta y los setenta, los profesores fueron vistos como «funciones», como piezas en la maquinaria estatal. En realidad, poco importa en este

planteamiento quiénes sean los profesores, porque el resultado de los estudiantes se considera que está predeterminado por su clase social. Los reformadores estructuralistas querían que los profesores se interesasen menos por las asignaturas y por los estudiantes ambiciosos. En cambio, consideraban que debían concentrar su energía en los estudiantes con problemas, lo cual parecía una invitación a que todos los profesores se convirtieran en profesores de apoyo o de educación especial. Los reformadores sufrieron una gran frustración al comprobar que los estudiantes no se comportaron tal como ellos habían planeado: cuando se bajaron las exigencias, los alumnos estudiaron menos, y la mayor inversión no frenó el declive de los resultados y, por supuesto, no hizo llegar el siglo de oro educativo en que se había soñado.

En la visión del mundo del estructuralismo y del postestructuralismo, los profesores son considerados como parte de la burocracia estatal, de los servicios sociales, y no como personas que pueden hacer una contribución intelectual y moral al alumno y a la sociedad. Su posible conocimiento de experto en una materia carece de interés. En otras palabras, a los profesores no se les considera profesionales como los abogados, los médicos o los ingenieros, sino funcionarios de nivel medio.

Como resultado de todo esto, cuando el postestructuralismo tomó el relevo del estructuralismo, muchos teóricos de la educación ampliaron su perspectiva basada en la clase social de los alumnos hacia nuevas cuestiones: el género, la etnicidad y la orientación sexual. Para los postestructuralistas, la realidad no existe de manera objetiva y por eso no puede haber ninguna verdad y las escuelas no debían ser lugares para la transmisión del conocimiento sino para la libre exploración de los intereses de los alumnos. Por eso, es lógico que los postestructuralistas se interesen poco por los currículos, los exámenes y la evaluación. Para ellos, los profesores son *facilitadores* que ayudan a los alumnos con sugerencias útiles, mientras que estos trabajan cada uno con los proyectos que han elegido de

manera individual. Dentro de la corriente del postestructuralismo, los constructivistas sociales repiten que nadie posee la verdad sobre un tema, que todos los puntos de vista sobre la realidad están impregnados de subjetividad y que lo que las escuelas enseñan como hechos no son más que opiniones. Este rechazo de la realidad y de la verdad socava tanto a la escuela como a los profesores, y el resultado es la confusión. ¿Qué se debe enseñar y por qué? ¿Por qué enseñar matemáticas si lo que quieren los estudiantes son clases para aprender a conducir? ¿Por qué tener escuelas? Las escuelas han cambiado tanto que algunos críticos han empezado a hablar de las escuelas como de guarderías para niños y adolescentes.

Podría haber una relación entre el énfasis actual en la tecnología y la tendencia de exigir menos esfuerzo a los alumnos. La tecnología, en cierta manera, busca que se hagan cosas con menos esfuerzo y, para conseguir esto, utiliza la estandarización, la segmentación y la simplificación. La tecnología se presenta como un instrumento para lograr una meta y generalmente no requiere mucha comprensión para poder usarse. En el contexto tecnológico, la lengua se reduce y, en vez de ser un método de comunicación complejo, sutil y variado, se convierte en una colección de frases meramente funcionales y operacionales. La razón de ser de la tecnología es el uso, y no en vano el pensamiento utilitario tiene un lugar más destacado en la visión del mundo actual que por ejemplo las humanidades.

Una persona elige lo que va a hacer y cómo lo va a hacer y, en ese proceso, revela quién es. Cada uno de nosotros es único porque nadie más hubiera elegido exactamente del mismo modo. Cuando decidimos qué pensar y qué hacer, creamos nuestra personalidad y definimos y creamos los valores morales que representamos. Todo esto es la consecuencia de la libertad que disfrutamos como seres humanos. Por esa razón, podemos decir que los seres humanos no son realmente comparables a otros y por eso se puede decir que son irreemplazables.

Un ser humano está presente para sí mismo como una interioridad, una identidad individual, y no sólo una exterioridad, un cuerpo. La experiencia que tenemos de nosotros mismos es que somos sujetos y no objetos. Nuestra autodeterminación nace cuando una persona elige actuar de cierto modo expresando así sus valores, representando esos valores, encarnándolos, y haciéndose responsable de lo que ha elegido. Por esto una persona es una finalidad en sí misma y no un instrumento para los deseos de otras personas. Si entendemos eso, entendemos también que debemos tratar a otras personas como sujetos y no como objetos o instrumentos para los designios de otros.

El concepto de creatividad es usado tanto en la educación estructuralista como en la postestructuralista como sustituto o como complemento al aprendizaje escolar tradicional. Sin embargo, también se podría ver como algo característico de todo lo humano. Todos los seres humanos son creadores porque piensan y actúan. No se puede hablar de la persona sin referencia a su capacidad de pensar y, por consiguiente, de ser creativo. Crear no es solo crear un objeto sino también pensar, hablar y actuar. Todo lo que una persona hace es nuevo porque ha elegido hacer precisamente eso, y precisamente en esa nueva situación. Cuando existimos en el mundo, necesariamente intervenimos en el mundo y esta es la razón por la que resulta imposible separar el hombre interior del hombre que actúa en el mundo.

Aplicando este pensamiento en el campo de la docencia, los profesores deberían ser vistos como personas: sus esfuerzos están orientados hacia los alumnos y caracterizados por la responsabilidad y la buena voluntad. Aprender es cambiar, pero para un muchacho puede resultar inquietante cambiar si no se siente rodeado y apoyado por personas benevolentes. Aprender es un reto continuo, y es más fácil hacer un esfuerzo y adaptarse a las nuevas exigencias si uno se siente protegido y «en buenas manos». Claro, los alumnos saben que los profesores están presentes para enseñar pero será para

ellos una gran ayuda si perciben que los profesores no sólo dicen lo que tienen que decir, sino que realmente transmiten algo que es importante para ellos mismos a la vez que se preocupan genuinamente por el aprendizaje de los alumnos.

Volvamos la mirada hacia el pasado, porque para entender cómo se concibe hoy la persona es necesario retroceder en el tiempo hasta Rousseau. De una manera simple podríamos decir que la idea tradicional era considerar a las personas como capaces tanto de hacer el bien como el mal y que por eso tenían que aprender el autocontrol. Por eso la educación no sólo era enseñar hechos sino también buenas costumbres. Las normas y las reglas tenían el mismo propósito, el de permitir a las personas vivir en sociedad, manteniendo la paz y controlando sus impulsos negativos.

Sin embargo, lo que Rousseau enseña es lo contrario, que los seres humanos somos buenos desde el nacimiento y que el mal aparece por influencia de la sociedad, por lo cual la educación debe mantener separados a los jóvenes de la sociedad para que sigan inocentes tanto tiempo como sea posible. Los jóvenes no necesitarían aprender la buena conducta porque ya son buenos y les es suficiente ser naturales y espontáneos. Ser responsable era visto antes como una buena acción, mientras que la nueva idea afirmaba que lo bueno consiste en la empatía sentimental. Esto significa un socavamiento de la idea tradicional de la persona humana.

Curiosa y contradictoriamente, esta idea se suele combinar con otra, posiblemente también influenciada por la Ilustración y su enfoque en las ciencias naturales. Se trata de la idea de ver a la persona humana como un ser mecánico, explicable «científicamente». Las dos tendencias, el naturalismo roussoniano y la Ilustración cientificista, rechazan la idea de la bondad como el resultado de una voluntad de hacer el bien, y por el contrario consideraban la bondad como algo natural o como algo explicable científicamente, no como virtud moral.

Pues bien, vemos la presencia y la combinación de estas dos ideas en la nueva pedagogía que, a la vez, enfatiza la espontaneidad

del alumno y el uso de la tecnología. Se combina lo sentimental con una visión utilitaria. Se habla de los conocimientos libremente elegidos por parte del alumno y de la convivencia en el aula pero no de la adquisición del joven de principios éticos que pudieran servirle de guía en la vida adulta. No se habla de la necesidad del joven de una visión moral, cultural e intelectual.

En ese proceso, los profesores están siendo utilizados para fines políticos y sociales y perciben vagamente que están siendo manipulados por las autoridades políticas. En la educación tradicional eran vistos como profesionales con la clara misión de elevar el nivel educativo de sus conciudadanos. Eran modelos, respetados por los alumnos y sus padres y a menudo consultados en cuestiones locales. Los estructuralistas y los postestructuralistas ven a los profesores como una mera función. Pocas veces se toma en cuenta su opinión profesional sobre cómo se debería organizar la educación y están obligados a obedecer las instrucciones de los políticos. Tienen que dedicar mucho tiempo a unos estudiantes que les faltan al respeto, a veces en escuelas en donde no se lleva a cabo ningún tipo de educación, ni intelectual ni moral.

Una prueba del poco aprecio por el conocimiento entre los políticos es la afirmación reiterada de que los mejores profesores deben trabajar con los alumnos con más problemas. Esta actitud indica que la meta principal de la educación no es preservar y aumentar el conocimiento o dar una buena base a los alumnos con interés por el estudio, sino que la meta política es que el sistema educativo produzca la menor diferencia posible entre los alumnos. Cuando esta meta se combina con un clima escolar permisivo, es obvio que se cree que se puede dar educación a un alumno a pesar de que no estudia realmente. El trasfondo de esta visión predominante sigue siendo que los alumnos no son responsables de sus resultados sino que los resultados dependerían de su bagaje socioeconómico. Los defensores de la idea hablan hoy más de equidad que de igualitarismo.

El enfoque político en los resultados de PISA nos da otra pista sobre el malestar actual de los profesores y los alumnos. La comparación internacional PISA es elaborada por la OCDE, que es una organización de cooperación económica, y la OCDE se interesa por la futura mano de obra de un país. Esta es una razón para incluir en las comparaciones precisamente las matemáticas, las ciencias naturales y la comprensión lectora. PISA ve la educación como instrumental y los investigadores de PISA han inventado su propio término para expresar lo que debe ser la meta de la educación: las competencias. Pero sólo se puede hablar de competencias en relación con una tarea, por lo que la educación entera se ve más o menos como formación profesional.

Los investigadores de PISA son estructuralistas más que postestructuralistas. Están convencidos de que los alumnos son lo que son por factores socioeconómicos. Para apoyar esta convicción, los investigadores recogen un número muy importante de datos económicos y sociales. Ahora bien, que los datos hablen en contra de la visión estructuralista parece que no influye en la convicción de los investigadores. En PISA 2009, China-Shanghái fue el campeón y los investigadores comentaron, como de pasada, que los alumnos no venían de familias de alto nivel económico y social, pero no dijeron nada respecto del hecho de que los alumnos se habían esforzado enormemente y que los profesores habían hecho un buen trabajo. Los políticos y los investigadores de PISA se interesan por lo colectivo pero no por el hecho de que el aprendizaje se está realizando en el cerebro individual de cada alumno.

Los países que ahora están en la cumbre de PISA no aplican la visión estructuralista o postestructuralista sino que mantienen su foco de atención en el aprendizaje a través del esfuerzo por parte del alumno y, por parte de los profesores, en el conocimiento y la capacidad de enseñar. Con este énfasis los países en cuestión logran excelentes resultados educativos e, irónicamente, también más igualdad social que los países que se centran en conseguir la igualdad.

El famoso informe McKinsey de 2007, basado en los resultados de PISA, concluyó que la calidad de los profesores constituye el factor principal para el éxito educativo. Si un país no puede reclutar buenos profesores y retenerlos en el sistema educativo, es improbable que logre o que mantenga una buena calidad en su sistema educativo. Los investigadores de PISA no han acusado recibo de este resultado. Por ejemplo, en un informe de la OCDE sobre el liderazgo escolar, los exitosos profesores finlandeses hablan de la calidad intelectual y de los métodos tradicionales, pero los autores del informe no muestran ningún interés por esta línea de pensamiento. Se podría decir que en los informes de la OCDE, los profesores son un instrumento para conseguir una meta: formar una mano de obra educada para su país.

Los informes PISA reciben tanta atención en la prensa y en la vida política que los profesores y los alumnos son tratados como si estuvieran obligados a entregar buenos resultados para asegurar la buena fama internacional de su país. Se han convertido en los participantes involuntarios de una competición que no han elegido. Algunos políticos quieren introducir nuevos programas de educación para mejorar los resultados exactamente de las materias en las que se basan los informes PISA. En otras palabras, su interés no proviene de un aprecio y un amor por los conocimientos sino por su voluntad de aumentar el prestigio internacional del país.

La enorme importancia adjudicada a la tecnología en la educación es otra pista que explica el actual malestar docente. Los pedagogos universitarios y los políticos –y los vendedores de ordenadores– repiten el mensaje de que el aprendizaje puede llevarse a cabo sin profesores si los alumnos utilizan un apoyo informático. Los argumentos mezclan ideas de diferentes campos. Por un lado, se basa en la visión romántica del alumno como alguien que aprende de manera espontánea e individual y, por otro, se nota una visión económica que concibe el aprendizaje como algo útil para la vida laboral. Aprender mediante el uso de los ordenadores y otras tecnologías, se

llega a ver como un método que consigue al mismo tiempo los dos objetivos citados: las competencias y la equidad.

Todo esto resulta problemático. Se tiene la sensación de que los partidarios de estas reformas educativas ven a los alumnos como instrumentos para sus propias metas políticas y sociales, pero no se percibe ningún respeto por los conocimientos, la integridad o la autonomía del profesor. Da la impresión de que tanto los profesores como los alumnos son tratados como instrumentos de un proyecto de ingeniería social.

La educación en la era del vacío

Para entender el contexto cultural de fondo en el que hoy debe desarrollarse la educación de los jóvenes tomaré como referencia por un lado las reflexiones de uno de los sociólogos actuales más citados, el francés Gilles Lipovetsky, y por otro la investigación llevada a cabo por la corriente de la psicología humanista y sus consecuencias educativas.

Lipovetsky define nuestra época como la época del vacío y de lo efímero. Pues bien, una educación que siempre quiere agradar no protege al individuo contra las decepciones sino que genera jóvenes vulnerables y fácilmente frustrados. Están tan libres que se ha dicho que están «sin obligación ni sanción» o «sin fe ni ley». La gran liberación de la sociedad tradicional parece no haber traído consigo la felicidad sino la ansiedad y la frivolidad.

La moral se ve como algo que debe tener «la sociedad» pero no necesariamente los ciudadanos. Lo importante para ellos es que tienen derechos. Oyen la palabra moral y piensan en derechos. El sociólogo francés utiliza la expresión «des-responsabilizar al ciudadano» porque supuestamente el único que tiene responsabilidades es el Estado. Los derechos se absolutizan y se puede hablar de un minimalismo ético porque el Estado sólo se atreve a prohibir lo que

vulnera los derechos de otro. Las democracias modernas han sido llamadas posmoralistas porque no exigen nada a sus ciudadanos.

Para Lipovetsky, ni la educación familiar ni la escolar entregan hoy unas normas suficientemente claras como para dar seguridad al individuo, y este, como ya no puede apoyarse en la tradición, se siente ansioso y cansado. Tiene que tomar muchas decisiones y se siente incierto. También el culto actual a la celebridad en los medios de comunicación puede generar ansiedad, según cree el sociólogo, ya que el individuo normalmente se siente descontento consigo mismo por no ser célebre, bello, fuerte y divertido.

Otra tendencia muy evidente de nuestro momento cultural es un énfasis exagerado en la comunicación, exagerado porque se trata de una comunicación que no tiene contenido. En el ámbito escolar, los alumnos muchas veces consideran que tienen derecho a no interesarse por la escuela, jugando con sus teléfonos, mandándose textos en vez de dirigir su atención al contenido de la clase. Se trata casi siempre de mensajes que expresen una pura toma de contacto sin contenido real, un pasatiempo. Ese tipo de comunicación es el mejor ejemplo de la era del vacío. Pero al mismo tiempo muchos alumnos exigen una relación hiperpersonal con el profesor, basada en la proximidad y la inmediatez, quizá para llenar ese vacío personal en sus vidas.

Lipovetsky señala el consumo como la idea principal de nuestra época incluyendo en este concepto tanto las mercancías como las experiencias, las distracciones y las emociones. Todo está caracterizado por no exigirse ningún esfuerzo ni tampoco ninguna responsabilidad. A la vez, la tendencia a la innovación permanente toma la forma de cambios incesantes e innecesarios.

En resumen, este sociólogo señala el lado problemático que tiene la enorme libertad actual para el individuo y para la sociedad, porque ese individualismo presenta varias caras, y junto a un individualismo fuerte y creativo, hay otro ansioso e inestable. Añade que, entre los jóvenes que se sienten perdedores, los hay que

consideran que pueden hacer lo que les dé la gana porque piensan que no tienen nada que perder ni ganar. Pero esta posición lleva muchas veces a otra modalidad de individualismo que podríamos calificar de salvaje, transgresivo y criminal que sólo tiene el propósito de destruir.

Veamos lo que nos aporta la llamada «psicología humanista» para abordar la tarea educativa en este contexto de cultura del vacío e individualismo sin referencias. La psicología humanista dice, ante todo, que podemos entender el mundo y que, de hecho, intentamos siempre entender lo que pasa alrededor de nosotros. Dirigir la mirada hacia la realidad nos ayuda no sólo a entender sino también a gozar de la belleza de lo que nos rodea. Los defensores más famosos de la psicología humanista como Abraham Maslow, Erich Fromm, Victor Frankl y Mihaly Czikszentmihalyi escribieron sus obras hace medio siglo, eran estadounidenses de origen europeo y repetían que la meta de la vida es realizar su potencialidad humana y que la educación debe ayudar al joven a desarrollarse tanto como sea posible y a convertirse en buena persona. Muchos teóricos de la educación han centrado su reflexión en los jóvenes con problemas, pero los psicólogos humanistas se fijaron en las personas equilibradas preguntándose cómo se educa a un joven para que sea capaz de elegir bien en su vida.

Describieron las necesidades básicas del ser humano: como sentirse físicamente seguro y protegido, pertenecer a un grupo, ser respetado y querido, sentirse a gusto con su identidad y poder actuar según su propio criterio. Pues bien, la educación constituye el prerrequisito para que el alumno pueda lograr estas metas. Los psicólogos insistieron en que la belleza, la verdad y la justicia son necesidades para el ser humano. Los ambientes no caracterizados por estos valores nos llenan de estrés y nos dan una impresión de vivir una vida degradada. Cuando la escuela ofrece un ambiente negativo se ve un malestar entre los jóvenes, también entre los jóvenes de familias que funcionan bien. Ven que la sociedad no los protege

y que no recompensa las buenas conductas. Se podría hablar de una confusión y de un idealismo frustrado. En vez de recompensar la virtud, la escuela y la sociedad a veces enseñan a los alumnos a tolerar a los compañeros que infringen las reglas.

Para estos psicólogos, la razón de ser de la escuela es enseñar la herencia de tres mil años de esfuerzos intelectuales y artísticos. Para entender esta herencia tenemos que desarrollar nuestro entendimiento de las diferentes materias. Mostrar respeto por el joven consiste en explicarle materias y conocimientos que sirven para entender el mundo, antes de tener la preocupación de que sirva directamente para ganarse la vida, y de manera especial la historia en todas sus formas, incluyendo la historia del arte, de la religión, de la filosofía y de la literatura. La vida intelectual es una aventura. Algunos dirían que se trata de un juego, pero es un juego que permite entendernos a nosotros mismos y a los demás, y esta es la mayor aventura que puede darse. Se puede comparar con la compra de un cuadro: con dinero se puede adquirir un cuadro pero sólo la educación artística permite entender su significado, que es lo que permite apreciarlo y valorarlo.

Educarse significa aprender sobre diferentes situaciones de tal manera que cuando alguien se encuentra en una nueva situación dispone de una preparación que le capacita para tomar buenas decisiones. Educarse es acostumbrarse a mirar, a escuchar y a reflexionar. Se trata de una mezcla de conocimientos, por ejemplo históricos, y de una preparación que se podría llamar moral. Se habla hoy de *literacy*, es decir familiaridad con el mundo de la lectura, pero el concepto se ha extendido a otros campos como los números, los ordenadores y el tráfico. Una educación humanista es también un tipo de *literacy*, una preparación ética para entender nuevas situaciones y poder actuar en ellas.

Un profesor es, o debería ser, un representante de la civilización, alguien que tiene una vida intelectual y a quien le importan las virtudes intelectuales. El profesor pone al alumno en contacto con

nuevos temas, exigiendo concentración y paciencia. El secreto de la buena enseñanza es que esté conectada con la honestidad y el valor, incluir en la enseñanza la belleza del mundo y no desacralizar sino resacralizar. Los profesores deben ser positivos, creativos, fuertes, alegres, independientes, valientes, además de cultos. La escuela debe ayudar a los alumnos a convertirse en personas que sepan dirigir bien su propia vida e incluso en futuros líderes morales. Para lograr esto, los jóvenes necesitan conocimientos ordenados, metas claras y retroalimentación. Para dominar destrezas complicadas necesitan desarrollar su paciencia, disciplina, valor y racionalidad y también su capacidad para la innovación. Por el contrario, lo que vieron en la sociedad los psicólogos humanistas hace medio siglo fue inercia y confusión. Pues bien, en la sociedad y en la educación actual, ha aumentado la confusión de valores y el resentimiento hacia lo bueno y lo superior. Incluso se percibe un deseo de ocultar las diferencias entre lo bueno y lo menos bueno. Esta confusión se ve también en gran parte de la crítica de música, pintura y literatura que se produce actualmente.

Estudiando a personas extraordinarias, aquellos psicólogos observaron que las personas psicológicamente sanas resultan tener también un alto nivel en sus funciones cognitivas y de percepción, así como un fuerte sentido del bien y del mal. La conexión entre estos factores es que, una vez comprobada la verdad de un dato, la persona puede basar su actuación en lo que sabe que es verdadero. La idea de creatividad que tenían estos psicólogos estaba bien lejos del rechazo al estudio y al esfuerzo concentrado. Más bien, defendían que la creatividad se basaba en periodos largos de trabajo duro para hacerse con los conocimientos y las experiencias que después permitían a las personas más creativas hacer un trabajo de alto nivel. La disciplina de trabajo llevaba a la persona creativa a sus *peak experiences* y la exaltación del *flow* de las ideas. Subrayaban que a las personas psicológicamente fuertes y creativas no les gusta ser controladas pero no rechazan el trabajo disciplinado.

La teoría pedagógica apenas ha avanzado durante el último medio siglo a pesar de mucha investigación. Los investigadores de pedagogía suelen tener un interés más social que educativo. Así, en bastantes ocasiones, su investigación resulta irrelevante para quien quiere mejorar la calidad de la educación. Otros que escriben mucho sobre la educación hoy en día son los economistas, pero rara vez les interesa la herencia intelectual de nuestra civilización. También hablan mucho de educación los políticos: sobre todo hablan de igualdad, de PISA y de la escuela como preparación para ganarse la vida. Casi nunca hablan del alumno como persona ni tampoco hablan de los ideales de la educación sino que, para ellos, los alumnos son estadística.

2. LA EDUCACIÓN COMO POLÍTICA DEL ESTADO

Después de abordar la cuestión de si existen la realidad y la verdad, si la educación debe ser personal o colectiva, y habiendo tomado como trasfondo algunas tendencias psicosociales actuales y la psicología humanística, vamos a ver cuál ha sido la respuesta de los pedagogos y de los políticos a estos retos.

La nueva pedagogía

A partir de la segunda guerra mundial, pero sobre todo a partir de los años sesenta, los países occidentales se encontraban ante dos posibilidades para democratizar la enseñanza. La primera era aumentar las plazas en el sistema educativo existente y diversificar aún más la oferta educacional para los jóvenes de perfiles diferentes. La otra solución era ofrecer un solo programa para todos los alumnos, una solución llamada escuela *comprehensiva* por la palabra inglesa *comprehensive* que viene a significar único o global. Esta última fue la línea escogida por la mayoría de los países. Al mismo tiempo que se establecía una organización del sistema educativo según los principios de la escuela comprensiva, se introdujeron nuevos métodos de trabajo que debían permitir el funcionamiento del sistema. Algunos de estos aspectos metodológicos fueron: el énfasis en la *autonomía* del alumno, que debía permitir superar las diferencias

entre los individuos y a la vez mantener la uniformización exterior de la oferta escolar. Más tarde, se combinó esta autonomía con la introducción de la *tecnología*. Finalmente, se añadió a este cóctel un énfasis en lo lúdico, lo fácil, lo placentero y lo hedonista, afirmando que aprender debía ser divertido, algo muy acorde con las tendencias dominantes *posmodernas*. A nadie se le escapa que cuando lo divertido como ideal se combina con la autonomía del alumno, el resultado es que el propio alumno debe poder elegir si quiere o no realizar cierta tarea escolar.

Desde los años sesenta, se percibe una fuerte corriente antiautoritaria tanto en el ámbito de la educación familiar como en la escolar. Se llega a afirmar que los padres estarían ejerciendo una autoridad ilegítima al tomar decisiones sobre sus hijos, y otro tanto los profesores al dirigir el trabajo de sus alumnos. En consecuencia se pide que los padres se comporten como amigos de sus hijos y que los profesores ya no enseñen sino que se conviertan en *facilitadores*. Esta corriente pretende *colocar al alumno en el centro del proceso educativo*. Pues bien, los cambios producidos por la aceptación de estas fórmulas son tantos que podemos hablar de una *nueva pedagogía*. Si antes el énfasis se ponía en lo que debía aprender el alumno para convertirse en un adulto culto y responsable, ahora la argumentación es muy diferente. Ahora se parte del presupuesto de que nadie puede aprender si no quiere y que, por eso, hay que presentar el material de manera atractiva para motivar al alumno. Se afirma que el profesor no precisa saber tanto de la materia en sí como de las diferentes maneras lúdicas de presentar las tareas. En otras palabras, el futuro profesor debe estudiar más pedagogía y menos las disciplinas científicas. Además, ¿quién sabe mejor que el propio alumno qué es lo que más le agrada? Por eso, los profesores deben preparar la materia en forma de proyectos entre los cuales el alumno elegirá el que más le guste. Ya que el aprendizaje se ve como ligado a los intereses del propio alumno, este también se convierte en el agente indicado para evaluar la experiencia.

La corriente filosófica que está detrás de esta nueva pedagogía es el *constructivismo*, que se basa en la observación correcta de que todo aprendizaje necesariamente tiene lugar en el cerebro del alumno y que, en ese sentido, el aprendizaje es individual. Nadie niega eso. Sin embargo, el constructivismo toma esta observación como punto de partida para suponer que el alumno no puede aprender de lo que le explica otra persona, sino que tiene que buscar él mismo su información para convertirla después en conocimiento. Esta búsqueda se considera parte sustancial del proceso de incorporación de nuevos datos en el alumno y como la primera fase de la elaboración que convertirá los nuevos datos en conocimientos. En esta idea se basan las técnicas pedagógicas de lo lúdico, de los proyectos individuales y del uso de la tecnología. Aquí surge una contradicción porque el material que pueda encontrar el alumno también está elaborado por alguien y, por tanto, no sería menos *autoritario* que la explicación del profesor.

Después de muchos años de dominio de la nueva pedagogía en la escuela, ha aparecido un nuevo infantilismo en la educación. En vez de preparar al niño y al joven para las exigencias de la vida adulta, se le invita a estar siempre jugando, satisfecho de sí mismo y cada vez menos capaz de soportar una posible observación crítica sobre su trabajo. La aceptación de la fragmentación y de lo fortuito en el proceso del aprendizaje es otra tendencia posmoderna, que va unida a la exaltación de la autonomía del alumno y al uso permanente de la tecnología. Sin embargo, si no se estudia de manera sistemática y si no se repasa y memoriza, todo queda en actividades quizá placenteras pero rápidamente olvidadas.

Lo que vemos como consecuencia de estas tendencias es que los países occidentales invierten más en la educación que antes, pero no mejoran los resultados. Al revés, en muchos países aumenta el número de alumnos con problemas. Sin embargo, ante esta situación, la pedagogía como disciplina universitaria no suele tener otra respuesta que echar la culpa a la sociedad. En vez de hablar de exigir

más esfuerzos por parte del alumno o de mejorar los programas, se habla de la autoestima de los alumnos, como si la autoestima no fuera una consecuencia de haberse esforzado y de haber logrado un buen resultado.

La nueva pedagogía presupone que el niño tenga una sed de conocimientos que le empuje a buscarlos y por tanto que la enseñanza debe basarse en las preguntas de los alumnos. Esta idea podría funcionar en algunos casos pero no serían muchos. Al revés, el profesor es quien pone en marcha el aprendizaje con un programa adecuado a la edad y los conocimientos previos de los alumnos. Ya que aprender supone concentración y esfuerzo, es poco probable que los niños como grupo muestren un enorme entusiasmo. Además, los niños no saben todavía lo que pueden aprender, así que es casi imposible que formulen preguntas y metas. Es más probable que puedan aprovechar un programa estructurado, elaborado por un profesor. Obligados a aprender según la propuesta de la escuela, van conociéndose a sí mismos como aprendices y formándose como personas con una identidad intelectual y moral.

Digan lo que digan los constructivistas, la mayoría de los adultos sabemos que es posible aprender de lo que expone un profesor y, en general, es mucho más rápido y fácil aprender con un profesor que trabajar solo. Podemos comparar esta situación con la que vivieron los alumnos que tenían que estudiar a distancia porque residían lejos de los centros urbanos. Algunos llegaban a adquirir excelentes conocimientos, muy sólidos, pero la mayoría dejaba los estudios sin terminarlos. Estudiando con un profesor, el alumno enfoca lo más importante sin perder tiempo y, si toma un camino equivocado, el profesor le corrige y le indica el camino para llegar a la meta. Además, el profesor y el grupo le dan energía y fuerza moral para perseverar. A pesar de que casi cualquier profesor puede dar fe de esta observación, los representantes de la nueva pedagogía han sabido imponer el constructivismo a los profesores. Actualmente hay pedagogos que prefieren ver la escuela como un *lugar de vida*, en

vez de como un lugar para la educación y, por tanto, consideran que es una meta en sí misma el que los niños y jóvenes estén en la misma aula y hagan la misma cosa.

El eslogan del *alumno como centro del proceso educativo* nunca ha sido completamente realizado, porque una educación realmente individualizada sería enormemente cara y, además, casi imposible de organizar dentro de la escuela. Esta pedagogía centrada en el alumno se convierte más bien en una pedagogía que se apoya en los demás alumnos y no en la materia ni en el profesor. Los verdaderos agentes socializadores de los jóvenes llegan a ser los otros alumnos de su misma edad y no la familia, ni los profesores, ni otros adultos representantes de la vida laboral. Se confía en que haya algún alumno que logre resolver el problema y que ayude también a los demás. Así, en el caso ideal, todos aprenderán y nadie se quedará atrás, el aprendizaje será más libre y habrá mayor colaboración entre los alumnos y finalmente la educación se convertirá en autoeducación y en convivencia. Muchos países introdujeron esta pedagogía a finales de los años sesenta pero está a la vista que el modelo no es exitoso. Cuando se dice que los jóvenes son capaces de desarrollar un conocimiento sin el profesor, en realidad se les está dejando solos con sus compañeros. Muchos países han invertido sumas considerables para que funcione el modelo, y aun así eso no ocurre. Por el contrario, cada año bajan más los resultados y además han aparecido en los colegios nuevos fenómenos de vandalismo y de violencia que no se habían visto antes.

La violencia no debería sorprendernos. En los modelos tradicionales de educación, basados en la familia, el colegio o la vida laboral, las actividades y las reglas de comportamiento quedaban en manos de los adultos. La nueva pedagogía implica un repliegue del profesor en la confianza de que los jóvenes son capaces de regular su comportamiento tomando decisiones grupales. Supuestamente, el grupo puede juntarse para decidir qué reglas seguir y, por ser una decisión emanada de los propios jóvenes, se cree que todos van a

acatar las reglas. Sin embargo, ahora existen colegios sin reglamento oficial porque los alumnos de once o doce años no han tenido interés en reunirse para tomar una decisión sobre las reglas a seguir. Además, el modelo cuenta con los profesores porque se supone que estos harán acatar las decisiones tomadas por los alumnos.

El deseo natural imitativo propio de la adolescencia y preadolescencia aumenta la influencia de los compañeros. Imitan a los demás porque no quieren ser diferentes. El grupo impone cierta ropa de marca, aconseja fuertemente ver tales programas televisivos o jugar ciertos juegos electrónicos. Desafortunadamente, no suelen ser los alumnos más razonables o más interesados en los estudios los que ejercen el liderazgo. En bastantes colegios, algunos pocos jóvenes pueden convertir en imposible el estudio. Lo que se ha constatado en algunas zonas es que, cuando los adultos dejan de guiar a los grupos de alumnos, empieza a prevalecer la ley del más fuerte. Se ha extendido el *acoso escolar*, también llamado *matonismo* o *bullying*, y han surgido pandillas dentro de las escuelas que intimidan y roban a los otros alumnos y que cometen actos de vandalismo. Los adultos ni siquiera pueden proteger eficazmente a un alumno que denuncie a su agresor.

A los partidarios de la nueva pedagogía les ha costado mucho admitir la existencia de esta violencia justamente porque cuestiona sus supuestos básicos. En la escuela lúdica y divertida no debería existir la violencia. Al ser más libres, los alumnos deberían ser felices y agradecidos, trabajando a su ritmo. Los pedagogos ya no pueden negar la violencia pero intentan negar que tenga relación con la manera de organizar el trabajo y con el fracaso escolar, pero no cabe duda que, entre los violentos, la mayor parte son alumnos que han fracasado en la escuela. Estos pedagogos echan la culpa a los muchos cambios ocurridos en la sociedad, y es verdad que ha cambiado la sociedad pero ¿no debería haberse adaptado entonces la escuela a estos cambios para proteger mejor la educación de los alumnos? Se debería revisar esa educación a través de los

compañeros, ya que puede ser una de las causas de los problemas actuales de la educación.

En la nueva pedagogía, el profesor se convierte en facilitador y en administrador ya que, como se ha dicho, el ideal es la *autonomía del alumno*, un ideal que entrega al propio alumno el desarrollo del pensamiento y la adquisición de los conocimientos. La insistencia sobre la autonomía del alumno expresa la voluntad de disminuir la importancia de la relación entre el alumno y el profesor. Se supone que el alumno va a poder encontrar un material interesante sobre algo que todavía no conoce e integrar los datos encontrados por él mismo entre sus conocimientos anteriores, es decir, que cualquier alumno, sin preparación especial, puede hacer el trabajo de un autor de manual. En realidad lo que sucede es que casi siempre el alumno elige tareas bastantes mecánicas porque son las únicas que puede realizar sin la ayuda del profesor, y todo esto va en detrimento del desarrollo de sus conocimientos y del desarrollo de su pensamiento. Como hemos mencionado, la idea de la autonomía surgió en conexión con una idea romántica del ser humano, tomada de Rousseau y que viene a decir que las personas son buenas en sí mismas pero se estropean en el contacto con la sociedad. Se piensa que, si se deja en paz al niño o al joven, este podrá desarrollarse por sí mismo y llegará a ser una persona más libre y más creativa que si está sujeto a una formación.

Otra idea que coincide en el tiempo con la moda de la autonomía del alumno es la insistencia en la educación en tecnología. La tecnología ha sido presentada por parte de los políticos como una modernización, como una manera de preparar al alumno para el mercado laboral y como una manera de lograr una ventaja para el país en la competición con otros países. Sin embargo, cuando se junta la nueva tecnología con la idea de la autonomía del alumno, el resultado es dejar que el alumno busque materiales en Internet por sí solo en vez de proporcionarle un manual escrito por un especialista en la materia. De esta manera disminuye el tiempo para

trabajar el pensamiento en clase y discutir en grupo, puesto que cada alumno trabaja con su propio proyecto en su propia pantalla.

Para retomar las riendas de la educación, la sociedad debe ofrecer a los jóvenes programas de estudio exigentes para que el alumno vuelva a sentir los estudios como un reto. También hay que instaurar umbrales para acceder a los diferentes cursos. Antes de acceder a un nivel superior, el alumno debe haber adquirido ciertos conocimientos. No se trata de castigar al alumno sino de estimularlo. Los umbrales que existían han sido suprimidos porque no se consideraban democráticos, lo cual ha venido a significar que el alumno puede llegar a niveles en los que no tiene posibilidad de realizar las tareas porque no tiene los conocimientos previos indispensables. Al encontrarse en una situación imposible el alumno tiende a abandonar los estudios con el riesgo de que ese fracaso escolar lleve a un fracaso vital más amplio. El sistema está condenando al fracaso a muchos jóvenes que no cuentan con un adecuado apoyo familiar, paradójicamente en nombre de la democracia.

Los valores de la nueva pedagogía no están anclados en observaciones sobre lo que favorece el aprendizaje sino en unos presupuestos ideológicos. En los trabajos universitarios de pedagogía, ya no se habla de esfuerzo y se percibe un desinterés por el alumno que estudia y sale adelante. El concepto mismo de alumno medio o «normal» está cuestionado porque se considera una jerarquización inadmisibles decir que algunos alumnos se comporten de manera normal. Parece incluso que la idea de esfuerzo más bien hay que aplicarla al profesor, quien debe encontrar siempre nuevas maneras de enseñar. Pero el valor del estudio se ha transmitido siempre dando relevancia a los contenidos, a la aventura del conocimiento, y desde ahí generando un estímulo y una exigencia en el alumno. Además, la buena conducta se aprendía al mismo tiempo que los contenidos. Pues bien, en ese proceso el profesor era indispensable ya que los conocimientos eran presentados de manera organizada, como saberes comprobados y entregados de manera objetiva por el profesor.

Resulta difícil entender que haya personas que se dediquen a la enseñanza pero no se interesen por los conocimientos. Sin embargo, en los libros sobre educación, no es raro encontrar afirmaciones a favor de lo irracional y de una especie de nihilismo cultural. En cierto modo, la actitud es lógica en las personas que no creen que exista la realidad. Si se cree que no existe la realidad, ¿por qué defender algo que no existe? Es lógico que tampoco exista un sentimiento de culpabilidad por no cuidar o mejorar la herencia cultural. ¿Qué más da no transmitir algo que de cualquier modo no tiene realmente una existencia objetiva? Platón decía que los sofistas no buscaban la verdad sino su propio provecho a través de su excelente manejo de las palabras. Vendían la palabra, encontrando argumentos favorables para sus clientes sin preocuparse de la verdad de lo que decían. Algunos nuevos pedagogos podrían ser unos sofistas modernos.

En la educación actual, existe una diferencia fundamental entre los países que ponen el énfasis en la autonomía del alumno y los que lo ponen en el aprendizaje del alumno. Durante décadas, la voluntad de democratizar la educación ha sido una de las ideas dominantes en los países occidentales. El método elegido por los nuevos pedagogos ha sido pedir al profesor que se acerque al alumno. Se habla de crear un interés en el alumno por el aprendizaje más que exigirle un esfuerzo y, aunque hayan bajado los conocimientos, no se ha modificado este pensamiento. Cualquiera que se atreva a decir que antes los resultados eran mejores se ve automáticamente calificado de retrógrado, porque los nuevos pedagogos afirman que la nueva orientación es correcta y que la culpa la tienen los cambios ocurridos en la sociedad.

Una manera de evaluar la nueva pedagogía es comparar dos países vecinos no muy diferentes de los que uno adoptó la nueva pedagogía y otro no. En 1970, antes de PISA, Suecia se encontraba bastante por encima de Finlandia en cualquier tipo de comparación educativa. Después, Suecia decidió adoptar la nueva pedagogía y Finlandia no. Los alumnos suecos tenían cada vez más derechos y menos

obligaciones. Ya que había menos exámenes que antes, los alumnos podían mantenerse dentro del sistema de educación a pesar de no esforzarse por aprender. Se podría decir que algunos alumnos no eran estudiantes porque apenas estudiaban. Estaban matriculados, lo cual es otra cosa. En contraste, Finlandia se convirtió en 2003 en la gran noticia del mundo de la educación porque, en el informe PISA, resultó ser la nación más exitosa, ubicándose en la cumbre junto con países bien posicionados en educación como Singapur, Corea del Sur y Taiwán. En el informe PISA siguiente, Finlandia seguía siendo el número uno pero, había mejorado sus resultados todavía más. Suecia se encontraba entre los números quince a diecisiete del *ranking*, pero lo importante es subrayar que Suecia estaba bajando lentamente y Finlandia estaba subiendo. Los finlandeses atribuyen sus buenos resultados a los siguientes factores: profesores con buena preparación académica en todos los niveles, madres con un alto nivel de educación, familias que apoyan a los docentes, un sistema escolar con metas claras, una inversión estable del Estado en la educación y unos grupos de escolares no muy numerosos. Se podría añadir que Finlandia no ha introducido la nueva pedagogía.

Sin embargo, en Suecia los ciudadanos han reaccionado después de cuatro décadas con la nueva pedagogía. Las reformas educativas ocupan un lugar destacado en la agenda política, y en 2009 se votaron varias leyes de gran alcance para la educación. Se ha introducido una reforma del bachillerato y de la formación profesional que aumenta las exigencias para entrar en los programas y para graduarse. Una reforma de la formación docente incrementa las exigencias en las materias que va a enseñar el docente. El documento que tiene que conseguir el docente certifica para qué materias y para qué edades se ha preparado el docente. Suecia está rectificando por lo menos en parte su apuesta por la nueva pedagogía, mientras que Finlandia está gozando de un enorme prestigio por no haberla introducido.

Desde hace muchos años, los finlandeses están convencidos de que el factor crucial en la educación es el profesor. En Finlandia se

exigen unas calificaciones muy altas de los futuros profesores y se intenta que los mejores alumnos de bachillerato se sientan atraídos hacia la docencia. Además, se considera que un profesor ha de ganar lo mismo que otro universitario de alto nivel. La confianza de los ciudadanos en los profesores permite después que no sea necesario usar tanto control sobre la educación. El ejemplo finlandés puede servir de estímulo para otros países. Finlandia era relativamente pobre al comienzo del siglo XX, estuvo en guerra con la Unión Soviética durante la segunda guerra mundial y ha pasado por varias crisis económicas. Las familias tienen claro que una buena formación es la mejor forma de asegurar el futuro de los hijos en un mundo en el que todo está sujeto a cambios. Con sacrificios, Finlandia se ha convertido en un país de bienestar. Ahora está por ver si el país va a poder mantener su línea de exigencia hacia los alumnos si va a sucumbir al facilismo.

Los políticos occidentales igualitaristas siguen imponiendo la nueva pedagogía. En Francia, decidieron hace años que un ochenta y cinco por ciento de los jóvenes debían lograr el nivel del bachillerato, pero sin permitir que se exigiera trabajo a los alumnos. No mencionan en sus programas ni el esfuerzo ni la necesidad de conocimientos previos, desconfían de la educación tradicional y creen que es suficiente adjudicar dinero para la compra de ordenadores. Para estos políticos, la educación representa una destreza práctica, de utilidad económica y social, más que un adiestramiento para que los jóvenes sean capaces de pensar.

En Gran Bretaña se han realizado una serie de reformas educativas durante más de veinticinco años y con gobiernos de diferente signo —bajo Thatcher, Blair y Cameron— centradas en conseguir elevar los resultados según el modelo de las «escuelas exitosas» que se focaliza en tres elementos: los estudios sistemáticos, el esfuerzo y la evaluación. Es interesante observar qué tres colectivos se han opuesto a las reformas: los pedagogos que han introducido la nueva pedagogía; los funcionarios del Ministerio de Educación que han

prosperado en el entorno de la nueva pedagogía; y los sindicatos docentes, ganados para la nueva pedagogía, que dicen que las reformas ponen en duda la profesionalidad del profesorado. Es bueno que el ciudadano sepa que no todos los que supuestamente defienden la buena educación tienen realmente esa prioridad.

Estamos ante una contradicción cuando la educación se entrega a unos pedagogos que se caracterizan por desconfiar de los demás adultos y de los conocimientos elaborados por la sociedad durante mucho tiempo. De hecho, puede que el ideal de estos nuevos pedagogos esté muy lejos de aquello a lo que aspiran los padres. La nueva situación no se caracteriza sólo por la ambivalencia frente a los conocimientos sino directamente por la contradicción. ¿Cómo educar a los jóvenes bajo la influencia de unos pedagogos que no quieren transmitir conocimientos porque no les interesa?

La democracia y el igualitarismo

En la educación actual, chocan dos tendencias sociales y culturales: por un lado, la que subraya la necesidad de nuestra sociedad de tener una población bien educada que permita mantener el nivel económico y de bienestar que disfrutamos y, por otro, una tendencia muy acusada al facilismo, a la no exigencia en ningún aspecto de la vida, incluso al «todo vale». La escuela despierta tanta pasión porque se encuentra en ese punto álgido del debate cultural. Por otro lado, cualquier persona se siente capacitada para pronunciarse sobre las cuestiones educativas aun careciendo de conocimientos precisos o actualizados, por el simple hecho de haber sido alumno o por tener hijos que estudian.

Socializar a los jóvenes significa transmitirles las normas compartidas por los adultos, de forma que los jóvenes reciban el mismo mensaje por parte de sus padres, de sus profesores y del resto de la sociedad. La ingeniería social, por el contrario, quiere

cambiar la sociedad enseñando a los jóvenes una *nueva* manera de percibir la realidad y de comportarse, con la intención de cambiar la sociedad. Incluso se aspira a que los alumnos influyan en sus padres, una socialización al revés. Usar así a los jóvenes es un rasgo que caracteriza a los Estados totalitarios, algo que debería preocupar a aquellos que defienden esta idea. Las personas ajenas al mundo de la educación no siempre se dan cuenta de lo que está pasando porque la influencia ejercida es una influencia emocional y se centra en cuestiones de estilo de vida y en la ausencia de conocimientos precisos. Esta socialización al revés socava la autoridad no sólo de los padres sino también de los profesores y de la escuela como tal.

Los sistemas educativos fueron creados para dar a la nueva generación acceso a los conocimientos elaborados y acumulados por la sociedad, pero estaremos ante una nueva situación si, minusvalorando la herencia recibida de las generaciones anteriores, todo el interés se pone en «lo nuevo». Si esto se enseña en el colegio, no resulta sorprendente que las experiencias, las opiniones y las reglas de los adultos carezcan de importancia para bastantes jóvenes.

Estos cambios vienen a ser una visión instrumental de la educación. Para empezar, ha cambiado la manera de hablar de la educación. Ya no se dice que los alumnos deben *saber* algo sino que deben *saber hacer* algo. Lo que se busca ya no son los conocimientos sino las destrezas, ahora llamadas *competencias*. La visión instrumental de la educación, asociada a la utilidad económica, se ha aliado con una corriente antiintelectual que percibe los conocimientos como elitistas y que busca orientar la educación hacia un aumento de igualdad. Estas dos corrientes de pensamiento desconfían de los conocimientos de las materias y prefieren ver la educación como un entrenamiento profesional y social. La educación ya no consistiría en entender el pasado y construir sobre él, sino en encontrar el camino más rápido hacia el futuro. Todo este nuevo modelo tiene que ver con un cierto menosprecio por el individuo como ser humano,

como alguien con una vida interior y, a la vez, explicaría por qué la tarea de los profesores se ha vuelto casi imposible.

La educación se puede ver como una conversación entre generaciones, una conversación iniciada por los adultos sobre las experiencias de otras épocas y de otros lugares. Si se quiere que los jóvenes tengan la capacidad de percibir su propia situación desde una perspectiva histórica, geográfica y social, no se les debe preguntar a cada rato qué es lo que prefieren hacer ni insistir permanentemente en la posible utilidad profesional que pueda tener un determinado aprendizaje.

Cuando los políticos de hoy hablan del aprendizaje, es notable su entusiasmo por el aprendizaje asistido por ordenador. En otras palabras, su visión del aprendizaje tiene algo en común con la del conductismo, también llamado *behaviorismo*. Esta corriente cree que aprender es incorporar una nueva conducta a través de la repetición. Aprender sería algo mecánico. Bastantes políticos y economistas hablan de este tipo de aprendizaje porque lo que les interesa es un aprendizaje rápido de lo que es útil para el crecimiento económico y no la educación como la transmisión de la herencia de nuestra civilización.

Hoy en día, en los países del llamado *estado del bienestar*, se ven como una misma cosa la democracia y el bienestar. No se habla del componente de responsabilidad que contiene la democracia, y de esta forma se favorece la idea de que la sociedad debe dar todo a los ciudadanos sin esfuerzo alguno por parte suya. De esta forma, poco a poco, vamos pasando de ser ciudadanos a ser receptores de beneficencia. El gobierno ejerce el poder de manera legítima por haber sido votado, pero el ciudadano tiende a quejarse de las autoridades como consumidor en vez de reaccionar como ciudadano. Se trata de una suerte de populismo o clientelismo porque la democracia no consiste sólo en celebrar elecciones sino también en el respeto a la verdad.

Durante la Ilustración tomó mucha fuerza la idea de promover la emancipación del pueblo de la ignorancia a través de la ciencia y de la educación. Hoy tenemos escuelas para todos, pero curiosamente no exigimos que se estudie, muy al contrario de lo que pensaron los ilustrados. Entendida la democracia como igualitarismo, los ideólogos colectivistas, que son más ideólogos que amantes del conocimiento, prefieren que nadie aprenda para que no haya diferencias entre los alumnos. Para comprender lo que ha sucedido, basta con comprobar cómo han disminuido durante el siglo XX en los países occidentales las exigencias en los planes de estudio y, por tanto, en los manuales de primaria y secundaria.

Una de las contradicciones inducidas desde la política es la transformación de esa idea de que la educación sirve para que el individuo pueda mejorar su condición a través del esfuerzo, en la idea de que existe un derecho a «recibir» educación sin esforzarse, un derecho que además se plantea como algo «colectivo». Esto es imposible: no se pueden adquirir conocimientos sin esfuerzo y, al decir lo contrario, nos estamos comportando como unos herederos desagradecidos. Es más, ¿qué vamos a entregar a nuestros hijos después de afirmar que la realidad no existe, como se hace hoy?

Este igualitarismo está reñido con el mérito que es la base de la sociedad democrática. La Ilustración abolió las ventajas por nacimiento de los nobles para decir que sólo debía contar el mérito del individuo. Ahora se ha ido más lejos. En vez de criticar los privilegios de la aristocracia se ha instalado un tabú que impide criticar la ignorancia de los ignorantes. Ser ignorante no debe constituir un obstáculo para obtener ventajas o influencia, algo que se refleja en la costumbre de incluir una representación de los grupos más diversos en las diferentes juntas de administración. En cierta manera, esta actitud es lógica porque, si la verdad no existe, ¿cómo afirmar

que cierta preparación o cierta experiencia vale más que otra? Si la verdad no existe, lo único en que se puede basar la organización de la sociedad es el poder.

Nueva contradicción: el énfasis en enseñar una supuesta actitud crítica. Está muy bien saber criticar pero para poder criticar algo primero hay que conocerlo. Lógicamente, si alguien está a favor de la crítica debería estar también a favor del aprendizaje, pero eso es precisamente lo que vemos.

Curiosamente, a pesar de estos ideales antiilustrados, las nuevas corrientes culturales han tomado de los ilustrados el concepto de los derechos humanos. Tendríamos derechos pero no obligaciones. Esto es contradictorio porque ¿cómo se van a asegurar esos derechos si los ciudadanos no colaboran con la sociedad desarrollando un alto nivel de conocimientos, aportando recursos y respetando las leyes hechas para proteger los derechos? Es infantil la actitud de querer recibir sin aceptar una responsabilidad. Es como si los ciudadanos fueran niños esperando que sus papás, es decir el Estado, los protejan.

Se pensaba que la pedagogía centrada en la autonomía y la igualdad daría por resultado una personalidad antiautoritaria, pero no es lo que vemos. Sin conocimientos, acostumbrados a vivir en grupo, ¿cómo van a elaborar los jóvenes una visión del mundo realista e independiente? Durante las revueltas de mayo del 68, se difundió el lema «mejor una cabeza bien hecha que una cabeza bien llena», una expresión engañosa, porque no se puede tener una cabeza bien hecha sin tener primero conocimientos. Igual que aquel otro lema del 68 por el cual resultaba loable sobrepasar los límites. Esto puede ser así, o no, porque depende de los límites de los que estemos hablando. Hoy en día los políticos hablan como si lo nuevo fuera siempre mejor que lo que se reemplaza. ¿Cómo lo saben? No se puede decir que sea siempre bueno sobrepasar límites sino que sólo lo es a veces, y hay que investigar cada caso por separado.

La escuela está atravesada por contradicciones en todos los sentidos. Si las escuelas sirven para potenciar el aprendizaje, lógicamente saber más debería tener más mérito que saber menos. Sin embargo, en la llamada *enseñanza de valores* el énfasis está en llevarse bien con todos y *tolerar* al que es *diferente*. La palabra clave es *incluir* en el sentido de mezclar o no diferenciar. El actual uso de la palabra *discriminación* está relacionado con una visión de la sociedad como estructura formada de capas opresoras y capas oprimidas y donde, por supuesto, se hace caso omiso de la responsabilidad de cada uno. Cualquier diferencia se considera consecuencia de unas estructuras sociales siempre injustas. Según esta teoría, en la escuela no importa si un alumno se ha esforzado porque también la voluntad y el esfuerzo se consideran productos de la estructura social. Es muy significativo lo que ha sucedido con la palabra *discriminación*, que se ha convertido en negativa como si toda discriminación fuera negativa. Es interesante, porque todo aprendizaje consiste en saber distinguir o discriminar entre diferentes categorías. ¿Cómo puede ser positiva la evaluación y negativa la discriminación si la evaluación consiste en discriminar entre lo bueno y no menos bueno?

No es sólo en la escuela donde tenemos que aceptar las reglas de nuestra comunidad. Como adultos, tenemos que aceptar un sinnúmero de reglas de comportamiento ciudadano y profesional. Al alumno que no aprenda esto en la escuela le será más difícil adaptarse a las diferentes reglas y leyes de la vida adulta, reglas cuya finalidad es garantizar la convivencia y defendernos contra la violencia de los demás. Por eso, tenemos que aprender la autodisciplina por el bien propio y el de los otros. Aquí, tenemos otra contradicción: en la educación actual, se habla sin parar de convivencia pero no se exige que se obedezcan las reglas de convivencia. También se debería hablar de la responsabilidad de la sociedad hacia los alumnos que acuden a la escuela para aprender y que pierden su tiempo por el desinterés de otros alumnos.

La nueva pedagogía no sabe qué hacer con los *objeto- res escolares* que rechazan la idea de aprender y de obedecer. Los objeto- res dicen que a ellos no les gusta estudiar, que no les gusta callarse para escu- char y que no les gusta tener que leer o escribir. Creen tener derecho a que se les respete su gusto. Sin embargo, no entra en su visión del mundo una obligación suya de respetar los gustos, las opiniones y las reglas de los demás y es imposible que funcione una escuela que acepte el derecho de cada alumno de actuar a su manera. Los objeto- res escolares suelen usar unas técnicas de dominación para ridiculizar o insultar a los profesores y a los otros alumnos.

La escuela pública funcionó relativamente bien en los países oc- cidentales mientras el Estado garantizó en los colegios el orden, la calidad de los contenidos y la calidad de los docentes. Sin embargo, en los años sesenta y setenta del siglo pasado se fue introduciendo la nueva pedagogía, con un trasfondo más social y político que in- telectual. Al mismo tiempo, se introdujo la idea de que el alumno tenía «derecho» a estar en un curso sin saber lo que debía haber aprendido en los niveles inferiores y también el «derecho» de seguir matriculado en una escuela a pesar de su mala conducta. La nueva consigna rezaba *colocar al alumno en el centro del proceso de edu- cación* en vez de colocar el aprendizaje del alumno en el centro. Fue entonces cuando se empezó a distinguir entre educación y ense- ñanza, de forma que poco a poco la idea misma de educación se fue desligando de la enseñanza y el aprendizaje. En ese nuevo contexto, un alumno que no estudiaba no debía ser reñido por perezoso sino que se debía pensar que las estructuras sociales no le invitaban a estudiar. Él no tenía la culpa y el profesor debía comprenderle y compensarle en vez de exigirle.

Todo esto refleja una situación confusa que contiene a la vez ele- mentos igualitarios e individualistas. Lo que ha pasado en la educa- ción se debe entender poniéndolo en relación con una nueva concep- ción de la relación entre el Estado y el individuo. El igualitarismo no

admite que los alumnos y sus familias puedan elegir un proyecto y un programa educativo determinado porque en la escuela obligatoria los políticos han decidido que el programa debe ser exactamente igual para todos. El alumno y su familia no pueden elegir a sus compañeros porque los políticos han decidido que es importante para la cohesión social que gente muy diferente esté junta. El alumno y su familia no pueden elegir a su profesor ni tampoco el profesor puede elegir a su grupo porque las autoridades han decidido que el azar es lo más justo.

¿No protestaron los docentes ante estas nuevas consignas políticas y la intromisión de políticos, pedagogos y funcionarios? Sí, protestaron pero empezó una campaña contra ellos afirmando que eran unos burgueses privilegiados que para redimirse debían concentrar su esfuerzo profesional en los alumnos con más problemas de aprendizaje. Se instaló un tabú contra la mera mención de la posibilidad de que los alumnos con mayor rendimiento, por ser más trabajadores o tener más capacidad, pudieran tener necesidades educativas diferentes.

Cuando se introdujo esta moda pedagógica ya había desaparecido la idea de que la escuela servía para que los jóvenes se emanciparan de la ignorancia. Al revés, se criticaba a la escuela porque los resultados de los alumnos no eran suficientemente similares entre ellos. Se había producido una deriva desde el igualitarismo entendido como el derecho de todos a la educación, hacia el igualitarismo como exigencia de que el resultado final de los alumnos fuera el mismo, tanto si se esforzaran como si no lo hacían. Para acercarse a esa meta, se disminuyó la importancia de las notas y se introdujeron materias menos exigentes, afirmando siempre que los alumnos aprendían tanto como antes pero que ahora aprendían *otras cosas*.

Como ya se ha dicho, se empezó a hablar de la sociedad como una estructura que coloca a algunos como ganadores y a otros como perdedores y víctimas. En esa perspectiva, los seres humanos no

seríamos responsables de nuestros actos sino que habría estructuras que actúan a través de nosotros sin que nos demos cuenta. Esta manera de pensar niega la importancia de la voluntad y del esfuerzo. Como si fuéramos muñecos, todos actuaríamos como si estuviéramos programados, como si no pudiéramos distinguir entre el bien y el mal. Una idea antihumanista.

Este encono contra la voluntad y la verdad se produce al mismo tiempo que se percibe una falta de amor por la democracia liberal, que precisamente es una organización de la vida social y política que se basa en la capacidad de los ciudadanos de entender de los asuntos del Estado y de participar en ellos eligiendo libremente entre diferentes opciones.

En la nueva pedagogía se repite sin tregua la palabra *valores*. Pues bien, para entender lo que ha sucedido en la educación occidental, hay que observar que se ha procedido primero a eliminar el valor del esfuerzo y del conocimiento para después reintroducir otro valor, diferente, el de la *convivencia*. En la práctica se predica la tolerancia ante las conductas negativas porque nadie se atreve ya a criticar la conducta de otro. Si un alumno insulta al profesor, en vez de condenar sin más este acto se empieza a buscar una explicación. Así, se disculpa al agresivo, al ignorante o al perezoso, con lo cual los perdedores son los que han cumplido y quieren aprender. Se llega al absurdo de que no gusta que otros alumnos tengan más conocimientos porque se ve como una superioridad social inaceptable, lo cual implica que se ha instalado un antiintelectualismo en el seno de la escuela.

Cuando la educación se concibe como un derecho, aparece una nueva actitud entre algunos alumnos, un desafío que en inglés se resume en un *teach me if you can*. No se trata de un odio a los profesores sino más bien de un desprecio condescendiente. Se habla de «objetores escolares» como si su rechazo al esfuerzo fuera una elección política consciente. En realidad, estos alumnos no están en el nivel de conocimientos que necesitan para entender las tareas y,

en vez de ponerse a estudiar, han decidido que la escuela es una obligación no justificada que les impone la sociedad. Sería un derecho humano no someterse al supuesto autoritarismo representado por la exigencia de educarse, lo cual es una actitud antisocial.

Es triste que los países occidentales, que solían ser países cultos, hayan introducido como derecho democrático el seguir matriculado en el sistema escolar sin estudiar, lo cual supone un desorden intelectual y una trivialización del conocimiento. Ahora no es infrecuente ver a los alumnos inteligentes y trabajadores como víctimas de los que no estudian, lo cual nos recuerda el magnífico título de la novela *La conjura de los necios*. Lo que no se entiende es que algunos de los que defienden la ignorancia son personas que se suponía que eran intelectuales en el sentido de cabezas pensantes.

Dejar que los jóvenes pierdan su tiempo a lo largo de la primaria, la secundaria y el bachillerato es una contradicción cuando por otro lado se está promocionando el concepto de *educación a lo largo de la vida*. Lo racional sería formar lo mejor posible a los jóvenes en edad escolar, que es cuando no tienen otras tareas y cuando es más fácil aprender que en la edad adulta. Para convertirse en un empleado flexible que quiere seguir formándose, lo mejor es disponer de una buena formación de base. Además, los que suelen buscar más educación son los que ya tienen cierto nivel de formación. Es curioso que entre los jóvenes deba primar el igualitarismo mientras que, entre los adultos, se exige preparación profesional.

Para entender por qué hay tanta discusión sobre la educación es bueno recordar que la educación es una cuestión absolutamente clave de las ideologías. Todos los que quieren crear un *hombre nuevo* intentan influir en la educación, porque es muy difícil cambiar a un adulto. Es llamativo el uso ambiguo de la palabra *libre* en conexión con la educación. Algunos hablan de una educación libre cuando la organiza una institución religiosa, es decir, libre significa libre de influencia estatal. Otros hablan de la educación estatal como libre en el sentido de libre de la influencia de la Iglesia. Desde la mitad

del siglo XX, la controversia educativa en los países democráticos gira alrededor del derecho del Estado a imponer a la población una educación con un contenido ideológico. Se trata de un asunto complejo porque hay que distinguir entre lo que es ofrecer a todos los jóvenes una educación pagada por los contribuyentes y la cuestión de si debe ser exactamente la misma para todos, si se deben permitir itinerarios diferenciados, y qué hacer con los alumnos que no pueden incorporarse al programa común, el problema de la *inclusión*.

La discusión que más pasión despierta actualmente es si se deben ofrecer diferentes itinerarios a los adolescentes dentro del marco de la educación secundaria obligatoria. Los argumentos a favor de dar lo mismo a todos tienen que ver con la cohesión social. Los argumentos en contra son que, llegados a la adolescencia, los alumnos son ya muy diferentes en sus gustos y capacidades y es casi imposible ofrecerles un programa adecuado para todos. Los argumentos en contra de la escuela comprensiva o única hasta la edad de los dieciséis años se resumen precisamente en eso: que es artificial tratar como si fueran iguales en su capacidad de aprendizaje a unos jóvenes que no lo son. El problema se complica con la nueva pedagogía que aboga por dejar libertad al alumno para escoger qué y cómo trabajar, así como la promoción automática del alumno aunque no haya aprendido.

La tesis principal del presente libro es que la escuela *comprensiva* combinada con la *nueva pedagogía* aumenta el desorden y hace bajar la calidad. Muchos países occidentales logran apenas unos resultados mediocres y dejan descontentos tanto a los alumnos avanzados como a los menos capacitados. Además, en la secundaria algunos alumnos adolescentes son relativamente maduros y tienen intereses adultos, mientras que otros son niños que siguen jugando. Se corre el riesgo de que los más avanzados se adapten a un clima de menor trabajo y exigencia, a la vez que los alumnos menos exigentes consigo mismos pueden pensar que el currículo es demasiado difícil para ellos, y de esta manera justificar que tampoco ellos tienen

que trabajar tanto. Para evitar ese efecto, los países asiáticos ejercen una presión social que hace que casi todos los alumnos se esfuercen mucho. Un país como Finlandia ha desarrollado una combinación flexible de exigencias y de apoyo.

Un argumento en contra de los itinerarios en la secundaria obligatoria es que los alumnos de los programas más prácticos y menos teóricos podrían sentirse menos valorados. Otro argumento en contra es que los alumnos que estudian los programas teóricos habrían sido seleccionados por alguien y eso sería injusto. Un tercer argumento es que los alumnos serían demasiado jóvenes para saber lo que quieren y que podrían elegir algo que les perjudicara en el futuro. Pues bien, un primer contraargumento es que, si no han estudiado en la primaria, ya han elegido: la secundaria enseña un programa que se basa en la primaria y, si alguien quiere proponer una segunda oportunidad a los alumnos que hayan desaprovechado la primaria, lo adecuado sería ofrecerles un año extra para recuperar el tiempo perdido antes de entrar en la secundaria. Si no, como estamos viendo, la secundaria se convierte en una prolongación de la primaria.

En general, los países que están a favor de la escuela comprensiva combinada con una actitud permisiva son los países del bienestar que creen poder permitirse no exigir tanto a sus jóvenes. Quieren ofrecer a los jóvenes una niñez y juventud sin mucha presión en los estudios. En contraste, Corea del Sur, Singapur, Hong Kong y Taiwán organizan su educación para conseguir resultados rápidos. Como Japón, son países con una superficie limitada y pocos recursos naturales que sólo sobreviven por el esfuerzo y el ingenio de sus habitantes. De ninguna manera se permiten jugar con el tiempo de sus jóvenes y con el dinero invertido por el Estado en la educación.

No hay razón lógica para combinar la escuela comprensiva con la pedagogía *niñocéntrica* pero, en los países occidentales, esa es la realidad desde hace medio siglo. Los políticos que introdujeron la escuela comprensiva obviamente temían que no todos los alumnos

fueran capaces de seguir el currículo que antes estudiaban sólo algunos alumnos, y en consecuencia procedieron a aligerar los programas. Desaparecieron casi inmediatamente el latín y el griego, con el argumento de que eran inútiles. Las clases de literatura y de lengua materna fueron reunidas en una sola materia y se disminuyó el número de horas de la nueva materia. Disminuyó también el número de lenguas extranjeras. Al mismo tiempo, se introdujeron más materias prácticas. El propósito era conseguir una formación más variada para todos los jóvenes, ofrecer a todos los alumnos una posibilidad de brillar en alguna materia y al mismo tiempo, preparar a todos para un mercado laboral también «nuevo».

Los nuevos métodos de trabajo centrados en el trabajo individual, el trabajo en grupo y el trabajo asistido por la tecnología llevaron a los profesores a sustituir los exámenes por la entrega de tareas escritas. Se decía que si los alumnos tenían exámenes sólo aprenderían para los exámenes y ahora iban a aprender para la vida. También había posibilidad de que fueran aprobados más alumnos si la evaluación era continua e incluía la valoración de la simple participación por parte del alumno.

Esta nueva pedagogía hizo bajar los resultados en Europa occidental y en Norteamérica pero no fue hasta la aparición de las comparaciones internacionales como PISA cuando los resultados empezaron a preocupar seriamente a los gobiernos. Tanto los políticos como los pedagogos occidentales habían rechazado las críticas, diciendo que eran exageraciones. Los países ricos se sentían tranquilos. Eran países desarrollados y democráticos. Sin embargo, con la globalización, los políticos y los hombres de negocio son conscientes de que ha aparecido una competencia que antes no existía. En China y en la India se producen ingenieros a tal velocidad que los políticos occidentales empiezan a asustarse. En esa nueva situación, quizá no sea una idea tan buena dejar que la finalidad principal de la escuela sea la simple convivencia social en el aula.

Sin embargo, ha sido difícil rectificar. Durante décadas, se ha enseñado a los futuros profesores que hay que ser *tolerante* y *abierto* y que el profesor sólo es un *facilitador*. El alumno trabajará a su propio ritmo con las tareas que le interesen. En cualquier grupo escolar, hay ahora alumnos de niveles muy diferentes, y ¿cómo retomar las riendas de un grupo que de grupo tiene muy poco? En esa situación, ¿qué hacen los profesores? Algunos siguen «al pie del cañón» pero otros abandonan la educación, dejando tras sí unos huecos que llenarán unas personas menos preparadas. Hay profesores que han perdido la ilusión y sólo se mantienen en sus puestos en primer lugar porque, en su situación personal, no ven posible cambiar de profesión.

Los gobiernos con un fuerte compromiso con la escuela comprensiva suelen intentar enderezar la situación adjudicando más dinero a las zonas en las que el escándalo es mayor. Así lo ha hecho por ejemplo Francia, pero con poco éxito. Aun aumentando el presupuesto general y los salarios de los profesores, la situación sigue siendo lamentable en algunos barrios. Ya que los estudiantes han sido promovidos a los grados superiores sin haber aprendido, se llega a unas situaciones que no tienen nada que ver con la educación. Otra medida es poner la esperanza en un cambio de la formación docente con la idea de que unos profesores de otro perfil podrían entender mejor a los *nuevos alumnos*. La nueva misión del docente ya no sería enseñar sino educar al alumno de manera general, enseñándole tolerancia y convivencia. Sin embargo, no ha funcionado porque estos *nuevos profesores* tienen aún menos autoridad ante los alumnos que los profesores tradicionales.

Después de haber intentado estos dos caminos, al final los gobiernos suelen echar mano del control burocrático, introduciendo test de lengua y matemáticas para estimular el trabajo tanto de los alumnos como de los profesores. Es una medida útil en muchos casos, pero también ha sido criticada. Por ejemplo, se ha señalado que existe el peligro de que algunas escuelas den menos énfasis a

las asignaturas no incluidas en las pruebas, lo cual podría resultar en un currículo menos variado y completo. Por otro lado, los test cuestan dinero ya que hay que producirlos, distribuirlos y corregirlos y después elaborar unas estadísticas de los resultados. En este sentido las pruebas de evaluación pueden estar desviando dinero y atención de la enseñanza diaria y del aspecto fundamental que es la relación entre profesor y alumno. También algunos políticos han insistido en que la utilización de pruebas lleva a una clasificación de los alumnos. Desde luego, un peligro asociado a los test es que aumente todavía más la burocratización, que en muchos países ha llegado ya a unos niveles hasta hace poco insospechados: hay burocracias centrales, regionales, locales e internas al colegio. Supuestamente, la burocracia debe prestar un servicio a la educación, pero quizá hemos llegado a un punto en que, más bien, está desviando los recursos de la enseñanza misma hacia el sistema burocrático, convirtiéndose en cierta manera en una realidad parasitaria. Es curioso que después de abolir las pruebas de admisión y los exámenes, se vea ahora una necesidad de tener test. Posiblemente, las pruebas de admisión y los exámenes eran criticados porque se veían como pruebas selectivas de inteligencia y de los conocimientos individuales del alumno. Lo que parece que se pretende ahora es imponer una perspectiva colectiva. Lo que se comprueba no es lo adquirido por el individuo sino por el grupo.

La educación se ha convertido en un campo politizado, con muchos intereses creados. Cuando un gobierno quiere hacer una reforma escolar, se da cuenta de que tiene instalados en sus despachos a funcionarios y asesores que conservan una lealtad con los modelos de educación permisiva que vienen funcionando desde hace décadas. Si es así, el gobierno tiene un problema porque estas personas serán un freno desde dentro y harán que cualquier cambio sea más lento y parcial. Además, ¿qué hacer con los sindicatos que bastantes veces están ligados a partidos políticos, promotores de la pedagogía permisiva, y son reacios por principio a los cambios? Además, por

supuesto, habrá una resistencia por parte de un buen porcentaje de los profesores a los que se les ha enseñado que la nueva pedagogía es la buena y se sienten incapaces de cuestionarla, por no hablar de aquellos que se consideren tan maltratados por las autoridades políticas que ya desconfían de cualquier cambio.

La inspección escolar tiene la función de garantizar la calidad educativa de las escuelas y cumple su misión de orientar a los padres sobre las escuelas a su disposición y de controlar a los profesores. Sin embargo, los efectos de la tarea de la inspección dependen de la calidad de los inspectores. A veces, son personas ligadas a la nueva pedagogía y no elogian el buen aprendizaje sino la aplicación de las consignas. A veces, un inspector sólo aparece brevemente en una escuela y apenas habla con los profesores antes de formular una evaluación sobre el colegio. El simple hecho de que la calidad de las inspecciones pueda variar es un motivo de desconfianza. Tanto las inspecciones como los test pertenecen a una cultura de control y no a una de confianza. Además, las escuelas que funcionan bien no necesitan una inspección, con lo cual esta puede ser una pérdida de tiempo y dinero.

Hay una diferencia fundamental entre la lógica de la política y la de la escuela porque el cambio en la escuela es lento mientras que el horizonte político es de cuatro o cinco años. Lo que se siembra en educación no se cosecha hasta muchos años más tarde. Los países occidentales tienen que volver a exigir esfuerzo a los alumnos, pero los partidos políticos temen que los padres consentidos voten en contra de un gobierno que exija esfuerzo a sus hijos.

En la educación, la novedad no es siempre mejor que lo tradicional, lo cual choca con la lógica de los medios de comunicación. La prensa siempre quiere algo nuevo. Si un gobierno presenta unas pocas ideas claras, estas no se pueden empaquetar todos los días como noticia. Sin embargo, la opinión de cualquier personaje público que critique un proyecto de ley en seguida se convierte en noticia. Esta lógica arroja el resultado de que el público oye constantemente que

lo que propone el gobierno está mal, lo cual es desconcertante y deprimente en una democracia. Además, los periodistas se interesan más por lo nuevo que por unos buenos resultados. En resumen, bastantes periodistas se hacen eco de iniciativas que están desdibujando la educación.

Las críticas constantes pueden tener el efecto de que los ciudadanos no sientan agradecimiento por vivir en un país en el que la educación es gratuita, sino un resentimiento por no haber recibido todos los beneficios a los que creen tener derecho. Por otro lado, si los votantes escuchan que el gobierno pretende dar a sus hijos una educación sin que tengan que esforzarse ni los hijos ni los padres, pueden sentir que se está incumpliendo el pacto entre ellos y el gobierno. Los ciudadanos podrían preguntarse entonces si la educación merece ser un servicio financiado por ellos ya que parece vaciada de contenido y valores, trivializada.

Un camino para mejorar los resultados de las escuelas y del sistema educativo ha sido la introducción de sistemas de libre elección de centro. El llamado cheque escolar, implantado por ejemplo en Suecia, permite a los padres elegir entre varias escuelas sin pensar en el coste de la escolarización, porque la pagan los contribuyentes. Se supone que las malas escuelas tendrán que mejorar su calidad o correr el riesgo de tener que cerrar sus puertas. La esperanza es que la libre elección sacuda el sistema educativo. En realidad, muchos países occidentales votan nuevas leyes e invierten en educación pero al mismo tiempo no parecen esperar realmente una mejora. Para políticos, ideólogos y administradores, la educación parece haberse convertido en un instrumento social y económico y no en una meta en sí misma.

La escuela necesita el apoyo de los padres tanto como los padres necesitan el apoyo de la escuela, pero algunos padres creen que la escuela puede ocuparse de toda la educación del hijo, abandonando su responsabilidad y exigiendo que la escuela haga lo que ellos no han sabido o no han querido hacer en casa. Si la escuela tiene que hacer también de familia, pierde su eficacia como lugar

de aprendizaje intelectual. Decir eso no es ser pesimista sino contar un hecho real. Además, que la escuela se desvíe de su vocación intelectual no significa una garantía de que pueda hacer las veces de una familia. Los perdedores son los alumnos que se quedan a la vez sin familia y sin escuela.

La educación ha sido redefinida de tal manera que casi cualquier experiencia cuenta como educación y, si todo es educación, el aprendizaje de las diferentes materias no parece importante ni siquiera en la escuela, porque el aprendizaje escolar viene a ser un tipo de conocimiento entre muchos. De hecho, algunos consideran apropiado realizar actividades de todo tipo en la escuela, ya que todas generarían algún tipo de experiencia. En la formación docente, esta corriente antiintelectual se centra en las diferentes técnicas para organizar el trabajo en el aula y no en el conocimiento de las materias.

Otro cambio antiintelectual consiste en hablar de diferentes estilos de aprendizaje o de inteligencias diferentes. Diferentes personas tienen perfiles diferentes, nadie lo niega, pero socava la educación hablar más de las muchas maneras de aprender y de los muchos tipos de inteligencia que del aprendizaje mismo. A veces los que se interesan por las diferentes maneras de aprender lo hacen porque tienen la intención de ofrecer una oportunidad a alumnos de perfil diferente, permitir que expresen su personalidad y demostrar sus diferentes destrezas. Sin embargo, por lo general, esta afirmación de las diferentes vías de aprendizaje está ligada a una corriente antiintelectual que minusvalora tanto la capacidad de los alumnos para aprender como la capacidad de los conocimientos para enriquecer y desarrollar a los alumnos. Por cierto, esta corriente también es reacia a todo control. A veces una escuela se niega, por ejemplo, a pasar ciertos test o, por el contrario, busca un atajo, intentando mejorar su resultado a través de algún método rápido pero superficial. En otras palabras, muchas escuelas que defienden estas prácticas ven los test como un problema y no como un instrumento para garantizar la calidad. Temen que los resultados dañen la fama de la escuela.

La vinculación entre democracia y educación es una cuestión vital. La democracia exige que los ciudadanos sean personas virtuosas porque se basa en el modelo de la «deliberación de los héroes», como lo ha formulado el filósofo Fernando Savater: para que funcione la democracia, los ciudadanos deben tener suficiente interés por conocer bien cuáles son las alternativas, y no deben pensar en su propio provecho inmediato sino en el bien del país a largo plazo. La democracia necesita votantes con conocimientos, madurez y ecuanimidad, de modo que tiene una estrecha relación con la educación. Sin una buena educación, los ciudadanos no sabrán evaluar las ofertas políticas. Sin una buena educación, no entenderán de economía y podrían caer en la trampa de las ofertas populistas. Sin una buena educación, no entenderán la situación en otros países y la complejidad de las decisiones que hay que tomar. Además de dar conocimientos, la buena educación también capacita al joven para participar activamente en la vida política porque le enseña a argumentar.

La buena educación mantiene otro vínculo significativo con la democracia, y es la experiencia de haber participado en una actividad racional en un ambiente regido por unas reglas claras de comportamiento. Crecer teniendo confianza en el imperio de la ley y en la responsabilidad de los adultos es más importante que disponer de ciertos conocimientos especializados. La confianza entre los ciudadanos, y entre ellos y las autoridades, caracteriza a los países que funcionan bien. Pues bien, el primer paso hacia la confianza es que el alumno sabe que es evaluado de manera objetiva. Sin embargo, la nueva pedagogía con su desconfianza hacia los profesores, su visión de la opresión que supuestamente ejercen los profesores sobre el alumno y su énfasis en «lo nuevo» puede dar al joven, además de menos conocimientos, menos confianza en la democracia.

Ciertos ideólogos explican el bajo rendimiento escolar de algunos alumnos por una falta de oportunidades. Sin embargo, los países occidentales llevan medio siglo de políticas igualitaristas y

aun así las diferencias persisten. Estos ideólogos han acusado a los profesores por no apoyar suficientemente a los alumnos con problemas, han cambiado el currículo, han disminuido la presencia de los exámenes y de las notas, pero sigue habiendo diferencias entre los alumnos en cuanto a su interés por el estudio y su ambición frente a la vida.

Sin embargo, la nueva pedagogía puede estar funcionando mal para los alumnos de familias con una educación menos intelectual también porque sus padres pueden dar más énfasis a la conducta que a la lectura. El entorno menos estructurado y unos currículos menos claros, de múltiples metas, algunas llamadas *transversales*, han dificultado la identificación con la escuela por parte de bastantes alumnos. Así, la escuela da menos énfasis a la conducta disciplinada, útil en la vida profesional y en la vida adulta de manera general.

Los ideólogos educativos persisten en decir que la diferencia entre los resultados es una injusticia y hablan de clase social, etnia, género y últimamente también de orientación sexual. Sin embargo, con la llegada de inmigrantes del este de Asia, estos teóricos educativos han recibido un golpe duro porque resulta por ejemplo que las hijas de unos inmigrantes chinos de bajo nivel cultural y económico obtienen unos resultados estupendos. Esto demuestra que el esfuerzo del propio alumno y el apoyo de la familia a la educación son los factores esenciales, y que esto es así incluso si los alumnos estudian en escuelas caracterizadas por la nueva pedagogía. Los pedagogos progresistas no admiten haberse equivocado y ahora se quejan de estas familias porque creen que los alumnos asiáticos están siendo presionados demasiado y que sus resultados son excesivos. Llamamos *overachievers* a los alumnos en cuestión.

Los padres inmigrantes conscientes de la importancia de la educación suelen informarse sobre la calidad de las escuelas a su disposición. En los Estados Unidos, muchos padres de origen japonés, chino y coreano dedican un esfuerzo considerable a encontrar las mejores escuelas posibles para sus hijos. El interés y la preocupación de los

padres por la educación de los hijos se ven después reflejados en sus excelentes resultados. Si hace falta, los padres asiáticos recurren a profesores particulares para mejorar los resultados de los hijos. Esta costumbre se ha perdido en muchos países occidentales porque la insistencia en la igualdad hace que los buenos resultados escolares no se consideren como un logro elogiabile sino más bien como una ventaja desleal, lo cual muestra que la politización de la educación ha llegado muy lejos.

Durante los últimos decenios, algunos políticos han insistido en que la calidad y la cantidad educativa son lo mismo. Esto puede ser así si la calidad de la enseñanza es buena. Sin embargo, ahora sabemos que existe una gran diferencia entre estar matriculado y realmente aprender. Sumas enormes se invierten en los estudios de unos jóvenes que muchas veces no colaboran estudiando mientras que, para el futuro del país, son muy importantes los jóvenes con talento y ambición. Si estos no pueden hacerse con una buena formación, porque se da prioridad al igualitarismo, le irá peor al país.

Junto con la familia y la iglesia, la escuela solía culturizar al joven. Este aprendía no sólo conocimientos sino también conductas y tradiciones, y todo esto en un ambiente que era una institución social. Una cultura es una herencia que se conquista poco a poco. Las palabras de nuestra lengua son nuestra historia pero no están innatas sino que tenemos que conquistarlas. La cultura es acumulativa y a la vez común e individual, algo creado por la comunidad pero aprendido fundamentalmente a través de la lectura, y la lectura exige soledad y concentración. Cuando la escuela se ha hecho menos escolar, con menos reglas y menos tradiciones en común, se ha hecho más pobre. De hecho, puede que, a pesar de que los jóvenes permanecen más años en el ámbito escolar, estén adquiriendo menos cultura. En la discusión sobre la igualdad, se escucha a menudo que las pruebas y los test serían injustos porque presuponen conocimientos culturales. Sin embargo, ya que el hombre es cultura, es imposible que haya pruebas libres de cultura. La única solución es

enseñar tanta cultura como sea posible a todos los alumnos junto con la capacidad de razonar. Las pruebas PISA minimizan la importancia de la cultura y hay varias razones para ello: las elabora la OCDE, que es una organización de colaboración económica, así que no sorprende que el interés de la organización esté relacionado con lo económicamente útil. También, hay que reconocer que es difícil construir pruebas comparables en el terreno de la cultura.

Ha habido un giro en la interacción entre el Estado y el individuo. Ya no se habla de la educación como una puerta de acceso a la cultura para todos. Al revés, lo nuevo es que todo ciudadano exige que el concepto de cultura incluya lo que a él le guste y defina. En el siglo XIX, para el bien de la cohesión social, se intentaba neutralizar las diferencias entre los ciudadanos, mientras que ahora estas diferencias se subrayan. Es frecuente que un adolescente reprocha por algo conteste «es que soy diferente», como si esto fuera una explicación y una disculpa.

3. LA TAREA FUNDAMENTAL DE LA ESCUELA: LECTURA Y SOCIALIZACIÓN

Desde la creación de la escuela pública, su tarea fundamental ha sido la de enseñar a leer y a respetar la sociedad, y ambas cosas se han hecho al mismo tiempo. Hasta hace poco la lectura y la socialización eran dos caras de la misma moneda, pero es muy importante entender que si cambia la manera de enseñar cambia también el tipo de socialización que se da al alumno.

Educarse es aprender a leer y a pensar

Los niños y jóvenes necesitan aprender lo que saben los adultos porque serán ellos los que deban ocuparse de la sociedad dentro de poco. La mayoría de los pedagogos, influidos por las ideas del romanticismo, creen que los alumnos pueden desarrollarse solos, eligiendo las materias y los contenidos de su formación según sus intereses. De entrada, esa idea choca con la necesidad de que estos jóvenes entiendan bien la sociedad de la que tendrán que hacerse cargo en poco tiempo. No pueden elegir cualquier lectura y afirmar que vale lo mismo una que otra, porque van a tener que ser capaces de entender situaciones muy variadas que ellos no han creado.

Aprender a leer es uno de los logros intelectuales más importantes de la vida entera. Para leer bien, el alumno principiante necesita no sólo haber aprendido las letras sino saber muchas

palabras y tener conocimientos muy variados. Para facilitar los primeros pasos, normalmente los libros para principiantes aluden a situaciones que son familiares para los niños. Eso quiere decir que los manuales de lectura normalmente se escriben para cierto país. Por ejemplo, no es seguro que un libro publicado en Gran Bretaña sea el mejor para Australia y al revés. En este sentido, el primer libro instala al joven en su cultura, mostrándole que pertenece a una comunidad humana que comparte significados.

El alumno necesita saber mucho para entender lo que lee y guardar una reconstrucción de lo leído en su memoria. Ya que es difícil transferir la comprensión de un área a otra, hay que conocer las áreas que pueden aparecer en un texto. Ciertos datos pertenecen a la cultura general de una sociedad, y se supone que los conoce todo el mundo, mientras que otros son considerados conocimientos especializados que no pertenecen a la cultura común. Saber lo que es un dinosaurio pertenece hoy en día a la cultura común, pero no lo es el saber distinguir entre diferentes tipos de dinosaurios.

Es importante insertar al alumno principiante en un grupo apropiado cuando empieza el colegio y asegurarse de que aprende al mismo ritmo que lo hacen los demás. En cualquier caso es deseable que todos los alumnos del grupo aprendan a la vez en el primer grado. Existen métodos para enseñar a leer a los niños que no hayan aprendido al mismo ritmo que el resto del grupo y suelen necesitar hasta medio año con treinta minutos de instrucción individual al día.

Los niños necesitan entender entre el noventa y el noventa y cinco por ciento de las palabras para comprender un texto. Si entienden casi todas las palabras, es probable que entiendan el significado del texto y puedan recordarlo, incorporando a su vocabulario las pocas palabras que desconocían. Por el contrario, si sólo conocen el setenta por ciento de las palabras, no entienden el texto y no aprenden más palabras porque no pueden aprender algo que no entienden. Este es un argumento a favor de los grupos no muy heterogéneos.

En la escuela, los niños aprenden entre dos mil y tres mil palabras por año y a veces más. Aprenden a la vez vocabulario y contenido y así mejora su comprensión lectora. Además, hay un aprendizaje invisible porque las palabras más frecuentes suelen tener muchas acepciones y por eso hay que oírlas y verlas en diferentes contextos para poder interpretarlas correctamente. Se trata de un equilibrio entre lo nuevo y lo desconocido. Es mejor leer textos completos que extractos porque el aprendizaje de las nuevas palabras se hace más rápidamente en un contexto conocido. Los niños que aprenden a leer muy pronto suelen seguir siendo buenos lectores, porque cuando les resulta fácil leer, les gusta, y de esta forma leen más y aprenden más. Han entrado en un círculo beneficioso.

El debate sobre el aprendizaje de la lectura se ha centrado en la cuestión de la decodificación, pero esta es la parte más fácil. Pensar que la lectura sólo es una destreza es un error. Lo importante no es la lectura en sí sino la comprensión lectora que se basa en la comprensión del mundo. El niño pequeño aprende a leer, después lee para aprender y finalmente, en la adolescencia, el alumno puede entender que un texto expresa un punto de vista, y es entonces cuando está listo para leer obras literarias para adultos. Las estrategias de lectura tampoco pueden reemplazar a los conocimientos porque no hay estrategia que pueda decirnos lo que expresa un texto, por ejemplo de química orgánica, si no hemos estudiado esta materia.

Lo que deben notar los padres es que la escuela dedica quizá a la introducción y a la primera práctica de la lectura unas doscientas horas pero que, para convertirse en buenos lectores, los niños necesitan quizá cinco mil horas. En otras palabras, es imposible que lleguen a ser buenos lectores sin leer en casa. Poco a poco, la escuela va añadiendo conocimientos y vocabulario y, leyendo en casa, el joven completa su educación eligiendo textos cada vez más sofisticados para sus lecturas personales. Así, los alumnos siguen desarrollándose, haciéndose capaces de usar lo leído para aprender y también para entretenerse.

El cerebro no es un ordenador, pero quizá podríamos permitirnos una sola comparación. La plasticidad del cerebro significa que lo vamos «configurando» o «formateando» al usarlo. Si tocamos un instrumento, el área dedicada a ese instrumento aumenta en el cerebro. Si nos dedicamos a cierto deporte, igual. Si leemos mucho, igual. Si empezamos con una actividad a temprana edad y nos dedicamos a ella con ahínco, no sólo crece en el cerebro el área correspondiente, sino también las vías de comunicación se hacen más estables y más rápidas, y el resultado es más destreza. Esa destreza incluye corrección, rapidez, elegancia y capacidad de sacar conclusiones y, con el tiempo, permite la creatividad. Alguien con conocimientos y experiencia sabe evaluar rápidamente una nueva situación y encontrar una buena solución. Se suele decir que el cerebro está en construcción, es más, se caracteriza porque no llega nunca a estar terminado. Precisamente por esa plasticidad del cerebro, conviene empezar a aprender lo antes posible, para que el proceso de interconectividad empiece cuanto antes. Siempre tenemos capacidad para aprender más porque el espacio en el cerebro no se acaba. A través de los nuevos datos y la experiencia adicional, los conocimientos se organizan de manera más eficaz. Aprender desde muy joven sólo tiene beneficios. Si no empezamos a practicar ballet clásico cuando somos niños es poco probable que más tarde destaquemos como bailarines. Si de niños nos negamos a leer libros, es poco probable que, de adultos, seamos buenos lectores.

A propósito de la lectura y de los alumnos adolescentes, no es lo mismo leer en Internet que leer un libro. Cuando estamos en una página de Internet vemos enlaces a otras páginas y nos preguntamos si no nos convendría buscar otra página. Es decir, en vez de concentrarnos en leer y en reflexionar sobre lo que estamos leyendo, estamos dividiendo la atención entre la lectura y las decisiones que estamos en camino de tomar. El que siempre haya más páginas y más información tiende a disminuir el valor de lo

que tenemos delante de los ojos. Cuando estamos en una página web usamos más los lóbulos frontales, que constituyen la parte del cerebro que activamos cuando estamos tomando decisiones. Si por el contrario estamos leyendo un libro, es que hemos decidido leer el libro, así que por el momento no tenemos que tomar otra decisión, lo cual nos permite concentrarnos en la comprensión de lo escrito.

A pesar de que la nueva pedagogía supuestamente quiere favorecer a los alumnos con problemas, cae en una contradicción porque los alumnos con problemas son los que más necesitan una instrucción explícita. ¿Por qué entonces se critica al profesor que da clase en lugar de dejar que los alumnos se dediquen a trabajar individualmente o en grupo? La nueva pedagogía enfatiza la colaboración entre compañeros pero, en realidad, los alumnos aprenden más vocabulario escuchando a los profesores que tienen un vocabulario más preciso que los compañeros. Si se quiere ayudar a los niños y jóvenes de bajo nivel cultural, se debería aumentar el número de clases en las que el profesor explica el contenido que hay que aprender. Además, los adultos dan mejor retroalimentación que otros jóvenes. Otra observación similar es que los niños de clase media asisten a otros tipos de clases y actividades durante su ocio, mientras que los niños socialmente más necesitados pasan más tiempo jugando. Si el propósito es favorecer a los niños de clase trabajadora, ¿por qué se introduce más juego en la escuela en vez de poner más clases y más contenido?

Al entrar en la primaria, algunos alumnos quizá sólo disponen de un vocabulario de tres mil palabras mientras que los más avanzados tienen entre seis o siete mil. Eso constituye una diferencia enorme en la capacidad de entender un texto. Cuando leen, los alumnos con menos riqueza de lenguaje no son capaces de identificar las palabras de manera precisa y completa sino que se contentan con una comprensión aproximada. Si llegan a una palabra desconocida, ni siquiera pueden adivinar su posible significado a

causa de sus limitados conocimientos. Si estudian con un profesor, este profesor puede preparar la lectura de un nuevo texto, indicando cuál es la situación de partida del texto y cuál su estructura. Así, los alumnos aprenden que un texto no es una mera yuxtaposición de palabras: en los cuentos hay un antes y un después.

Algunos adolescentes de barrios difíciles sólo disponen de un vocabulario pobre y su pronunciación es vacilante. Son como los niños pequeños a los que sólo entienden los miembros de su familia. No han aprendido a utilizar el lenguaje como un medio de comunicación entre personas que no se conocen. En otras palabras, les falta la idea de objetividad en combinación con el lenguaje y se encuentran en un círculo vicioso: aprenden cada vez menos porque evitan hablar con personas de fuera de su barrio ya que no las entienden y, a su vez, no son comprendidos. Tampoco analizan su propio lenguaje y no logran convertir su lenguaje en un instrumento para pensar. Permanecer más años en el colegio no les ayuda ya que no estudian realmente sino que sólo pasan el tiempo. A menudo quieren convertir a sus profesores en confidentes pero no para estudiar más y mejor sino por inseguridad social y psicológica. Hay un marcado contraste entre, por un lado, la ignorancia de estos jóvenes y, por otro, su ropa de marca sofisticada y su teléfono último modelo. Su defensa ante todo lo que no saben suele ser el desprecio: no necesitan más palabras, no necesitan leer y no necesitan estudiar. La desconfianza y el rechazo es su actitud más frecuente. ¿Para qué les serviría saber más palabras? Los compañeros se reirían de ellos. Puede incluso que piensen que las palabras y la lectura son para las chicas, un cambio histórico total. La falta de cultura viene a producir un conformismo ignorante caracterizado por unos esquemas mentales muy limitados. Exigir esfuerzos a estos jóvenes es mostrarles respeto. De ninguna manera los adultos y menos los profesores deben respetar la cultura de la incultura.

La socialización

Al empezar la escuela, por primera vez el niño sale de manera estable del ámbito de la familia, un paso enormemente importante. Tal vez el año más importante de la escolarización sea el primero no sólo porque es entonces cuando el profesor introduce al niño en el conocimiento de las letras y los números sino también porque le enseña a comportarse como alumno. Convertirse en alumno significa llegar a hora, saber formar fila, guardar silencio cuando lo indica el profesor, no molestar a los demás y ser capaz de concentrarse en la tarea. Todo ello constituye un adelanto gigantesco en el desarrollo social del niño. Está dando sus primeros pasos en el mundo fuera de la familia. Se trata de él, como individuo, y no de él como apéndice de su mamá. En esta transición el profesor puede contar, casi siempre, con la buena voluntad del niño que se siente orgulloso de ser alumno y de pertenecer a algo tan importante como es el colegio.

Cuando el alumno tiene unos diez u once años, está ocupado con el adiestramiento de su cuerpo: cada vez es más fuerte y más ágil, controla mejor su motricidad y le encanta jugar con otros niños. Las niñas juegan de dos en dos y se dedican a un secreteo con la amiga, mientras que los niños suelen preferir los juegos grupales como el fútbol. A esta edad, el desarrollo moral es rápido y a los alumnos les suele interesar mucho la cuestión de lo que es justo o injusto.

En la educación secundaria, el alumno pasa del «aquí y ahora» de un niño pequeño al «allí y entonces» de un alumno más maduro. En geografía e historia los datos se estudian con más precisión. Se introducen nuevas materias como física, química y biología, y las lenguas extranjeras se estudian de una manera más consciente. En una palabra, el campo de estudio se hace más amplio y más profundo y, cada vez más, el aprendizaje exige que el alumno relacione los nuevos conocimientos con los anteriores. La adolescencia es la edad en la que se define la identidad del joven, se le

está abriendo el mundo. El joven se prepara para forjarse un futuro con la ayuda de su voluntad y aprende a proponerse metas y hacer planes a largo plazo. Si a esa edad ya se ha convertido en lector habitual, será más fácil la tarea de orientación, dado que la lectura le propone diferentes papeles sociales que le abren la perspectiva y le preparan para la vida adulta. Cuando el joven aprende asignaturas y adquiere destrezas, paso a paso llega a des-centrarse en el sentido de entender que él no es el centro del mundo. Se acostumbra a tener en cuenta la voluntad de los demás. Este es un proceso que asociamos al concepto de madurez. A través del estudio, el joven aprende a ver sus límites porque se da cuenta de lo poco que sabe en comparación con lo que podría saber.

En las culturas técnicamente menos avanzadas, la escolaridad suele ser breve, lo cual quiere decir que el joven pasa casi directamente de la familia a la vida laboral. Empieza a trabajar aprendiendo de los adultos y de sus compañeros de trabajo. Se convierte en aprendiz imitando en su lugar de trabajo tanto las destrezas profesionales como las sociales de los adultos. Según las características del lugar, este aprendizaje será más o menos grato. En algunos medios sociales, el niño ni siquiera tiene acceso a este tipo de adiestramiento, queda desamparado y debe arreglárselas como pueda para sobrevivir.

Tradicionalmente, la escuela ha enseñado el valor del esfuerzo y el placer de un trabajo bien hecho. Enseñaba unos conocimientos desarrollados por los hombres y mujeres que nos han precedido, quienes también han elaborado instrumentos intelectuales y prácticos que nos permiten vivir mejor. La buena educación es aquella que combina el enseñar un contenido con enseñar a lograr una meta que uno se ha propuesto y con enseñar a vivir según ciertas reglas para que funcione un espacio vital compartido. Aprender a respetar a los profesores y a la escuela como institución social, portadores de este bien común que es el conocimiento, es la introducción a la idea de ciudadano, porque la vida en el colegio es social, es una vida en

común, regida por reglas elaboradas por quienes fueron elegidos o aceptados por los ciudadanos. Estos son los valores que, sin decirlo, difunde la escuela como institución.

Mientras escucha o lee, el joven se abre a otras perspectivas. Escuchando y observando, el joven elabora sus propias ideas sobre el mundo y sobre la confianza que merecen diferentes tipos de personas. Se «des-centra». Las rutinas y las exigencias de la primaria ayudan al alumno a dar este paso. Se trata de una maduración que es el efecto combinado de las experiencias del niño por pertenecer a la vez a su familia, a la escuela y a diferentes grupos de compañeros. Aprende a sentirse a la vez individual y como miembro de un grupo porque una cosa no impide la otra. El niño va abandonando una visión ego-céntrica del mundo, es decir, comprende que él no es el centro.

Sin embargo, después de la introducción de la nueva pedagogía, estos valores han sido desplazados por otros de los que hemos señalado algunos. No se subraya el esfuerzo sino el entretenimiento. No se habla tanto del resultado a largo plazo como de la autoevaluación del alumno en el momento. Se invita al joven a pasar por alto las faltas del compañero y no a ayudarlo a mejorar su conducta. Se propone que el joven se identifique con su propia generación más que con la sociedad. Cuando de manera diaria los jóvenes ven que las reglas no son respetadas y que un compañero se puede burlar de los adultos, esta experiencia le sugiere la idea de que las obligaciones no son tales y que los adultos y las autoridades no son serios. Parece facultativo aceptar las obligaciones ya que apenas hay sanción. Una escolarización prolongada basada en la nueva pedagogía y la educación a través de los iguales no resultará más provechosa para los alumnos que estar en la calle. Es más, los alumnos violentos pueden concebir la idea de que los adultos son unos inútiles que ni siquiera defienden su propio territorio como lo hacen ellos.

Hoy tanto la familia como la escuela vacilan cuando se trata de exigir al joven que colabore con la sociedad. Esto es grave ya que

la familia y la escuela son las dos «minisociedades» que primero encuentra el joven y de las que saca su idea de lo que es una sociedad. Hoy se nota un desequilibrio entre los derechos que cree tener el joven y las obligaciones que acepta. Se oyen afirmaciones como «tengo derecho a hacer lo que se me ocurra» o «no tengo que agradecerle nada a nadie». Si la familia y la escuela no exigen el cumplimiento de ciertas reglas, primero pagan ellas mismas y después la sociedad entera, y vamos a dar unos ejemplos.

Muchas escuelas han empezado a limitar el número de conciertos, charlas y ceremonias de comienzo y de fin de curso, actividades que dan un marco ético y estético al año escolar, porque no se fían ya de la adecuada conducta de los alumnos. Por la indisciplina de algunos alumnos, todos los demás pierden una experiencia social y estética que crea cohesión en la comunidad escolar. Pero en realidad el problema no se ciñe a la escuela: actualmente, en los cines y en los teatros, a pesar de las advertencias, los espectadores no apagan su móvil, mandan textos y sacan fotos. Ciertos espectadores quieren entrar en la sala con comida y bebida, otros más exigen entrar aunque haya empezado la función y algunos comentan en voz alta lo que sucede en el escenario. Todo esto tiene consecuencias nefastas, ya que una función de teatro o de cine se basa en una experiencia estética que requiere concentración y silencio. La conducta de un espectador no sólo le concierne a él sino también a los demás espectadores. La falta de medidas enérgicas en la escuela para hacer respetar las reglas ya está causando daño en otros ámbitos. En el futuro, ¿sólo funcionarán los conciertos de rock, tan ruidosos que ahogan cualquier otro ruido?

La importancia de la disciplina para los alumnos con menos ventajas sociales se refleja en algunas experiencias estadounidenses para lograr buenas escuelas afroamericanas. En todos los experimentos exitosos se introducen unas reglas inflexibles a propósito de la puntualidad, la vestimenta decorosa y la obligación de hacer las tareas.

No se ha encontrado ninguna manera de educar que no sea a través de una conducta que respete el orden de la escuela. La dignidad del comportamiento de todos, alumnos y profesores, es una condición para poder aprender. Hay que quitar los elementos que distraigan a los alumnos de los estudios, por ejemplo, la posibilidad de deambular por el aula o poder hablar con otro alumno cuando hay que escuchar, por no hablar de jugar con los móviles y los ordenadores.

Las escuelas exitosas mencionadas suelen invitar con regularidad a representantes de diferentes empresas para que informen a los alumnos sobre las exigencias para obtener un empleo de la empresa en cuestión. Lo que suelen demandar las empresas es una presencia digna, puntualidad y lealtad. Además, es importante que el empleado sepa dirigirse a los clientes de manera cortés oralmente y por escrito y que sepa manejar las matemáticas en un nivel básico. En otras palabras, la educación sin exigencias no aporta a los alumnos lo que estos necesitan de manera urgente. Es curioso que la nueva pedagogía se interese mucho por el alumno pero menos por el aprendizaje que necesita el alumno. ¿Por qué un alumno va a aceptar su papel de alumno si no es para aprender? ¿Por qué va a aceptar este papel si no se le enseña lo que necesita aprender?

Así pues, la nueva pedagogía debilita las estructuras de socialización, y por tanto da mal resultado, de manera particular, entre algunos alumnos inmigrantes varones. Si vienen de países no democráticos les causa confusión la ausencia de reglas claras en el país de acogida. Algunos no están familiarizados con el concepto de Estado y menos con el de Estado de derecho. En sus países de origen, el Estado está ausente de la vida diaria o bien tiene una presencia amenazante y brutal. Es una tarea urgente para el país que los acoge mostrarles una nueva manera de relacionarse con el Estado. El ciudadano de un Estado democrático y de derecho, se siente insertado en un ámbito más amplio y más complejo que el de la familia o del

barrio. Además, en un Estado de estas características, los ciudadanos se fían en las autoridades, aunque no ciegamente. La hipótesis de trabajo suele ser que se puede confiar en que digan la verdad los funcionarios y que sean honestos y, si esto no es así, se considera un escándalo.

A pesar de esto, lo que se está viendo en algunos barrios de las grandes ciudades occidentales es un ataque en toda regla contra lo que representa el Estado y contra los bienes comunitarios tanto materiales como culturales. Sin lugar a dudas, esto está conectado con la escuela porque no obedecer al profesor constituye uno de los primeros pasos hacia el desarrollo de actitudes antisociales. Por eso, la desobediencia escolar no es sólo un asunto interno de la escuela sino un problema social. Que los alumnos aprendan a comportarse como alumnos dentro del marco acordado por la ley es un objetivo de primera importancia.

Se oye ahora que hay que dialogar con diferentes grupos que amenazan a la sociedad, pero esta idea se basa en la suposición de que estos grupos están abiertos a las sugerencias de otras personas. Para que haya un verdadero diálogo, las dos partes deben querer llegar a una solución. Algunos grupos violentos aceptan el diálogo sólo para mejorar su propia situación de negociación. Un diálogo falso se observa también en algunos programas de televisión y tertulias radiofónicas, en los que no se trata ni de diálogo ni de debate, porque los participantes no vienen a escuchar sino a decir lo que opinan. Quieren darse a conocer, acaparar la atención y no dialogar, una actitud que tiene a veces su origen en la escuela.

En resumen, la nueva pedagogía debilita la socialización de los jóvenes. El joven necesita ver que hace falta esforzarse, tener metas a largo plazo, cumplirlas, y todo esto en un ambiente de orden. Por el bien de toda la sociedad, se necesita dotar a las escuelas de un marco legal que les permita hacer respetar el reglamento.

4. LA EDUCACIÓN DE UN JOVEN ES UNA COLABORACIÓN

La educación de un joven es un proyecto de colaboración entre el propio joven, la familia, la escuela y la sociedad. Hasta hace un tiempo cada uno sabía cuál era el papel que le correspondía en este proyecto, pero actualmente todo está confuso. Los profesores ya no corresponden a la imagen que solíamos tener de ellos, pero tampoco los alumnos ni los padres. Tampoco podemos confiar ya en que el Estado defienda y sea garante de la buena educación. Vamos a indagar en el papel que juega cada uno en la educación de un joven. En contra de la costumbre actual, que considera siempre al alumno en primer lugar, nosotros vamos a empezar con los profesores, que según muchos informes son el factor esencial de la educación escolar.

Los profesores

Comencemos haciendo una enumeración de algunas características de la profesión docente que muchos piensan conocer sin haber tenido contacto con ella. Un profesor es un profesional como un abogado o un médico. Las profesiones se basan en una formación larga y completa que incluye un conocimiento especializado que implica conocimiento de teorías, terminología específica y la práctica adecuada. Cada profesión tiene su ética, defiende su autonomía

y suele estar protegida por un certificado oficial. Los profesionales no sólo deben ser competentes sino también deben saber evaluar su propia competencia, es decir, disponer de un nivel de «metacompetencia».

La formación docente dota simplemente de las bases de la destreza profesional porque el profesor necesitará varios años para integrar la teoría y la práctica. Sucede como con el médico que utiliza el conocimiento aprendido en los manuales, contrastado con su experiencia directa con los pacientes. Todo ello junto le dotará del famoso «ojo clínico» que le permitirá decir por ejemplo que se trata de un paciente asmático. No sabe con exactitud, y realmente no le importa, cuánto hay de lo aprendido en los manuales y cuánto de la experiencia, en esa fusión de teoría y práctica.

Lo que distingue a un experto en cualquier ámbito es que sabe mucho y tiene mucha experiencia. En una nueva situación, identifica rápidamente lo que es ordinario y lo que es nuevo. Sabe distinguir entre una regla, un ejemplo y una excepción. Gran parte de su destreza está en la rápida y correcta definición de una situación.

Pues bien, el conocimiento tiene algo de colectivo en el sentido de que hay conocimientos que todos reconocen como indiscutibles y correctos. Entre los profesores hay bastante consenso sobre qué debe saber un alumno de cierto grado y qué respuestas son inadmisibles. Sin embargo, es cierto que el conocimiento no es estático sino que cambia lentamente introduciendo nuevos datos y nuevos puntos de vista: pero la biología enseñada en los colegios, por ejemplo, no cambia de la noche a la mañana porque algún investigador encuentre algo nuevo. De ninguna manera el progreso científico puede ser una razón para no estudiar las materias.

El profesor es un profesional universitario capaz no sólo de enseñar una materia sino también de amoldar la enseñanza y actualizarla según el grupo al que se dirige. La docencia es un trabajo creativo ya que el profesor debe adaptar la enseñanza a la situación

y utilizar todos sus recursos profesionales y personales, también su energía física y psíquica, su madurez y su sentido de responsabilidad y, a veces, su sentido del humor.

Cuando hay mucho trasiego de profesores y de alumnos, la comunidad de los profesores de cierta materia ofrece al profesor un punto de referencia. La base de esta comunidad es la combinación de conocimiento personal y de confianza en los conocimientos profesionales de los otros. Un profesor necesita discutir cuáles son las mejores prácticas de campo, qué materiales elegir para cierta tarea, cómo corregir cierta prueba o cómo organizar un determinado curso.

Entre profesores, las anécdotas constituyen una fuente importante de información. Otro profesor entiende muy bien lo esencial de cierta experiencia de un colega porque conoce la situación que describe. Aprender de la experiencia de otro podría entenderse como una especie de aprendizaje «desde abajo», mientras que aprender una teoría de un manual sería aprender «desde arriba». Los buenos profesionales aprovechan los dos tipos de aprendizaje, y suelen preferir las pequeñas mejoras continuas a los cambios drásticos.

Las personas ajenas al mundo de la educación tal vez no perciben la importancia de un profesorado estable para una escuela. Si los profesores llevan mucho tiempo en el colegio, se sienten tranquilos, surgen menos conflictos y les queda energía para ayudar a un joven colega. En cuanto a la motivación del profesor para elegir la profesión, el salario influye pero también se debe destacar la motivación interior de hacer un buen trabajo, compartir sus conocimientos y, a la vez, hacer una contribución a la sociedad. Los profesores se suelen resentir del excesivo control burocrático que les obliga a reunir una documentación que juzgan inútil y tampoco están de acuerdo con tener que pasar unos test que creen no necesitar. De hecho, en muchos países hoy nos encontramos con un nuevo problema, pues los profesores, cansados de reformas ideológicas de la educación, se han vuelto escépticos frente a cualquier propuesta por parte de las autoridades.

Con respecto al importante problema de la selección de los futuros profesores, podríamos tomar como referencia, por ejemplo, la selección de los futuros pilotos. En la aviación, se estudia cómo piensan y reaccionan los mejores pilotos y después se busca a los candidatos que se asemejen lo más posible a los expertos. Sin embargo, en la mayoría de los países occidentales, la selección de los futuros profesores apenas es tal porque hay pocos candidatos. Como contraste, un país como Finlandia puede elegir entre cinco y diez buenos candidatos para cada plaza de formación docente. Son tan buenos los candidatos elegidos que, después de esa primera selección, apenas son necesarias otras evaluaciones posteriores del profesorado.

La destreza de un profesor es algo muy complejo. En algunos estados dentro de los Estados Unidos, los docentes deben adquirir un tipo de certificado y ese proceso puede consistir por ejemplo en pruebas de conocimientos generales y de conocimientos en la materia que el profesor va a enseñar, pruebas de conocimientos pedagógicos y un test psicológico. Estos test ayudan a apartar a algunas personas de poco nivel pero no son suficientes para identificar a los profesores realmente buenos. Ni siquiera combinando los test con una entrevista resulta fácil saber si alguien es un buen profesor.

Un buen profesional no sólo desarrolla sus conocimientos sino que también madura como persona. El cambio, por tanto, no es sólo cuantitativo sino también cualitativo. Hay grandes diferencias entre los profesionales de cincuenta o sesenta años que han madurado y los que cada vez son más egocéntricos. La persona madura no se dedica a lamentar la juventud pasada sino que se convierte en el protector y guía de la generación siguiente.

Las sociedades occidentales son contradictorias en sus exigencias respecto de lo que debería considerarse un buen profesor. Por un lado hoy se tiende a proteger a los jóvenes de la frustración exigiéndoles poco, pero también se quiere que los jóvenes compitan con los de otros países y que salgan airoso. Se quiere que aprendan

sólidamente las materias pero, a la vez, se da mucho relieve a los llamados temas transversales. Se quiere que los profesores consigan un buen ambiente escolar y, a la vez, una instrucción eficaz. Se quiere que el profesor trate por igual a todos y, a la vez, que responda a las necesidades de cada uno. Se exige que los profesores mantengan el orden en el aula pero, a la vez, no se les concede la autoridad legal para hacerlo...

El profesor necesita estar en buena forma física para aguantar todas estas exigencias contradictorias. Quizá asombre a algunos que se hable de ejercicio físico al tratar de las características de un profesor actual, pero alguien que está siempre cansado, quizá con dolor de cabeza, es difícil que tenga fuerzas para concentrarse en el bien de los alumnos. Desde luego, la posible amargura privada del profesor no debe percibirse en el aula.

El profesor necesita estar también en plena forma psíquica porque su tarea es compleja. La lección debe estar adaptada al grupo, y este tiene cierta historia anterior que hay que tener en cuenta. La lección debe ser una continuación o un comentario a algo ya tratado y, a la vez, constituir un paso hacia un nuevo conocimiento. Se deben focalizar los conceptos para que lo aprendido se pueda organizar en el cerebro del alumno. El lenguaje del profesor debe ser claro y preciso y contribuir al desarrollo del lenguaje del alumno. Ya que nunca se sabe lo que va a suceder en un grupo humano de quizá treinta miembros, el profesor debe estar alerta frente a lo imprevisible. Además, en un aula todo lo que sucede es público porque hay treinta testigos, así que el profesor no puede darse el lujo de contestar de manera malhumorada.

Actualmente muchos profesores se dan de baja por enfermedad y aumentan entre ellos las enfermedades psicosomáticas y las depresiones, lo cual es un indicio del profundo cambio que se está verificando en la profesión. Los profesores no solían estar nunca enfermos porque su sentido de responsabilidad era muy fuerte. Incluso era frecuente que los resfriados no se les declararan hasta

terminado el semestre, como si el cuerpo del profesor no le permitiera caer enfermo cuando su presencia en el colegio era necesaria. Ahora los profesores se ven insultados y agredidos y como mínimo desbordados, y se identifican menos con su trabajo.

Los profesores necesitan tener una vida intelectual propia para alimentar su mente. Necesitan tiempo para leer libros, ir a conciertos y viajar. Para estimular a otros hay que almacenar ideas y conocimientos y, además, renovarse continuamente. La palabra profesor debería evocar la imagen de alguien aficionado a los libros, alguien que acude ávidamente cuando se organiza una charla con un intelectual famoso de la capital o se presenta una función teatral. Uno debería encontrar a menudo a un profesor en la librería local y en la biblioteca pública. Cuando un profesor «llena el depósito» de esta manera, puede hablar en clase con entusiasmo de temas culturales y su vocabulario se enriquece. En el Informe McKinsey de 2007 se dice que, para saber si un profesor es bueno o no, el método más rápido es evaluar su vocabulario. Si tiene un vocabulario pobre es probable que sus alumnos avancen poco y que tampoco ellos desarrollen un vocabulario rico y variado.

Es un error si el profesor intenta aumentar su popularidad hablando de la música y de los programas de televisión que ven los alumnos. La tarea del profesor es darles unos conocimientos de los que los alumnos no se hubieran enterado de no estar yendo a la escuela.

Lo que el profesor tampoco debe hacer es hablar de su vida privada, de su familia o de su posición política. Desvelar su propia posición política le consigue enemigos pero no amigos. Por otro lado, si un director de colegio quiere mejorar el aprendizaje de los alumnos debe proteger a los profesores de todo lo que disminuya su concentración en la enseñanza, en primer lugar de la gestión administrativa y de las exigencias de algunos padres.

Actualmente, cuando alguien insiste en la importancia del profesor en la educación, es frecuente que se le acuse de querer reintroducir un modelo de profesor autoritario. Sin embargo, el profesor no debe ser autoritario ni carismático sino profesional. No es profesor para su propia gloria sino para el bien de sus alumnos.

La educación tradicional utiliza la autoridad del profesor como una técnica para hacer funcionar la enseñanza, un tipo de contrato social que estipula que los alumnos deben obedecer las instrucciones del profesor. La autoridad del profesor depende también de que sea una autoridad en su materia y, por supuesto, de que es quien evalúa y pone las notas pero, como ya hemos comentado, la nueva pedagogía no admite ningún tipo de autoridad del profesor sino que prefiere que el grupo se guíe a sí mismo.

La educación es una actividad ética y un profesor es portador de valores éticos. Una prueba de ello es que, por muy extrañas que sean algunas pedagogías, hasta ahora ninguna ha propuesto que se acepte a profesores deshonestos, ladrones y abusadores. Si la realidad y la verdad no existen, como sostienen algunas teorías, ¿por qué sería tan importante la conducta del profesor? En realidad, aunque la nueva pedagogía no admite al profesor como modelo, en la práctica cuenta con un profesor moral. Ninguna pedagogía prevé tampoco la posibilidad de que unos profesores enseñaran conscientemente unos datos directamente falsos, quizá para obtener una revancha contra un grupo de alumnos que se haya portado mal. Si los conocimientos no existen, ¿por qué no enseñar datos falsos? En puridad, ni siquiera se debería hablar de datos falsos si los conocimientos no existen.

La tarea del profesor de primaria es, ante todo, enseñar a trabajar. Saber dirigir la atención a una tarea no es innato sino que hay que aprender a hacerlo. Además, es bueno que los alumnos aprendan a sentirse contentos después de haber terminado una tarea difícil. Ser alumno es pertenecer a un grupo, trabajar y superarse. Si el profesor

de primaria hace bien su tarea, los alumnos tendrán una base sólida para el resto de su escolarización. Por sus exigencias y su comportamiento, el profesor habrá enseñado al alumno que la escuela es un espacio distinto a su casa y que, en la escuela, mostrar cierto pudor en las formas facilita la convivencia. El profesor debe prestar atención al trabajo bien hecho más que al joven que no cumpla, porque la atención del profesor es una recompensa muy fuerte.

Durante medio siglo, la voluntad de «democratizar» ha sido la idea principal de la educación en la mayoría de los países occidentales. El método elegido ha sido pedir al docente que se acerque al alumno en vez de exigir que el alumno se adecue al nivel de la enseñanza. Se ha insistido en la obligación del docente de crear un interés en el alumno por el aprendizaje más que en exigir un esfuerzo por parte del alumno para que encuentre una motivación propia. Ya que se piensa que no todos los *nuevos alumnos* van a sentir un interés espontáneo por las materias, la idea que se ha ido imponiendo desde la política educativa ha sido la de facilitar que el alumno influya en el contenido y en los métodos de estudio. Sin embargo, los resultados de esta medida no son positivos.

El Informe McKinsey muestra que el factor clave para una educación exitosa son los profesores. Lo que determina el resultado no es tanto la inversión en edificios ni materiales sino la inteligencia y la preparación del profesor. ¿Qué hacen los países más exitosos? Eligen a sus futuros profesores entre los mejores alumnos que salen del bachillerato. Para poder hacerlo, pagan tanto a los profesores como se paga a otros profesionales de alto nivel. Los educan con los mejores profesores universitarios. Les garantizan un puesto una vez terminada su formación. Les hacen un seguimiento durante los primeros años de ejercicio de la profesión. Un país como Finlandia, la envidia de otros países europeos, hace todo esto, asegurándose así el servicio de unos profesores muy buenos.

El Informe McKinsey también demuestra que son menos exitosas otras medidas como invertir más dinero en la educación de manera general, dar más autonomía a los centros escolares sin cambiar otra cosa, disminuir el número de alumnos por grupo o aumentar los salarios de los profesores sin cambiar nada más. El informe subraya que hay que ocuparse en primer lugar de la calidad del profesor. Como dice uno de los entrevistados en el informe: un profesor no puede dar lo que no tiene. Disminuir el número de alumnos por grupo es actualmente la medida más reclamada por los sindicatos docentes pero el informe señala que esta medida es muy cara y menos eficaz que otras. Hasta podría tener un efecto perverso, porque si hay menos alumnos por grupo se necesita a más profesores. Si se necesita a más profesores, no es posible mantener una exigencia muy alta porque simplemente no hay suficientes personas de excelente calidad que quieran ser profesores. Además, si hay que reclutar a muchos más profesores y la masa salarial es la misma, el salario de cada uno no va a ser muy alto y esto va a disuadir de la carrera docente a los estudiantes brillantes. Al revés, lo que hay que hacer es atraer a las personas más capaces, ofrecerles un buen salario y mostrarles mucho aprecio, de tal modo que quieran quedarse en la profesión para que muchos alumnos puedan gozar del privilegio de aprender con ellos.

El ambiente antiintelectual instalado en muchos colegios aleja a los jóvenes que podrían haber elegido la profesión. Desencantados con lo que ven, prefieren buscar otras salidas profesionales antes que tener que responsabilizarse de una política educativa que no funciona. De esta forma puede producirse un efecto perverso: que parte de los que se presentan para ocupar los puestos vacantes tengan menos ambición en cuanto a su tarea educativa y a la exigencia de aprendizaje de los alumnos. Los responsables políticos y administrativos hablan sin parar de profesionalidad, cualificación, certificados y renovación y por eso es difícil para personas que están fuera del mundo de la educación entender lo que ha sucedido.

Si lo esencial para el alumno es tener un buen profesor, los sindicatos se ven frente a un fuerte reto: ¿van a aceptar anteponer el bien de los alumnos y del país a su propia tradición colectivista? ¿Van a aceptar que se despidan a los profesores de mal desempeño? Para que esto suceda es probable que tenga que cambiar también la legislación laboral en muchos países.

Para resumir lo que le ha pasado a la docencia como profesión hay que entender que se ha cambiado el modelo de profesor de la escuela tradicional. Se ha diluido la figura del profesor, como consecuencia de la difusión de la nueva pedagogía. En la educación tradicional los profesores funcionaban como modelos para los estudiantes. De hecho, a veces los profesores eran los primeros adultos con formación que conocían algunos alumnos, y pertenecían al grupo de los intelectuales porque enseñaban materias, destrezas lingüísticas y buenas costumbres de estudio. El Estado garantizaba las cualificaciones del profesor, y los estudiantes podían esperar de un profesor que presentara datos correctos y que defendiera el mundo del conocimiento. La sociedad en general respetaba a los profesores porque ayudaban a los estudiantes a dominar conocimientos y destrezas importantes.

En cuanto a la responsabilidad del profesor respecto a los contenidos que debía enseñar, en la escuela tradicional se solía concentrar la atención en las destrezas lingüísticas y en la socialización. En la primaria, se ponía todo el peso en aprender a escuchar, leer y escribir y en la buena conducta. Primero, los conocimientos estaban conectados a lo local y lo presente, a un «aquí y ahora». Después se daba a leer a los estudiantes textos más largos en los que se les trasladaba a un «allí y entonces», una perspectiva que también se enseñaba en materias como la geografía y la historia. En las ciencias naturales los estudiantes aprendían unos datos básicos. En muchos países se admitía a los estudiantes a la secundaria sólo después de haber conseguido un certificado escolar de la primaria. En el nivel del bachillerato, los estudiantes aprendían a discutir textos desde

diferentes puntos de vista, a prestar atención a los matices y a sacar conclusiones. Después de haber terminado el bachillerato, los estudiantes debían haber desarrollado unos conocimientos generales amplios, instrumentos para pensar en diferentes campos y haber desarrollado hábitos lingüísticos eficaces para adecuar su lenguaje a diferentes situaciones.

En la educación tradicional se esperaba y se sigue esperando que el profesor sea una persona profesional que combine un conocimiento teórico con diferentes destrezas adquiridas por la práctica. Como en otras profesiones, hay un elemento de creatividad en la docencia. Lo que un profesor hace durante una clase puede ser planificado de antemano pero sólo hasta cierto punto. Necesariamente hay improvisación en el mismo sentido que cuando se habla de la improvisación en la música jazz. Un músico hábil puede improvisar pero no significa crear desde la nada sino utilizar los conocimientos anteriores de una nueva manera, por lo menos en parte, y adaptada a las circunstancias. Sólo con sólidos conocimientos es posible la improvisación. En el aula, los profesores tienen que enfrentarse constantemente a las nuevas situaciones, y está justificado hablar de creatividad o de improvisación porque la situación en la que se encuentra un profesor cambia rápidamente y siempre es, en parte, imprevisible.

Para decirlo en pocas palabras, intelectualmente los profesores deben disponer de conocimientos sólidos de su materia que se van incrementando cada año que pasa, pues recogen buenos ejemplos y material interesante, se ponen al día, aprenden a estructurar sus presentaciones de manera más eficaz, aprenden a incorporar un repaso de lo que los alumnos ya han aprendido y a preparar los próximos aprendizajes. Es el conocimiento profundo de la materia lo que permite al profesor dividir su atención entre la materia que explica y la situación específica de sus estudiantes. Psicológicamente, un profesor ideal está lleno de vitalidad y no es ego-céntrico. Físicamente, un profesor necesita estar en plena forma

porque la profesión exige mucho: hay que prestar atención tanto a los contenidos como a treinta jóvenes llenos de energía. En su ejercicio profesional, los profesores utilizan tanto su cuerpo como su personalidad. Éticamente, desde una perspectiva humanística, los años escolares de un joven deben dedicarse a actividades importantes para su formación. Los profesores son responsables de organizar y conducir esta experiencia. El ideal es que los profesores crean en la importancia de la belleza, la verdad y la bondad porque los jóvenes realmente necesitan vivir rodeados de estos valores, y los buenos profesores los transmiten de manera integrada con la materia que enseñan.

El objetivo de este apartado sobre la profesión docente es indicar a los padres que casi siempre es mejor dejar trabajar a los profesores en la escuela y ayudar al hijo en la casa. También es bueno aceptar que la escuela trabaja con fechas fijadas para las pruebas escritas y la entrega de los trabajos individuales. Estas fechas dan un ritmo al año escolar y son metas que ayudan a organizar el trabajo tanto de los profesores como de los alumnos. De ninguna manera es una ventaja para el alumno obtener el permiso de posponer una prueba o cambiar otro requisito. Aprender a respetar las fechas forma parte del aprendizaje escolar exactamente como aprender a seguir las pautas en cuanto al número de páginas en un trabajo escrito y al número de minutos en una presentación oral. Del mismo modo se debe respetar el calendario escolar y no intentar sacar al hijo, por ejemplo, para un viaje no necesario.

Las materias o disciplinas

No siempre entienden los padres que cada materia es un mundo en el sentido de una manera particular de entender, hablar y pensar. Cada asignatura tiene su historia, su terminología y sus áreas centrales, y el aprendizaje consiste en aprender los conceptos principales

relativos a ese ámbito y a conectarlos. Con cada nueva materia, los alumnos aprenden un nuevo aspecto de la realidad. Sin embargo, las materias que se estudian en la escuela se han ido desarrollando y configurando durante mucho tiempo y no son fortuitas. La enseñanza tradicional entrena a los alumnos en las disciplinas por medio de ejemplos teóricos típicos y de prácticas controladas. Este entrenamiento está basado en los conocimientos del profesor, que sabe cuál es el mejor camino hacia la comprensión. Con la ayuda del profesor, los alumnos aprenden en qué consiste un problema en el campo que se está estudiando y qué procedimientos existen para identificar y resolver los problemas.

En este proceso, el profesor funciona como un guía que introduce a los estudiantes en un territorio hasta entonces desconocido para ellos. Estudiando con un profesor, el alumno está seguro de aprender datos correctos y adquirir una formación de base. Si después quiere seguir explorando la materia, dispone de unas bases suficientes para valorar los nuevos datos. El profesor transmite conocimientos y garantiza que los estudiantes aprenden según una forma de trabajo aceptable para la comunidad científica.

Aprender a usar el lenguaje de una disciplina concreta es aprender a ver y comprender lo que ocurre en esa parcela de la realidad. Es aprender a formular y analizar un problema de una manera específica, utilizando el aparato conceptual propio de la disciplina. En otras palabras, en una ciencia es imposible aprender un dato aislado. Para tomar un ejemplo sencillo, en gramática es imposible entender lo que es un adjetivo sin saber también lo que son los sustantivos, los verbos y los adverbios. Un término pertenece a cierto campo y se delimita y se entiende al lado de otros términos. Conocer algo incluye saber relacionar el dato con otros y colocarlo en su correcto lugar dentro de un conjunto más complejo.

Cada campo científico lleva un tiempo más o menos largo construyéndose, y la terminología elaborada consiste en capas históricas de las que algunas sólo tienen valor de prehistoria. Algunos términos se utilizan de manera general mientras que otros sólo se utilizan dentro de cierta escuela intelectual o cierto país. Algunas partes del campo científico son núcleos aceptados por todos mientras que otras pueden estar en discusión, o son aspectos que se acaban de descubrir y no se sabe si se van a convertir en parte integral de la disciplina en cuestión. El profesor es quien conoce todo esto y puede guiar al alumno hacia lo que este debe aprender en primer lugar.

Los nuevos métodos pedagógicos, sin embargo, invierten esta perspectiva, insistiendo en que los alumnos busquen información. El enfoque constructivista pocas veces se aplica a rajatabla pero desestabiliza la enseñanza y muchas veces enfrenta a los alumnos con problemas que no pueden resolver. Un alumno muy avanzado podría posiblemente encontrar algún principio de un campo científico pero parece arriesgado apostar a que el alumno medio encuentre sin ayuda el núcleo de una disciplina. Es obvio que cuando se invita a los alumnos a reconstruir las teorías de las disciplinas que estudian se corre el peligro de que los resultados obtenidos no reflejen el consenso teórico de la comunidad científica y por tanto el profesor no estaría en condiciones de garantizar que los estudiantes están aprendiendo conocimientos aceptados por esa comunidad científica. En bastantes ocasiones, los alumnos harán suyas las primeras ideas con las que se topen, con lo cual nos estamos alejando de lo científico como ideal pero, según el constructivismo, lo que los alumnos consideren como correcto será lo correcto por lo menos para ellos. Un no constructivista diría que los alumnos no dominan aún el lenguaje de la teoría, no se han familiarizado con los conceptos, no han hecho prácticas de campo y, por lo tanto, resulta casi imposible que comprendan en qué consiste el problema o cuál es su naturaleza. En el constructivismo se pide al alumno que reconstruya el desarrollo

del campo científico y, como si esto no fuera suficiente, se supone que el alumno sabe hacer esto en todas las asignaturas.

Hoy en día se entrega a veces a los alumnos tanto la planificación como la evaluación de una materia. Ya que el alumno no conoce el campo científico, no valorará su trabajo según su aceptabilidad científica. El trabajo en grupo tampoco es garantía de espíritu crítico porque nada es más fácil que caer en un dogmatismo de grupo, a su vez basado en el capricho del miembro más fuerte. El espíritu crítico no sirve de nada si faltan los instrumentos intelectuales para llevar la crítica a buen puerto.

La introducción del constructivismo en la enseñanza ha tenido por resultado un retroceso cultural y científico. Es incomprensible que Europa occidental, lugar de nacimiento de la ciencia moderna y de un notable progreso técnico, haya decidido lanzarse a una política educativa de signo precientífico. Los padres que quieran que sus hijos obtengan una educación que merezca tal nombre van a tener que hacer de profesores en su tiempo libre para compensar el que la escuela ya no enseñe como lo hacía antes. Que las autoridades políticas hayan introducido la nueva pedagogía en la escuela pública ha llevado en muchos países a una demanda creciente de escuelas concertadas y privadas. También se ve más demanda de profesores particulares o tutores y han aparecido empresas que ofrecen apoyo en diferentes materias y niveles. Los que más pierden son los alumnos de las familias sin tradición de estudios que ni siquiera suelen entender lo que han perdido.

Quizá no sea una sorpresa que las materias más maltratadas por la nueva pedagogía sean la historia, la literatura y la lengua porque son materias que prestan atención a las personas, ilustrando que los seres humanos podemos elegir ciertas conductas y rechazar otras. La literatura se acepta más que la historia porque hoy se admira más lo estético que lo ético, pero se evitan los textos clásicos asociados

a lo excelente y al pasado. La historia ha sido reducida porque la nueva pedagogía mira hacia el futuro y no hacia el pasado, quiere cambiar lo que hay en lugar de recordar lo que considera superado. Insiste en decir que los textos históricos están influidos por las ideas subjetivas de los diferentes historiadores. Además, la historia está asociada a la actuación de grandes hombres y mujeres, algo que parece no ser atractivo para estos pedagogos. Reducir las horas de historia se ha convertido en una manera de orientar a los alumnos hacia lo contemporáneo. En otras palabras, a pesar de que los jóvenes tienen acceso a tanta información, puede que estén profundamente desinformados debido a la disminución del tiempo dedicado en la escuela a la historia y la literatura.

Para entender los cambios ocurridos en la educación, resulta útil analizar precisamente la materia de historia. Además, casi todos los gobiernos occidentales han disminuido el número de horas de historia, probablemente por parecerles que la historia no es una materia de utilidad económica. En los estudios sobre los manuales de historia, parece claro que sólo los países más desarrollados logran una cierta objetividad cuando hablan de su propio pasado y del pasado de otros países. Podríamos decir que la politización de la historia es un signo de subdesarrollo intelectual de un país. Algunos directamente han tergiversado la historia, y se observan dos tendencias contrapuestas: una tiende a inflar lo local y reivindicar para la propia región una consideración y estatus especial, mientras que otra idea opuesta es la tendencia multicultural, que afirma que cualquier cultura vale igual que otra y que no hay motivo para estudiar la propia cultura específicamente, lo que supuestamente significaría valorar al *otro*. Que un europeo estudie la historia europea sería eurocéntrico. En este caso, se podría hablar de una actitud *xenófila*, de amor por lo ajeno, combinada con una actitud *endofóbica*, expresando un rechazo hacia lo propio. El multiculturalismo podría reforzar la tendencia de ciertos alumnos inmigrantes a pensar que cuando reflexionan con la mente abierta sobre la cultura de su propio

país de origen están traicionando a su familia. Así, la influencia de los multiculturalistas puede debilitar a los países de acogida y dificultar la integración de los nuevos ciudadanos.

Desde que cayó el muro de Berlín, los neomarxistas ya no presentan su pensamiento como marxismo sino como pensamiento crítico o como protesta contra el pensamiento único. Dicen estar en contra de ciertos fenómenos pero se guardan de formular su propia propuesta. En los departamentos universitarios de ciencias sociales, igual que en los medios de comunicación y por supuesto en las escuelas, se constata la influencia de intelectuales críticos, en el sentido de negativos, frente a la propia sociedad. No valoran la libertad y la democracia por encima de otros sistemas de organización política, quizá con la idea de ser «objetivos». No discuten por qué prácticamente nadie se refugia en Cuba, Corea del Norte o Zimbabue. Si los profesores no admiten que haya diferencias, ¿cómo van a entender los alumnos las diferencias reales, verdaderas, entre los sistemas políticos? Paradójicamente, los grupos críticos con su propia sociedad occidental se presentan como los campeones de los derechos humanos, elaborados precisamente por las sociedades occidentales. Dentro de los países desarrollados, los grupos en cuestión suelen presentarse como los defensores del inmigrante del Tercer Mundo. Ven en la falta de desarrollo económico e intelectual una garantía de la inocencia, la bondad y la buena voluntad. Para calificar esta actitud con benevolencia, se trata de una actitud antiintelectual.

Los nuevos pedagogos apenas mencionan el aprendizaje cultural. Se considera un ejemplo de espíritu crítico no admirar a nada ni nadie, y en particular, curiosamente, a nadie conectado con la propia cultura. Quizá haya una relación entre el desprecio por los nombres grandes y el desprecio general por la excelencia. Lo que es popular es estudiar la historia de grupos como los obreros, las mujeres o las minorías. Todo lo minoritario está bien y lo mayoritario está bajo sospecha. Claro que hablar de mayoría y minoría es engañoso, ya

que las mujeres son mayoría en realidad, y las minorías inmigrantes quizá pertenezcan a la mayoría en su país de origen.

En la educación, en vez de estudiar la historia, los alumnos son invitados a vivir en el presente y a mirar hacia el futuro. En el campo cultural, ya no se habla de empaparse de arte, literatura y música sino que se nota una indiferencia ante los grandes nombres del pasado. En los periódicos, se nota poca reflexión sobre los libros no publicados recientemente. Pero en realidad a veces la cultura actual parece una mezcla de arte, diversión y deseo de crear escándalo para atraer la atención.

Hasta hace medio siglo, el contenido de los bachilleratos europeos era muy similar de un país a otro. Se estudiaba la lengua y la literatura del país en cuestión y una o dos lenguas extranjeras. En historia, se estudiaba la historia política del país y la de Europa y se aprendía algo de la historia de otros continentes. Se aprendía de manera elemental la historia de la filosofía y de la religión cristiana con alguna incursión en otras religiones. El latín y la Antigüedad funcionaban como un trasfondo general de comparación. Los contenidos de las materias como matemáticas, física, química y biología no eran muy diferentes de un país a otro. Sin embargo, el bachillerato actual enseña menos contenido, ya que es menos sistemático y más puntual.

Cuando desapareció el latín se perdió un elemento de cohesión en Europa. El latín sirve de ejemplo de los valores que se pueden perder cuando se prioriza una combinación de igualitarismo y utilitarismo. El latín era una disciplina en todos los sentidos de la palabra, impenetrable para el que no se esforzara. Los políticos decidieron que nadie lo estudiara ya que no todos podían con él y, además, se consideraba inútil. Lo que se perdió con el latín fue el saber de manera absolutamente clara que en otras épocas se vivía de otra manera. Además, se perdió la idea de lo que es un texto, porque el latín

es sólo texto. Se perdió el respeto por la exactitud porque un pequeño error de traducción del latín imposibilita la comprensión. El latín enseñó también a muchas generaciones el uso de los diccionarios y de los manuales de gramática porque es imposible entender un texto en latín sin usarlos. Finalmente, enseñó cierta humildad en el trabajo intelectual porque es fácil equivocarse. Estudiando el latín, el alumno llegaba a conocer cuáles eran los límites de su capacidad. El alumno, luchando con textos famosos, mejoraba paso a paso su capacidad de juicio, iba formando su gusto y cada vez se alejaba más de lo trivial y de lo estridente. Esto sucedió en un ambiente creado por la combinación de varios factores clave, como la centralidad del profesor, el valor de los textos, la importancia de los otros alumnos y del esfuerzo individual. Ya que la dificultad del latín no admite el autoengaño, el alumno llegaba a aceptar que a otro alumno le iba mejor porque sabía más, y así aprendió a valorarse a sí mismo de manera realista. Estudiar latín era un todo: un contenido, un método y un aprecio por la historia y la literatura y quizá también por la belleza. El latín fue reemplazado por las lenguas modernas, y supuestamente se pretendía estudiar la identidad europea a través de la literatura escrita en estas lenguas. Sin embargo, después de un tiempo, se consideró que también esta literatura era demasiado elitista. Así llegamos a la situación de hoy en la que los alumnos estudian las lenguas no a través de su mejor literatura sino a través de unos diálogos tomados de la vida cotidiana con el argumento de que esto es útil inmediatamente.

En cuanto a las materias prácticas y estéticas, tampoco todo es lo que parece. Una razón para poner más énfasis en estas materias era que permitían a los alumnos brillar por lo menos en alguna materia. Sin embargo, para llegar a cierto nivel de destreza en la materia que sea, hay que dedicarle muchas horas de entrenamiento, es decir, estas materias no son más «democráticas» que las materias teóricas. En los campos prácticos, hay también tradiciones, se aprende por

la imitación de los buenos modelos y es esencial el papel del profesor o del instructor. Hay que escuchar, practicar y perseverar. Lo creativo sólo es posible después de haber aprendido la técnica. Las materias prácticas exigen una concentración en la tarea exactamente como el francés y la química. Ya que los objetos de madera y de textil que pueden producir los alumnos son accesibles de manera industrial y ya que la música es más perfecta en un DVD que cuando la toca un adolescente, un joven necesita esforzarse para lograr cierto nivel de habilidad.

En vez de hablar tanto del acceso a universidad, lo adecuado sería mejorar el nivel del bachillerato. Efectivamente, una de las reformas más urgentes que se debería acometer en los sistemas educativos sería el reforzamiento de la formación en la etapa secundaria y en el bachillerato. Ahora, las universidades han creado niveles «cero» para poner al día a alumnos que en realidad no están preparados para estudiar en la universidad. Los nuevos pedagogos utilizan el término de aprendizajes *formales* para referirse a lo que se aprende de manera sistemática en el colegio, con lo cual parecen querer decir que se trata de un aprendizaje inútil y sólo justificado por la tradición. Obviamente, los conocimientos no son considerados por estos pedagogos como instrumentos fundamentales.

Las metas y los métodos de aprendizaje

En la nueva pedagogía hay un fuerte énfasis en los métodos mientras que hay menos interés por los contenidos. La idea que subyace es que podría ser más útil aprender métodos que contenidos porque esos se podrían trasladar a otros campos mientras que el contenido de una materia no valdría más que para la materia en cuestión. Sin embargo, priorizar los métodos es adoptar una visión instrumental de la educación, separando el contenido del trabajo con ese contenido. Desde esta perspectiva, el aprendizaje ya no se entiende como

saber distinguir lo significativo de lo menos importante, como saber insertar lo nuevo en lo ya aprendido, o saber expresar lo aprendido oralmente y por escrito de manera rápida y flexible, porque todo esto sólo se puede hacer en conexión con los contenidos.

Aprendizaje y lectura. El método fundamental de aprendizaje escolar sigue siendo la lectura y, por eso, la educación tradicional evita que el alumno ingrese en la secundaria si no lee de manera fluida y no sabe extraer el mensaje de un texto. Para entender lo que dice un texto hay que tener vocabulario, haber leído mucho, conocer muchos temas y tener interés por entender lo que dice el texto. Podemos pensar en un adulto que tiene delante de sí un texto de física cuántica. La mayoría de los adultos no entendemos un texto de estas características porque no tenemos una preparación en la materia, no conocemos la terminología y no podemos extraer el mensaje ni tampoco evaluar su importancia, pero ahora sucede lo mismo en campos que solíamos considerar de cultura general, porque los alumnos ya no estudian lo que antes solían estudiar los escolares. Ahora estamos en la situación absurda en la que se necesitan programas de ayuda a la lectura en el bachillerato y en la universidad. Ante esta situación, los pedagogos proponen que se ofrezcan cursos de estrategias de lectura, lo cual pone de manifiesto una visión mecanicista de la educación.

Para entender cómo funciona la lectura podemos mirar un ejemplo recogido de una investigación norteamericana. Se les dio a varios grupos de adolescentes un texto corto en el que figuraban los nombres de los generales Lee y Grant y se mencionaba la palabra «negociación». ¿Qué entendieron los diferentes grupos? El grupo más flojo concluyó que el texto tenía que ver con «unos militares». El único conocimiento previo de estos jóvenes era que un general es un militar. Otro grupo dijo que Lee y Grant eran los generales que mandaban las tropas del Sur y del Norte respectivamente en la guerra de secesión norteamericana. Ya que el texto mencionaba la palabra negociación, los alumnos supusieron que se podría tratar

de un episodio hacia el final de la guerra, quizá en 1865. Las últimas batallas de esa guerra se desarrollaron en el sureste de los Estados Unidos cerca del estado de Virginia. Por eso, los alumnos concluyeron que el episodio hubiera podido tener lugar alrededor de 1865 y posiblemente cerca de Virginia.

En el ejemplo citado, se puede constatar que los alumnos avanzados entendieron algo que no está en el texto de manera explícita, es decir, los alumnos no sólo leyeron con los ojos sino que utilizaron todos sus conocimientos acumulados de historia y geografía. El ejemplo muestra que no es correcta la idea de que sea suficiente aprender estrategias en vez de conocimientos. No existen estrategias que puedan guiar al grupo menos avanzado a entender que se trata de algo que realmente ha ocurrido, cuándo y dónde. ¿Podrían haber usado una enciclopedia o Internet? Quizá, pero esto supone que hayan entendido que se trata de un hecho histórico real, recogido en las enciclopedias. Además, si buscan los apellidos Lee o Grant, les salen muchísimas referencias porque son apellidos comunes. Tendrán que introducir juntos en Internet los dos apellidos, Lee y Grant, porque en los manuales de historia estos dos hombres ilustres figuran como una pareja de adversarios, pero eso es precisamente lo que no saben los alumnos con menos conocimientos.

Los alumnos a los que no les apetece estudiar constituyen el gran dilema de las pedagogías políticas que insisten en que la educación ha sido un privilegio reservado a quienes tenían dinero. Se ha abierto el acceso a la educación mediante la gratuidad de la enseñanza y las becas, facilitando el acceso gratuito a los libros, todo ello con el fin de que todos los alumnos tuvieran los mismos resultados. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que los buenos alumnos no sólo tienen más conocimientos sino también otras cualidades personales como la perseverancia, la laboriosidad y la capacidad de llevarse bien con su entorno, que son características aprendidas y manifestadas al mismo tiempo que la adquisición de los conocimientos. Hay investigaciones que afirman que ya a los diez años, e incluso

antes, es posible ver qué alumnos van a tener un buen desempeño durante el resto de la educación y, más tarde, en el mercado laboral. ¿Es autonomía lo que necesitan los alumnos más flojos? ¿No sería mejor enseñarles buenas costumbres y automatizar las conductas positivas?

Ya es habitual escuchar que los alumnos deben aprender *competencias* en vez de estudiar materias. Es difícil entender cómo se realizaría esa idea porque se es competente en relación con una tarea. Lo mismo es cierto para un concepto como el de talento. Sería absurdo decir que alguien tiene talento para el violín pero no ha aprendido a tocar el violín. El talento se manifiesta junto con el estudio de un campo. Por eso, decir que ciertos alumnos son creativos dentro de un campo a pesar de que apenas lo han estudiado, no tiene mucho sentido. Hay personas inteligentes que hubieran podido llegar lejos en su campo pero no han destacado porque no han tenido interés y no han querido sacrificarse. Les han faltado la autodisciplina y la voluntad.

Los que apoyan la llamada «escuela comprensiva» suelen pensar que los buenos alumnos van a ayudar a que el resultado de los demás alumnos mejore sin que estos hagan un esfuerzo y, para no sacar a los alumnos avanzados del grupo, les proponen a veces programas de enriquecimiento. Sin embargo, los alumnos avanzados necesitan trabajar con un material que suponga un reto y los permita avanzar. Cuando había institutos de bachillerato elemental, este problema no solía verse. Es un serio problema que los alumnos más inteligentes se aburran en el colegio. Los jóvenes inteligentes y aplicados también necesitan un entorno estimulante, lo cual se suele admitir en la discusión sobre ambientes creativos como el Silicon Valley, pero no en educación.

Si el constructivismo es la moda de hoy en día, hay otros modelos de aprendizaje diferentes. Por ejemplo, en el sistema llamado *mastery learning* nadie pierde tiempo preguntándose si existe o no el conocimiento, sino que se aprende. A partir de un diseño muy

preciso de lo que deben aprender los alumnos para dominar ciertos conocimientos, se prepara un plan cuidadoso con un pretest y un postest y se explican los pasos que debe realizar el alumno. Debe trabajar mucho y no cesar antes de conocer a fondo lo que se enseña. La meta es que todos logren dominar los conocimientos en una fecha fijada de antemano. La tarea del profesor es establecer metas, administrar test, preparar materiales y animar a los alumnos a estudiar. La psicología se utiliza para animar al alumno a trabajar. Si el método suena algo mecánico, si suena como trabajo a destajo y no como aventura intelectual, es porque este tipo de enfoque en su forma más radical está emparentado con el conductismo, también llamado behaviorismo, asociado a B. F. Skinner, un psicólogo norteamericano que estaba de moda por los años cuarenta y cincuenta. Su nombre está asociado a la idea del aprendizaje como un entrenamiento, un poco como cuando se amaestra a los perros con consignas claras y un refuerzo positivo o negativo según si el comportamiento ha sido el deseado o no. En los años cincuenta, se diseñaron manuales con el material que el alumno debía aprender dividido en pequeñas partes que se aprendían una tras otra con frecuentes test de autoevaluación. Sin embargo, el método perdió su popularidad porque era aburrido y porque el diseño de las páginas hacía que todas las materias parecieran muy similares.

Posteriormente surgió un renovado interés en este método cuando se generalizaron los nuevos medios tecnológicos, primero los laboratorios de lenguaje y después los ordenadores, porque ese método combinaba bien con el uso de las tecnologías. Además, como por magia, el método y las máquinas se podían combinar a su vez con otras ideas que estaban circulando en el ambiente. Una de estas ideas era que el alumno debía trabajar de manera autónoma con el material, y otra era que este sistema permitiría ahorrar dinero ya que no se necesitarían tantos profesores sino que sería suficiente con monitores o ayudantes técnicos para mantener en

funcionamiento el taller informático. Más tarde, el entusiasmo de los políticos y de los administradores se trasladó a la enseñanza a distancia, porque así los alumnos ni siquiera necesitarían ir al colegio. Este enfoque tecnológico ha seducido a los administradores y a los políticos del mundo entero, y a veces también a los profesores, pero a estos bastante menos, quizá porque representa una idea simplista de lo que es el aprendizaje. Un medio electrónico no ahorra al alumno el esfuerzo de comprensión y, como ayuda a la comprensión, el profesor supera al ordenador. Los medios electrónicos sirven para automatizar ciertos conocimientos pero, con o sin ordenador, primero hay que entender los fenómenos en cuestión.

La tecnología suele encantar a los alumnos, pero por un tiempo breve. El ordenador atrae a los alumnos, pero se dan cuenta muy rápidamente de que el trabajo que implica el aprendizaje es el mismo de siempre, pero además resulta más solitario trabajar con un ordenador que de manera tradicional en el aula. Además, suelen surgir problemas técnicos. Los vendedores de programas hablan largo y tendido de la libertad del alumno para trabajar cuando y como quiera. Sin embargo, una parte de la atención del alumno se desvía del aprendizaje a la tecnología porque debe entender cómo está hecho el programa. Por lo demás, parece evidente que un programa informático es menos eficaz que un profesor a la hora de dar un apoyo psicológico al alumno. Los alumnos pueden repetir el programa varias veces hasta conocer bien lo que se enseña, pero la cuestión es si lo hacen. Para que funcione cualquier aprendizaje, el alumno tiene que perseverar. Ese es el gran problema de la educación a través de la tecnología y, por extensión, de la educación a distancia. No es sólo cuestión de ser capaz de aprender sino de querer aprender, y es ahí donde el ambiente humano creado por el profesor y el grupo de compañeros es superior al ordenador. En el típico curso a distancia, si se matriculan cuarenta alumnos, diez desaparecen durante las primeras semanas. Después de dos meses, los alumnos son veinte y al

final se examinan diez. Si no hay un entorno humano que sirva de estímulo al alumno, es difícil que el estudiante mantenga el interés.

Los teóricos de la educación igualitarista ven con interés las tecnologías de la comunicación porque ofrecen la posibilidad de que los alumnos trabajen del mismo modo y, por eso, se supone que todos van a aprender lo mismo y al mismo tiempo. Sin embargo, no hay pruebas de que los alumnos aprendan igual de bien ni tampoco de que sea mejor el uso del tiempo. En particular, no todos los alumnos tienen la suficiente autodisciplina como para aprovechar cada segundo. Si comparamos con la mejor educación tradicional, es probable que los programas electrónicos se queden atrás mientras que algunos podrían superar a un profesor mediocre.

El mundo de la educación ha invertido grandes sumas en tecnología, pero hay que lanzar una advertencia contra esta valoración simplista de la tecnología en la educación, que a veces se realiza sin tomar en consideración los resultados de los estudiantes. El programa en sí puede tener una excelente calidad intelectual y técnica pero eso no asegura que el aprendizaje sea igual de bueno. Un programa puede tener imágenes estupendas e información valiosa, pero lo esencial es lo que llegan a saber los alumnos utilizando estos instrumentos. La Unesco lanzó hace algunas décadas en África un enorme proyecto para enseñar a leer por satélite, pero aprendieron a leer muy pocos. La tecnología puede ser una ayuda pero funciona mejor en conjunción con un profesor. Lo mismo sucede con la serie sobre el emperador romano Claudio, producida por la BBC, y otra sobre Leonardo da Vinci, producida por la RAI, convertidas en programas didácticos. Las dos series se basan en una investigación previa impresionante y una importante inversión para recrear los ambientes y los vestuarios de las respectivas épocas. Sin embargo, un buen material no garantiza que lo visto se convierta en conocimientos. Un buen profesor identifica y enseña los conocimientos

previos indispensables, señala las semejanzas y las diferencias con otros fenómenos similares, y más tarde repasa lo que se ha aprendido. Por la intervención del profesor, los alumnos saben que han entendido lo esencial. Además, los buenos profesores funcionan como modelos de cómo actúa y piensa un intelectual.

Para algunos, la tecnología ofrecería también una solución al problema de la autoridad, porque si el alumno trabaja con un ordenador parece que el problema ni siquiera se plantea. Da una impresión, sólo una impresión, de que el alumno está construyendo él solo sus conocimientos. Desde el mayo del 68, los movimientos de inspiración anarquista no dejan de repetir que hay que liberar no sólo a los países del Tercer Mundo, a los obreros y a las mujeres sino que también hay que liberar a los jóvenes de la tutela de los padres y de los profesores. Estos «anarquistas» no suelen tener mucha simpatía por la tecnología pero, en este caso, han forjado una alianza con grupos que quieren promover la modernidad a través de la tecnología o simplemente vender equipamiento tecnológico.

La contracultura de los años sesenta se ha impuesto de tal manera que ha arrinconado a la «otra» cultura, sencillamente a la cultura, ahora considerada elitista. La contracultura rechaza toda autoridad, rechaza la sociedad y rechaza la realidad reivindicando otra realidad: «otro mundo es posible». No propone ningún programa realista sino que es un movimiento de protesta. Aun así este movimiento ha transformado la sociedad occidental de arriba abajo. Asociada hace algunas décadas a la droga, al *flower power* y al vivir en el campo cultivando verduras y produciendo artesanía, en nuestros días la contracultura está asociada a la ruptura de la familia y a la importancia que ha adquirido la sexualidad en la cultura de los jóvenes.

En educación, uno de los ídolos del 68 era el marxista italiano Antonio Gramsci quien enseñó que el deber del revolucionario era

entrar en los ámbitos culturales de la sociedad para preparar desde allí la revolución, arrebatando la *hegemonía* cultural a los burgueses. Así, la educación, los medios de comunicación, el teatro y las bibliotecas iban a liderar el desarrollo hacia el cambio radical de la sociedad. Otro ídolo era el pedagogo brasileño Paulo Freire, que decía que aprender a leer debía servir a la revolución y que el profesor debía trabajar con textos políticos. Estas perspectivas representan una novedad en la historia de la educación ya que lo tradicional era ver al profesor como alguien que estaba al servicio desinteresado del individuo y de la sociedad y no como alguien que aprovechaba su profesión para hacer avanzar su propia agenda política.

Estas ideas típicas de mayo del 68 contrastan claramente con las muchas iniciativas británicas y estadounidenses dirigidas a promover la educación en los barrios difíciles, porque se basan exactamente en lo contrario: un currículo muy estructurado y unos controles frecuentes de los conocimientos. En estas iniciativas anglosajonas se explica con exactitud qué es lo que deben aprender los estudiantes, se insiste en que el respeto por el conocimiento debe ser visible también en la conducta y la vestimenta, se enseña lo que es el orden y la autodisciplina a unos alumnos que en general tienen una vida familiar disfuncional. Los conocimientos y destrezas les permitirán más tarde guiarse a sí mismos una vez que dejen el colegio.

Los países del Este asiático que tienen actualmente unos excelentes resultados escolares trabajan en parte con un diseño curricular similar al que subyace en los programas de aprendizaje sistemático, apoyándose a la vez en la cohesión grupal y la disciplina de trabajo. Los profesores deben atenerse a un programa preciso y los alumnos saben que están en el colegio para aprender ciertos temas bajo la supervisión de los profesores. Si no aprenden, sus compañeros, sus profesores y sus padres dirán que no se han esforzado como debían.

Se debe subrayar que los alumnos asiáticos adquieren y automatizan los conocimientos sin tener necesariamente acceso a un ordenador.

¿Cómo entender esta diferencia entre los países occidentales y los asiáticos? Es útil recordar que antes de la contracultura y la nueva pedagogía, hace medio siglo, el aprendizaje en Occidente se hacía también a través de un currículo fijo, exámenes, autodisciplina y deberes. Lo que después sucedió fue la llegada de la sociedad del bienestar, cierta idea de igualitarismo en la educación y el rechazo a la autoridad. La educación debía darse a todos como un bien social y, ya que se veía como un regalo por parte de una sociedad benévola, no se quería exigir demasiado al alumno. Además, con el bienestar, los ciudadanos y también los niños exigían comodidad y respeto por su individualidad. En esa situación, las sociedades occidentales decidieron crear la ficción de que, aprendiendo a su propio ritmo y según sus intereses, todos los alumnos iban a terminar iguales. En vez de controlar que todos sepan lo que se especifica en el plan de estudio, los nuevos pedagogos se resisten a usar exámenes. Prefieren pensar que constituye un aprendizaje el haber estado en el colegio, *aprendiendo a aprender*. Además, si bien no saben exactamente lo mismo que las generaciones anteriores, esto se justifica afirmando que saben *otras cosas*. Los países asiáticos, decididos a suplantar a los países occidentales, han mantenido la pedagogía tradicional y ahora son los primeros en las comparaciones internacionales.

El trabajo por proyecto o en grupo suena muy atractivo. El profesor es un *facilitador* y los alumnos son *autónomos* y trabajan utilizando las nuevas tecnologías. Sin embargo, las cosas no son exactamente lo que parecen. Son métodos que funcionan en la universidad con alumnos motivados y capaces, pero no dan tan buenos resultados cuando se trata de otros tipos de alumnos. Vamos a poner un ejemplo. Supongamos que un grupo de adolescentes está estudiando la Ilustración. El profesor podría presentar seis tareas diferentes

a tratar en grupo, por ejemplo: 1. Las ideas de la Ilustración; 2. La revolución francesa; 3. La revolución americana; 4. Napoleón; 5. La situación española de la época; 6. La revolución industrial. La típica consigna sería que cada grupo entregue un texto de unas cinco a diez páginas unas semanas más tarde y que también presente el resultado oralmente ante toda la clase. Cada grupo decide cómo trabajar. Es frecuente que el grupo divida la tarea de tal manera que cada miembro realice una parte de la misma. La búsqueda de información ocupa gran parte del tiempo adjudicado.

Cuando se presenta el resultado, todos los demás alumnos deben haber leído y aprendido lo escrito por los otros. En realidad, no suelen haberlo hecho porque los trabajos de los demás alumnos no les parecen tan serios y confiables como un manual. Son textos escritos por unos «autores» que no conocen bien el tema, en un lenguaje pobre y con datos no comprobados por una autoridad. Existe el riesgo de que los informes escritos sean incoherentes, ya que es difícil para los no expertos entender cómo están conectados los diferentes elementos. Además, los textos consisten en ideas encontradas por diferentes alumnos en diferentes fuentes y los alumnos no suelen ser capaces de discutir las fuentes de las que han sacado sus informaciones. Si además, para ser ecológicos y ahorrar papel y gastos, la escuela no imprime los trabajos, es menos probable todavía que se lea lo que han escrito los compañeros. Las presentaciones orales de los compañeros rara vez son mejores que las del profesor.

En este ejemplo, en vez de estudiar las seis tareas mencionadas es probable que el alumno se dedique sobre todo a la propia y, en consecuencia, que se reduzca el volumen de lo aprendido. A pesar de ello, ese método de trabajo es frecuente, presentado como una novedad e incluso como la manera futura de trabajar. La razón de la implantación tan extendida del trabajo por proyectos es que la nueva pedagogía concede más valor al método que al contenido, es

decir, más al trabajo en grupo y al uso de Internet que a los conocimientos. Los nuevos pedagogos afirman que este método es «activo» mientras que consideran «pasivo» el aprendizaje vehiculado por un profesor que explica el contenido y controla que el alumno haya aprendido la materia.

En un grupo de alumnos de trece años, es frecuente que algunos sean capaces de trabajar como si tuvieran dieciséis años y otros como si tuvieran nueve. Se habla de *individualización* pero esta palabra es ambigua en la escuela *comprensiva*. Los defensores de la escuela comprensiva dicen que el profesor debe individualizar la enseñanza *dentro del marco de la clase*, es decir, el profesor debe organizar el aula para actividades diferentes pero simultáneas, lo cual aumenta enormemente el volumen de trabajo del profesor antes, durante y después de la clase. En muchos casos, el profesor está sobrecargado de trabajo y la individualización se reduce a proponer a los buenos alumnos un libro más difícil o diez problemas de matemáticas en vez de cinco. La palabra individualización hace pensar que se va a respetar el nivel particular de cada alumno, pero esto es poco usual.

El multiculturalismo se presenta hoy en la nueva pedagogía como meta y como método, y suele considerarse en combinación con el trabajo individual y el trabajo por proyecto. Desde luego el multiculturalismo ha venido a reforzar la duda sobre lo que se debe estudiar en la escuela y ha producido una fragmentación de la enseñanza, porque el alumno rara vez estudia un programa coherente con conocimientos estructurados de lengua, cultura, geografía, literatura, música y pintura del país en el que está estudiando, siendo cada vez más frecuente el picoteo ecléctico que se presenta en los planes de estudio de las escuelas. Se estudian bastantes temas pero ninguno a fondo, y el estudio no siempre crea una comprensión estructurada del mundo. Se ha perdido la idea de la educación como desarrollo sistemático del pensamiento en los jóvenes, reemplazándola por la

búsqueda de la información sobre temas diferentes. La cohesión intelectual se valora menos que la actividad de la búsqueda. El origen del multiculturalismo puede encontrarse en el romanticismo de la primera mitad del siglo XIX, e incluso en la corriente del arte llamada primitivismo (Picasso admirando las esculturas del África negra) que tuvo auge durante el comienzo del siglo XX. Esas ideas están relacionadas con la visión del ser humano como naturalmente bueno, inocente, incontaminado por el industrialismo y por la vida moderna. En torno a las revueltas de mayo del 68, reapareció una cierta crítica al industrialismo y un interés por las culturas primitivas, muchas veces representadas en los países occidentales por los inmigrantes. Además, el término multiculturalismo es confuso porque no se refiere a la promoción del estudio de muchas culturas sino a la idea relativista de que otras culturas valen tanto como la occidental y que por eso no es urgente estudiar la occidental.

Para entender cuánto ha cambiado la pedagogía por la penetración de este tipo de ideas, es suficiente echar un vistazo al contenido que solían tener los libros de técnicas de estudio. Lo que solía llamarse técnica de estudio era más o menos lo siguiente: se aconsejaba al estudiante adquirir conocimientos previos, organizar su trabajo y esforzarse; debía prepararse con antelación, aprender el vocabulario especializado o los datos que ignorara y repasar todo el tema incluido en el examen; se afirmaba que los alumnos que lograban buenos resultados era porque organizaban bien su tiempo, aprendían durante las vacaciones y sabían priorizar, dirigir su atención y controlar sus emociones e impulsos; se consideraba que los alumnos debían usar su memoria de manera eficaz y mejorar paso a paso su técnica de estudio, aprendiendo lo que necesitaran saber para avanzar, ya fuese inglés o matemáticas. Las técnicas de estudio tradicionales potenciaban que los alumnos buscasen conexiones entre lo aprendido en diferentes situaciones. Por el contrario, se decía, los alumnos de resultado mediocre siempre culpan de su fracaso a

otros: el profesor es malo, hay mucho ruido en la sala o no hay suficientes libros. Pues bien, el contraste entre lo que se decía y lo que se dice hoy es evidente. Hoy lo usual es culpar al profesor por los malos resultados de un alumno, algo que contribuye poderosamente al malestar docente y a la impresión de que es ingrato ser profesor y que la sociedad es injusta con ellos.

A modo de conclusión. Para terminar este apartado sobre los métodos con unos consejos a los padres, se podría subrayar que en el alumno influye positivamente el ver a sus padres leyendo, que haya un ambiente intelectual en la casa. Los padres pueden ayudar al hijo a organizar su tiempo y su espacio, lo cual es esencial para el trabajo intelectual. El trabajo de preparación a un examen es igual a cualquier otro trabajo intelectual ya que consiste en aprender, ordenar, relacionar, cuestionar y repasar. Los alumnos con dificultades ni siquiera suelen prepararse para los exámenes. Como se acaba de señalar, el secreto es empezar con antelación, identificar y subsanar las propias lagunas, y repasar lo aprendido.

Los alumnos con problemas de aprendizaje necesitan mejorar su lenguaje y en particular su lenguaje abstracto. Deben aprender palabras, practicarlas, relacionarlas e identificarlas en un texto. Se trata de leer y escribir mucho y hacerlo cada día. Los padres pueden ayudar a sus hijos disminuyendo el tiempo que estos dedican a los placeres no verbales como los juegos electrónicos. Los placeres verbales como la lectura cuestan más esfuerzo al joven al comienzo, pero a largo plazo contribuyen más a su desarrollo intelectual.

Para ayudar a un chico que tiene problemas de aprendizaje, no se debe negarlos, ni evitar afrontarlos, sino mostrarle cómo vencer los obstáculos. Los especialistas que trabajan con alumnos con problemas de aprendizaje señalan que hay unos cuantos procedimientos que suelen ser útiles. Uno es enseñarles a calcular el tiempo dedicado a una tarea. Los alumnos no suelen tener una idea clara de si han pasado diez minutos o media hora, es decir, de si han trabajado mucho o poco. Se puede cronometrar el tiempo invertido

en una tarea para que vayan aprendiendo cuánto son por ejemplo veinte minutos de lectura. Otro entrenamiento es decidir una meta y no aceptar que el alumno se desvíe de lo que se ha propuesto antes de terminar la tarea. Los estudiantes con problemas de aprendizaje suelen ser impulsivos y necesitan aprender el hábito de no dejarse gobernar por sus caprichos. Otro método útil y de apariencia fácil es pedir al alumno que evalúe la calidad de su propio trabajo después de terminar una tarea. En general, los alumnos no tienen paciencia para comprobar la calidad de su trabajo ni tampoco saben cómo. Algo parecido es acostumbrarlos a proponer la nota que se merece su trabajo. Aprender a calificar su propio trabajo puede ser un paso hacia una visión realista de sí mismo y de sus capacidades.

De manera general, el alumno con problemas necesita automatizar más su trabajo intelectual para poder dirigir su atención a lo nuevo que va a aprender. El alfabeto y la tabla de multiplicar son los ejemplos obvios de lo que todos los alumnos necesitan automatizar pero, en todas las materias y en todos los niveles, lo aprendido se debe automatizar para que esté al servicio inmediato del estudiante. La mejor manera de recordar lo aprendido es dedicar más tiempo a la materia. Esto se puede hacer de muchas maneras: transformando lo aprendido de una forma oral a otra escrita, convertir algo escrito a mano en un texto mecanografiado, resumir un texto con un esquema, incluso escribiendo exactamente lo mismo otra vez más en otro papel. Después, el alumno debe volver a repasar el material una semana más tarde y después un mes más tarde.

De vez en cuando vuelve una cierta idea según la cual los alumnos con problemas de aprendizaje serían más creativos que otros. Esa idea tiene poca base. Al revés, para destacar en el campo que sea hace falta haber desarrollado conocimientos y destrezas en ese campo. Obviamente, el joven necesita una fuerte motivación interior para sacrificar parte de su tiempo libre, durante años, para practicar de manera sistemática. Si es así, ¿por qué no dejar que la escuela enseñe autodisciplina a todos los alumnos? Empiezan a oírse cada vez

más voces que discrepan de los nuevos pedagogos. Algunos psicólogos definen un acto creativo como el inventar algo nuevo, de alta calidad y apropiado para el contexto. Para lograr algo así no sólo hay que saber mucho sino también hay que asumir riesgos y ser valiente. Ser creativo no es igual a hacer cualquier cosa.

Si el alumno quiere destacar en música o deporte son importantes no sólo la familia sino también los profesores o los entrenadores. Es esencial encontrar un buen profesor pero es igual de esencial que el joven se deje formar. Hay jóvenes que creen saberlo todo y que no escuchan. Con esa actitud, no se puede progresar. No es hasta después de las fases iniciales, cuando el joven ha pasado de prometededor a competente y está en camino de convertirse en experto, cuando este puede desarrollar un estilo propio. Además de adquirir las competencias técnicas, necesita saber llevarse bien con la gente y ser capaz de sobreponerse a las decepciones.

El aprendizaje escolar es un proceso largo, y a algunos comentaristas se les ha ocurrido que sería innecesariamente largo y que se podrían saltar algunos pasos. Sin embargo, los muchos años seguidos de escolarización incluyen un solapamiento necesario para garantizar la calidad del aprendizaje. La continuidad año tras año es lo que garantiza el buen manejo de la lengua, la comprensión lectora y la destreza de escribir. Todo se basa en las muchas experiencias y conocimientos acumulados por el alumno durante años. Al final, el alumno no sabe en qué momento aprendió tal cosa, pero sabe cómo hay que hacer. El cuerpo se acuerda del movimiento que hay que hacer para andar en bicicleta aunque la persona no recuerde en qué momento lo aprendió. Este entrenamiento mental es algo similar al entrenamiento físico.

Los nuevos pedagogos afirman que el alumno tiene que madurar para poder aprender, pero una corriente diferente de psicólogos sostiene por el contrario que el alumno madura en contacto con el aprendizaje y que el conocimiento está conectado con campos específicos. En otras palabras, que es importante el estudio y que son

importantes las materias, también para la maduración del joven. En la pedagogía está empezando a diferenciarse entre los aprendizajes superficiales y los profundos, y el ideal es obviamente un aprendizaje profundo. El aprendizaje superficial se caracteriza por unos pocos datos con poca conexión entre ellos. En el aprendizaje en profundidad se retienen más datos, mejor organizados y, en particular, se distingue entre las reglas y los ejemplos. Para aprender de manera profunda, el alumno necesita aprender conceptos y estructuras y saber insertar lo nuevo dentro del marco de los conocimientos anteriores.

Hay un nuevo interés por la narración como manera de enseñar y aprender, en particular para los niños pequeños y para los alumnos no muy intelectuales. La narración ha sido minusvalorada por la nueva pedagogía, que se centra en la importancia de la búsqueda de información, considerando este método como «activo». Por ello se ha llegado a rechazar al profesor que narra los episodios de la historia a la clase y se ha considerado anticuado aprender de los manuales de historia que narran los sucesos del pasado. Sin embargo, ahora se empieza a percibir un cambio porque se subraya que la estructura de la narración ayuda al joven a acordarse de los datos y que un alumno que sepa narrar un evento o una situación compleja demuestra así un dominio del conocimiento en cuestión y una capacidad de utilizar los datos para pensar.

La influencia de los nuevos pedagogos ha llevado a que bastantes profesores repitan como un dogma que la enseñanza tiene que basarse en materiales auténticos y que para poder aprender el alumno primero debe siempre ver un ejemplo concreto. Esto es una exageración. A veces es útil tener ejemplos concretos pero no es necesario tenerlos siempre. Hay duendes y hadas en los libros para niños, lo cual ilustra que los niños pueden entender situaciones que no han visto y que pueden aprender de ellas. La mente de los niños puede

incluso adquirir más flexibilidad jugando con lo «contrafáctico», así que no todo tiene que ser material «auténtico».

En la formación del alumno, debería incluirse el hábito de elaborar juicios, es decir, una ética. Los niños entienden muy pronto conceptos como el bien y el mal, que combinados con los conocimientos les servirán para poder tomar buenas decisiones más adelante. Para la sociedad, es crucial que los alumnos practiquen esta destreza de juicio ético, ya que pronto serán ellos los que tendrán que hacerse cargo de la sociedad. En los documentos de pedagogía actual, se habla mucho de autonomía y poco del desarrollo del juicio, pero es un argumento en contra de la autonomía así entendida el hecho de que la capacidad de aprender se desarrolla antes que la capacidad de tomar buenas decisiones. Los jóvenes de edad escolar no han madurado lo suficiente como para tomar buenas decisiones aunque son perfectamente capaces de aprender muchas materias. Los neuropsicólogos mencionan que hay que llegar a la edad de unos veinte años para tener la suficiente madurez para tomar buenas decisiones, y también que maduran antes las chicas que los chicos. En el debate educativo brilla por su ausencia el enseñar y capacitar a los alumnos a elaborar juicios sobre situaciones complejas. Exactamente como se ha dicho respecto de la creatividad, juzgar bien una situación es una destreza de alto nivel que aprovecha todos los recursos intelectuales y emocionales del individuo, que no se improvisa y que resulta de enorme importancia para la vida del individuo.

Todo lo que se ha expuesto sobre los métodos en la educación quiere ser una información valiosa para los padres que estén buscando colegio para sus hijos. Si los representantes de un colegio hablan más de métodos que de contenidos hay que tener cuidado. Los métodos son importantes pero sólo como apoyo, casi invisible, al contenido y al pensamiento.

Los alumnos

Ahora los padres suelen tener pocos hijos, quizá uno o dos, y además los tienen quizá a los treinta años o incluso más tarde. En esta circunstancia, los hijos adquieren una importancia psicológica muy grande para los padres y existe el riesgo de que les resulte difícil negarles nada y de que los mimen. Esta situación a veces recuerda a la de las familias ricas de otras épocas cuyos hijos se volvían unos inútiles sencillamente porque se les había consentido todo. El ejemplo histórico opuesto sería el final de la Edad Media, cuando era costumbre de algunas familias de la nobleza mandar a sus hijos de ocho o diez años a otra familia noble para ser educados en los deberes y las destrezas propias de su rango, evitando así la trampa de no exigir al hijo un esfuerzo que se sabía que era bueno para él. La misma costumbre existía entre ciertos artesanos: el hijo se convertía en el aprendiz no pagado de otro maestro y vivía con la familia de este hasta convertirse en un artesano hecho y derecho.

Muchos padres creen que los jóvenes de hoy saben mucho más que los de antes. Puede ser cierto que saben más de ordenadores y de juegos electrónicos y quizá hayan acompañado a sus padres en viajes al extranjero, pero no es seguro que hayan aprendido a hacerse cargo de responsabilidades dentro de la misma familia como la de limpiar la casa, hacer la compra, preparar la comida u ocuparse de la colada. No todos tienen hermanos, así que lógicamente no todos han aprendido a ocuparse de un hermano más pequeño. Sin embargo, la responsabilidad también se aprende.

Algunos jóvenes se han acostumbrado a no estar nunca solos y han desarrollado una extrema dependencia de sus amigos, algo que disminuye su concentración en el estudio. Con el teléfono y conectados a Internet permanentemente están siempre disponibles para los amigos, lo cual lleva a una dispersión de la concentración, negativa para los esfuerzos importantes. El propio Goethe solía decir que *Es bildet ein Talent sich in der Stille*, es decir, que para desarrollar su

talento, el joven debe abstraerse del «mundanal ruido» y del entretenimiento prefabricado. Precisamente todo lo contrario de la tendencia actual, en la que los jóvenes no están solos ni siquiera en su habitación, sino que están siempre en contacto con los amigos, entretenidos y divertidos. Hay jóvenes que mandan entre cincuenta y cien textos al día a los teléfonos de los amigos. Están «entretenidos» y «divertidos» en el sentido de dirigidos hacia otra meta que la educación, inaccesibles para el trabajo intelectual que exige concentración y esfuerzo a largo plazo.

Antes, en las familias se solía hablar de «las malas amistades», pero hoy las malas amistades pueden tener más presencia que nunca en la vida de un joven porque pueden seguir proponiendo conductas peligrosas a todas horas. Hay que reconocer que, en general, los padres saben poco de lo que está pasando en ese nivel de la vida de sus hijos. Además, también las buenas amistades pueden ser «malas» porque el estar siempre «en línea» transforma la vida del joven, pues divide su atención precisamente en la fase de su vida en la que está acumulando conocimientos y aprendiendo a pensar. Por eso, no es un buen argumento decir que si los adultos viven con estos medios de comunicación siempre conectados, es normal que los jóvenes hagan lo mismo. No, no es igual. Un acceso fácil a unas fuentes de diversión atractivas hace que el joven esté menos dispuesto a trabajar en sus tareas escolares.

De sus horas de televisión e Internet, algunos jóvenes sacan la conclusión de que la meta de la vida es ser rico y famoso. Tener que someterse a un largo entrenamiento para llegar a ser, por ejemplo, ingeniero atrae menos que la posibilidad de ser «descubierto» mágicamente. No pocos creen que el camino al éxito es participar en los concursos en los que se intenta identificar a futuros artistas. Estos jóvenes están influidos por un estilo de vida antiintelectual mostrado en la televisión y por unos compañeros que no valoran la educación. La palabra inglesa que expresa esta actitud es *cool*. Alguien *cool* es impasible, no estudia o no quiere mostrar a los compañeros

que ha estudiado. Puede sacar buenas notas pero no se le debe notar el esfuerzo. El que estudia para aprender algo difícil podría caer dentro de la categoría opuesta, la del *nerd*. Sin embargo, lo que la sociedad necesita a largo plazo son los *nerds*. Si los jóvenes no aceptan un compromiso serio, se produce un debilitamiento interior de la sociedad que la convierte en vulnerable ante diferentes ataques.

Es llamativo que se hable tan poco hoy en día de la perseverancia. Para lograr un resultado en cualquier campo, hace falta dedicarle horas y horas de atención. Los psicólogos hablan de diez años o diez mil horas para llegar a ser excelente en el campo que sea. Para llegar a la excelencia en el piano, el baloncesto, el ajedrez o las matemáticas, hay que entrenarse. Es imposible que alguien llegue a dominar realmente una materia escolar con las pocas clases que ofrece la escuela y por eso hay que estudiar en casa, leer libros no obligatorios y reflexionar por su cuenta sobre lo estudiado. Ser alumno significa aceptar una disciplina durante unos cuantos años para ser más libre después, cuando se sepa realizar sin esfuerzo una serie de actos basados en conocimientos y destrezas. El ideal es que el joven aprenda paso a paso a posponer la gratificación, a aumentar su flexibilidad mental y a motivarse a sí mismo. Además, es importante aprender a luchar para lograr una meta lejana porque eso es lo que da la felicidad. El recibirlo todo sin esfuerzo, por azar o como regalo, termina deprimiendo al joven porque le da la impresión de que nada tiene valor.

Tradicionalmente, la escuela obligaba al alumno a cumplir ciertas exigencias y perseverar año tras año con la lectura, la escritura, las matemáticas y las demás materias. Esto sigue siendo así. De ninguna manera se llega a tener una buena educación eligiendo la tarea y el nivel de esfuerzo según la inspiración del momento. Aprender es modificar el cerebro y, para que esto suceda, se necesita una práctica sostenida y prolongada en el campo que sea.

Cuando se habla de los éxitos asiáticos en educación se suele repetir en Occidente que los alumnos asiáticos pagan un precio alto

en ansiedad. Sin embargo, todo indica que el estrés en las sociedades occidentales es igual de grande, pero por otros motivos. Para los adolescentes occidentales no se trata sólo ser buenos estudiantes sino también de ser físicamente atractivos, destacar en el deporte, vestir a la moda y ser populares entre los compañeros. Buscar experiencias las veinticuatro horas del día es también muy estresante. Los lunes, después de cada fin de semana, los jóvenes pueden sentirse obligados a tener algo excitante que contar a los compañeros. Nadie quiere decir que se quedó en casa a ayudar a los padres o a estudiar. Esta presión de tener que hacer siempre algo divertido genera ansiedad y estrés, y se manifiesta muchas veces como dolor de cabeza y de estómago.

Si la escuela y la familia no exigen esfuerzos a los jóvenes, los dejan mal preparados para soportar las dificultades y la frustración que van a encontrar durante la vida. Tal vez es bueno hacer un pequeño paréntesis sobre el estrés. El estrés no es sólo una emoción sino también un estado fisiológico relacionado con el aumento de presión sanguínea, el aumento de peso y la resistencia a la hormona insulina. Nuestro sistema fisiológico de estrés está pensado para un peligro puntual cuando el nivel de la hormona cortisol aumenta por un breve momento para ponernos en alerta y después volver a un nivel normal. Sin embargo, en la vida moderna, corremos el riesgo de tener un alto nivel de cortisol casi constantemente, lo cual lleva a la ansiedad, al cansancio físico y al desgaste de los órganos interiores. El cortisol influye negativamente en el aprendizaje si el nivel está demasiado alto o demasiado bajo.

Vivir en una sociedad de información contribuye al estrés, y el estrés informativo podría simbolizarse en el sonidito del buzón informático o del teléfono que anuncia un nuevo mensaje. El estrés tecnológico no es solamente la irritación de tener que esperar a que se abra un programa informático sino que es sobre todo la sensación de estar perdiendo información si uno no está mirando la pantalla, es decir, la misma superabundancia de información es estresante.

Además, nos llega más información de la que podemos procesar y nos llega en cualquier lugar y a cualquier hora del día. Por eso, una nueva destreza es saber desconectarse del mundo electrónico para estar solo o para estar disponible para la familia y los amigos, encontrando un equilibrio entre la vida y el trabajo, un equilibrio cada vez más difícil. La informática también puede generar una soledad tecnológica, el estar sentado delante de la pantalla sin realmente integrarse en un ambiente educativo o familiar, quizá jugando o perdiendo el tiempo de otro modo.

Conviene hablar del sueño en relación con el estrés tecnológico, porque el ordenador es un factor que influye poderosamente en la pérdida de sueño de los escolares. Los niños pequeños necesitan entre once y doce horas de sueño cada noche y los alumnos de primaria entre diez y once. Necesitan estas horas para descansar, para mantener el equilibrio hormonal y para afianzar lo aprendido durante el día, es decir, a la vez para su salud física y psíquica. Asegurarse de que los hijos duerman lo suficiente es una tarea que claramente compete a los padres.

Algunos pedagogos consideran que los jóvenes de hoy son diferentes de los de antes, que son unos *nuevos alumnos*. Dicen que es normal que no acepten aprender sólo porque un profesor les manda cierta tarea. Exigen que se les explique por qué sería bueno precisamente para ellos y precisamente en su situación personal actual aprender el dato en cuestión y que el profesor les dedique una atención individual. Esperan poder participar en las decisiones sobre qué trabajo se va a realizar. Además, quieren disfrutar de una variedad de tareas y tener resultados rápidos. En otras palabras, quieren elegir entre diferentes alternativas y quieren ejercer un control sobre su propio trabajo. Les gusta colaborar con otros. Es cierto que existen estas tendencias pero se deben combatir y no aceptar porque son signos de que los jóvenes en cuestión no han aprendido a ser alumnos. Es fácil entender que si el profesor debe convencer a cada uno de los alumnos y quizá negociar con ellos, se pierde mucho tiempo y se avanza poco.

La *autonomía* se ha instalado no sólo como método de trabajo sino también como pauta de conducta. Algunos alumnos consideran que a ellos no les une ningún lazo especial al profesor y son capaces de contestar a un profesor que «esa será su opinión, yo tengo la mía». En la escuela tradicional, los alumnos podían ser heterogéneos en su procedencia social pero llegaban a ser homogéneos intelectualmente. La dignidad del alumno solía ser el trabajo y el saber.

La educación indulgente tanto en casa como en el colegio puede convertir a los jóvenes en tiranos. Hay casos de chantaje y de amenazas, e incluso ejemplos de padres maltratados por sus hijos y profesores agredidos. Los nuevos pedagogos suelen ver las conductas negativas en el aula como el resultado de los problemas sociales del alumno, como algo que el individuo no controla. Sin embargo, el ambiente puede condicionarnos pero no determinarnos, entre otras cosas porque la educación nos abre la puerta hacia otros mundos que completan al familiar.

Durante mucho tiempo, ciertos ideólogos han sostenido que la educación ha funcionado como un privilegio de clase media y alta y que lo democrático es distribuirla a través del libre acceso y subvenciones para estudiar, una idea que no toma en cuenta que hace falta voluntad y esfuerzos para aprender. Parece una verdad de Perogrullo decir que es esencial que el estudiante estudie. En los países de bienestar el problema actual es que los adultos no se atreven a exigirles esfuerzos a los jóvenes.

La educación permite que los jóvenes lleguen más lejos que sus padres pero, durante las últimas décadas, muchos investigadores procedentes de los campos de la pedagogía y de la economía han insistido en que el nivel socioeconómico de los padres decide el resultado escolar de los hijos. Esta afirmación se ha repetido tantas veces que muchas personas han llegado a creérsela. Sin embargo, lo esencial es el esfuerzo del alumno y no el nivel económico de los padres. Si la sociedad acepta que un alumno no trabaje en la escuela o esté ausente sin justificación se creará, por el contrario,

un grupo de alumnos desconectados de la escuela. Es cierto que una mayoría de estos alumnos desconectados suelen venir de familias sin tradición educativa, pero el no trabajar en la escuela es una decisión individual. El determinismo socioeconómico en educación es una idea errónea, porque si los alumnos no pudieran superar el nivel de educación de los padres, ningún país de bajo nivel podría mejorar, y no es el caso. Los alumnos coreanos y chinos de familias sin mucha educación son un ejemplo reciente porque estos jóvenes logran excelentes resultados tanto en sus propios países como en el exilio. Además, se pueden encontrar ejemplos históricos de personas de familias sin educación cuyo interés por la vida intelectual se despertó en la escuela. Un ejemplo literario es Albert Camus quien describió en *El primer hombre* cómo su maestro de primaria le abrió el mundo intelectual.

También en la exitosa educación finlandesa se constata que si el alumno lee mucho su comprensión lectora mejora. Es cuestión de lectura y no de nivel socioeconómico porque, aunque los padres hayan podido comprar una buena casa, si el hijo no estudia, este no sacará buenas notas. La insistencia en el nivel socioeconómico quita mérito a los buenos alumnos porque no se toma en cuenta su esfuerzo. Cuando un alumno aprende algo, la comprensión no es de ninguna manera automática sino que es la consecuencia de un esfuerzo.

La insistencia en lo socioeconómico es uno de los efectos más negativos de la injerencia de los sociólogos y los políticos en la educación. Las familias inciden en el éxito escolar de sus hijos pero de otro modo: por su actitud ante el estudio. En los países hispanicos, esta actitud se capta en la fórmula, utilizada por ejemplo en Argentina, de «mi hijo el doctor», expresión del orgullo de unos padres sin educación por los logros del hijo. Unos padres que antepongan su propio éxito profesional a la conversación con sus hijos, no tendrán un efecto tan bueno en los resultados escolares de los hijos, como otros padres que, con menos educación, animen a sus

hijos a estudiar. Los padres que repitan en casa que los estudios no sirven para nada inciden de manera negativa en los hijos, tengan o no tengan ellos mismos educación. Es más importante el ambiente humano que el nivel económico.

Otra de las cosas que se suele afirmar sin fundamento es que hablar en casa una lengua diferente a la que se usa en el colegio es una dificultad para los inmigrantes, pero en realidad saber más de una lengua es un plus una vez que se haya alcanzado el dominio de la nueva lengua, algo que puede lograrse en un par de años, si la escuela que acoge a los inmigrantes está centrada en el aprendizaje. Si, al revés, estos alumnos inmigrantes encuentran una escuela caracterizada por el absentismo y el desorden, es probable que no aprendan nunca adecuadamente la nueva lengua. En particular este riesgo es grande si los alumnos vienen de un país desorganizado en materia de educación y arrastran un retraso educativo.

Con la educación obligatoria y gratuita, se pensaba que se llegaría al objetivo de educar a todos, pero ahora asistimos a una inversión de este planteamiento porque en vez de «una escuela para todos» estamos ante «todos en la escuela». Debido al enfoque en la *tolerancia* y la *inclusión*, la escuela se adapta a la inmadurez de los alumnos que no han desarrollado su autocontrol. La tradición escolar era por lo general la de atender a todos los alumnos a través de cierta uniformidad en la organización y en las exigencias, pero desde hace tiempo se ha impuesto otro enfoque, centrado en el alumno, que hace que todo se focalice en la atención a las diferencias entre los alumnos. En vez de construir el aprendizaje alrededor de lo que necesitará el alumno cuando sea adulto y pase a ser un ciudadano responsable, toda la atención parece ponerse en lo que ese alumno es y trae consigo como proveniente de una determinada familia. No debe extrañar a nadie entonces que aumente la conflictividad escolar cuando se junta en una misma aula a jóvenes que tienen muy poco en común y a los que, en lugar de ofrecerles puntos de orientación comunes, se les insiste en que la sociedad les debe *respeto* por

su diferencia. Ciertamente la educación en la escuela debe mostrar respeto por el individuo, pero formando a esos jóvenes para que se conviertan en los adultos del futuro. No exigir esfuerzos significa respetar la inmadurez del joven. Un profesor respeta al alumno cuando prepara bien la clase y cuando utiliza bien el tiempo en clase. Sin embargo, hoy se ha dado en decir que el profesor debe respetar la cultura de la casa de los alumnos y que él debe estudiarla. Así el que debe aprender es el profesor y no el alumno. Esto es el mundo al revés porque los alumnos están en la escuela para aprender lo que la sociedad ha decidido que aprendan y que el profesor ha estudiado para enseñarles. La paradoja es que muchas veces los que más hablan de respeto son los *objetores escolares* que, en vez de exigirse esfuerzos a sí mismos, piden respeto de manera rutinaria. En su boca, viene a ser una exigencia aprobar sin haber hecho ningún esfuerzo. Además, su respeto por la escuela, los profesores y la sociedad suele brillar por su ausencia.

¿Cómo hemos llegado a esto? Podemos volver a la idea de que la verdad no existe. Si se predica que la verdad no existe, la opinión de cualquier alumno vale tanto como la del profesor. ¿Cómo entonces exigirle al alumno que aprenda lo que enseña el profesor? ¿Por qué no exigir que el profesor aprenda la opinión del alumno, con lo cual se cierra el círculo? ¿Cómo puede exigir un profesor cierta conducta a un alumno portador de una verdad tan importante como la del propio profesor? Además, los alumnos son muchos y el profesor sólo es uno así que «democráticamente» el profesor está en minoría. Es imposible tener un sistema educativo coherente basado en esas ideas. Con la negación de la verdad, llegamos a la negación de la dignidad moral del profesor. No hay vueltas que darle: el respeto a la verdad es inseparable del esfuerzo intelectual, que es la razón de ser de la escuela.

En vez de hablar de respeto, se podría hablar del aprendizaje de las buenas costumbres por imitación. Los jóvenes de todas las especies biológicas, y también la humana, aprenden por imitación.

Por eso, los padres y los profesores deben ser modelos intelectuales y morales. Si se enseña a los niños pequeños a comportarse bien con la familia, los amigos y los desconocidos, automatizan la buena conducta y pueden dirigir su atención a otras cuestiones. Lo mismo puede decirse en cuanto a los hábitos diarios como alimentarse bien, ocuparse de la higiene y mantener ordenadas sus pertenencias. Otra costumbre positiva para el aprendizaje es el ejercicio físico que aporta oxígeno al cerebro, mejora la coordinación muscular y contribuye al bienestar físico y psíquico. Lo que es directamente negativo para el aprendizaje es no dormir lo suficiente y, por supuesto, el alcohol y las drogas.

Es contradictorio que el Estado haya introducido una obligación de escolarización pero no de aprendizaje y es contradictorio insertar a un alumno en un grado por su edad y no por sus conocimientos, si se quiere que aprenda. El sistema actual lleva a que un alumno pueda encontrarse en un grado en el que no entiende el contenido porque no ha aprendido el contenido que debía haber estudiado antes. Esta situación constituye un desprecio por la educación en el seno del mundo educativo. Cuando los profesores hablan de la necesidad de exámenes de acceso, no es para castigar a nadie sino porque así funciona el aprendizaje. La promoción social o automática en vez de la promoción por mérito es un engaño y la primera víctima es el alumno sin conocimientos. A veces, se trata también de un autoengaño porque algunos alumnos no entienden bien cuánto les falta para estar al nivel adecuado. La promoción automática crea un desorden porque, cuando el profesor indica una tarea para casa o para realizar dentro del aula, el alumno que no esté al nivel no puede participar como los demás alumnos aunque quisiera. Actualmente, en cada grupo suele haber alumnos en niveles muy diferentes, algunos de los cuales no pueden realizar las tareas normales del grupo, con lo cual el profesor debe preparar tareas diferentes. El caos acecha. La psicología de aprendizaje de la escuela

tradicional se basaba en la idea del grupo. Todos tenían que hacer la tarea y no se permitían excepciones porque distraían de la tarea. Además, ¿cómo exigirle a un alumno sin problemas que trabaje duramente si tiene al lado suyo a varios compañeros que saben menos y quizá no se esfuerzan?

Como todo lo humano, el pensamiento es extremadamente complejo. Se combinan en el acto de pensar los conocimientos previos del campo en cuestión con la capacidad de dirigir la voluntad hacia una meta. No es posible enseñar a pensar sin referencia a cierto campo, porque nuestra inteligencia es fundamentalmente práctica y depende de nuestra experiencia del campo en cuestión, lo cual es un argumento a favor de la escuela tradicional con un contenido curricular previsto para cada materia y cada año. Para poder reaccionar en situaciones prácticas y tomar decisiones, nos ayuda el ser capaces de acceder rápidamente a los datos requeridos en la memoria y haberlos puesto en práctica en diferentes situaciones.

La única manera de aprender la técnica de pensar y analizar críticamente es practicar el pensamiento y para esto es una gran ayuda el tener buenos profesores y compañeros de estudio con los mismos intereses. El ambiente ayuda, pero el esfuerzo de pensar se realiza de manera individual. Saber usar la lógica no es algo automático sino que hay que aprender en particular el pensamiento deductivo. Nuestro manejo del pensamiento lógico depende de los contextos y somos más lógicos en los campos que conocemos bien. El pensamiento abstracto es difícil y muchas personas, jóvenes y no tan jóvenes, no pueden con él.

Para aprender a pensar, un camino es leer un libro, analizarlo en grupo, escribir un trabajo, profundizando más, y después continuar con el siguiente libro. Después de un tiempo, el alumno tiene suficiente material acumulado en su memoria como para poder comparar, lo cual constituye un tipo de pensamiento. El alumno adquiere a la vez conocimientos y una capacidad para evaluar. El aprender a

pensar y seguir pensando fuera del ámbito de la educación constituye una dimensión no sólo intelectual sino también moral.

Aprender algo práctico no es totalmente diferente del aprendizaje teórico. Cuando se aprende a hacer algo no se trata nunca de un acto aislado sino que se aprende cuál es la actuación apropiada para cierta situación, y esto es igual a decir que se aprende un principio. Quien sabe preparar diez platos sabe cocinar. Alguien que sabe cocinar no necesita instrucciones para cada paso en la preparación de un plato.

Para poder pensar, primero hay que querer pensar, es decir, estar preparado para hacer un esfuerzo. Sin embargo, el resultado de cierta «nueva educación» se parece a lo que en la Antigüedad llamaban *acrasia*, una falta de fuerza para dirigir la propia voluntad, una pasividad, que se asociaba a los jóvenes que nunca habían sido censurados ni castigados durante su educación. Sin ningún tipo de coerción, el joven no entiende por qué necesitaría esforzarse o ser virtuoso.

Para poder empezar a pensar, necesitamos tener datos de los que abstraer los conceptos con los que vamos a pensar. Aprender y practicar la abstracción es la tarea central de la escuela, una actividad emparentada con el aprendizaje de la objetividad. El profesor, el manual y los exámenes son la garantía de que ese proceso se realiza de manera correcta. Cuando pensamos, nos basamos en abstracciones, es decir, sacamos lo esencial, lo típico y lo característico, pero si la verdad no existe, todas estas actividades son absurdas. El constructivismo resulta nihilista ya que considera que todos los datos están imbuidos de intereses y prejuicios. No invita ni al pensamiento ni a la comunicación, actividades basadas en una experiencia en común del mundo. Lo científico es precisar las condiciones en que se da un fenómeno para que sea posible compartir y discutir los resultados.

Así pues, ¿qué es pensar sobre un problema? Es empezar por entender en qué consiste. Después hay que distinguir entre lo importante o lo menos importante en la situación en cuestión. Hay que

formular una meta para la actividad del pensar y luego perseverar hasta llegar al final. Al haber encontrado una solución o la solución, hay que comprobar si es correcta. Finalmente, las ideas se deben organizar de manera clara y resumida. Esto no es una *competencia* que se pueda aprender independientemente del contenido del problema.

No es posible diferenciar el pensar del pensar sobre algo. Si se quiere fomentar el pensamiento crítico, hay que fomentar primero o al mismo tiempo el aprendizaje de las materias. Nuestro pensamiento está acoplado a nuestros conocimientos y a nuestras experiencias. Con frecuencia los jóvenes de hoy en día han oído hablar de muchas cosas pero sin conocerlas a fondo y sin saber servirse de los datos en su pensamiento: necesitan un aprendizaje sólido de conocimientos significativos.

Sintetizar datos para formar conceptos es algo que tiene que hacer cada uno. No es posible abstraer para otra persona. En un congreso sobre cómo ayudar a aprender a pensar, un catedrático de Medicina describió la manera compleja en la que enseñaba a pensar a los futuros médicos. Los estudiantes debían leer lo que decían los manuales pero, además, cada semana el grupo se reunía para estudiar a un paciente o discutir juntos un artículo recién publicado. Los estudiantes debían confrontar las afirmaciones del manual con el caso en cuestión y otros casos discutidos durante los seminarios anteriores. De esta forma el profesor conseguía a la vez enseñar contenidos, formar a los estudiantes como lectores competentes de textos médicos y socializarlos como futuros médicos. Creaba un ambiente que transmitía conocimientos a la vez que enseñaba a pensar.

Otro ejemplo similar: la anécdota de un catedrático de cardiología que presentó un paciente con un soplo para que los futuros médicos intentaran diagnosticar su mal. El estudiante que más había estudiado creyó oír una condición rara descrita en el manual. Otro estudiante menos ambicioso dijo no poder oír nada especial. Resulta que el paciente no tenía ninguna enfermedad cardíaca y que el catedrático había querido enseñar el peligro de no basarse en la observación

atenta. Pensar es combinar lo observado con lo estudiado, tanto en la escuela como en la universidad.

El rigor, la coherencia y la precisión son valores intelectuales que tiene que aprender el alumno. El proceso de aprender a interiorizar estos valores intelectuales es largo y complejo y es distinto según la materia. Si se toma en serio la importancia de los valores intelectuales, no se puede admitir en cursos avanzados a estudiantes sin determinados conocimientos previos. A propósito de la moda de hablar de la «investigación» de los niños se debe dejar claro que la manera en que piensan los niños tiene muy poco que ver con cómo piensan los investigadores. Los niños no saben guardar en la mente todas las variables, no manejan varias posibles interpretaciones y suelen sacar conclusiones sin tomar en cuenta todos los datos. En ocasiones su conclusión se basa en lo que ya sabían con anterioridad, es decir, no incluye las nuevas observaciones. Si es difícil para los adultos pensar de manera objetiva lo es más para los niños. Ser un adulto culto significa entre otras cosas entender su propia situación y los límites de su entendimiento. Para el niño y para el alumno sin conocimientos, todo es singular. Para el alumno que está progresando, todo sigue la regla. Sólo el alumno avanzado y el adulto culto pueden ver a la vez las reglas y las excepciones.

A las personas creativas, por ejemplo los investigadores o los artistas, les caracteriza el tener muchos conocimientos y buena memoria, saber usar su cerebro de manera eficaz y, además, ser rápidos y planificar bien su trabajo. Tienen una capacidad analítica que les permite identificar los rasgos significativos del problema y descubrir los datos que les faltan. Saben elegir el procedimiento adecuado para la tarea y son flexibles. Prefieren lo complejo a lo sencillo. Trabajan mucho y perseveran, y cuando han terminado un proyecto empiezan inmediatamente con otro porque les encanta crear. Además, para crear y también para crear pensamiento hace falta valor porque no siempre se llega a una conclusión que corresponde a lo

que se dice comúnmente. Albert Camus solía decir que lo que le atraía era la combinación de inteligencia y valor.

Las escuelas

Lo humano es extremadamente complejo y cada escuela es diferente porque allí trabajan y estudian personas diferentes. Una escuela no está nunca definida totalmente por los factores económicos, sociales o culturales sino que constituye el resultado de una interacción entre muchos factores. Podríamos comparar la escuela con una caja negra porque difícilmente se pueden controlar todos los factores que intervienen. Una escuela es como un ser vivo porque nunca es igual a otra y, además, cambia constantemente.

En el debate público, bastantes padres y políticos hablan de la «escuela» como si una escuela fuera igual a otra. Las escuelas pueden ser tan diferentes entre ellas que a veces parece que pertenecen a mundos diferentes. En el debate público casi siempre se habla de las escuelas con problemas, así que hace falta completar esa imagen, hablando de las escuelas excelentes. Para subrayar que hay ideales y no sólo problemas, vamos a empezar con dos casos excepcionales pero muy diferentes entre sí: Eton y Nada.

Eton es una escuela británica de mucha tradición, situada no muy lejos de Londres, en un pueblecito tranquilo. La escuela está formada por varios edificios de ladrillo rojo, hay patios con césped entre los edificios y está rodeada de campos de deporte. Tanto los alumnos como los profesores viven en la escuela y llegan a ser como una familia. El tutor suele reunir a su grupo dos veces por semana para actividades extracurriculares tales como escuchar ópera o hablar de los acontecimientos políticos recientes. En lo que se refiere a las clases diarias, los profesores ponen mucho énfasis en que todos los alumnos acudan preparados para participar activamente. A todos nos resulta conocido el hecho de que los alumnos llevan

una ropa de otra época, lo cual les recuerda que forman parte de una tradición. Es un colegio masculino de pago en el que los becarios constituyen la élite intelectual. Tradicionalmente, en Eton se enseñaba sobre todo latín, griego y matemáticas, pero hoy en día el programa es más amplio. La meta es formar la personalidad de una manera completa: formar la mente, el cuerpo, la sensibilidad estética y la personalidad moral del alumno. Esta escuela ha formado y sigue formando líderes. Muchos de esos alumnos logran entrar en las universidades de Oxford y de Cambridge, pero la orientación de la escuela no es únicamente intelectual. A los responsables de esta escuela les gusta decir que preparan a los alumnos para la vida misma. Los envidiosos hablan de privilegios y critican precisamente que los exalumnos formen una gran familia y que se ayuden entre ellos.

Nada es un colegio situado fuera de Kioto. La gran meta de Nada es preparar a los alumnos, varones todos, para ingresar en Todai, la Universidad de Tokio. El tener una sola meta principal explica el enfoque total en las materias. La escuela es privada y de pago, pero no muy cara si se compara con otras ofertas para prepararse a las pruebas de admisión de la Universidad de Tokio. Los alumnos de Nada no necesitan acudir a cursos complementarios por la tarde ni repetir un año para mejorar el resultado. Se entra en Nada por una prueba de admisión y no es sorprendente que bastantes alumnos sean hijos de profesores. La escuela tiene clases seis días a la semana, pero el sábado sólo hasta mediodía. Los grupos de alumnos pueden ser grandes, hasta cincuenta o sesenta chicos en el mismo grupo. El ambiente es serio pero los profesores saben captar el interés de los alumnos que participan con gusto en las clases. Sólo hay una meta: aprender lo que se exige en la prueba de ingreso a la universidad. Se ofrece la posibilidad de hacer deporte pero el deporte constituye claramente un complemento al estudio. Se considera que los alumnos están en una edad apropiada para aprender datos y que algunas de las explicaciones del porqué pueden esperar. Se piensa que el conocer los datos llegará a tener toda su importancia cuando

se combinen más tarde con las experiencias de un adulto. El último año escolar se dedica al repaso porque, al terminar el penúltimo año, los alumnos ya han estudiado todos los temas. De esta forma, los alumnos de Nada logran fluidez y flexibilidad en el manejo de los datos. Los profesores ganan buenos salarios.

El contraste entre los dos ejemplos muestra que se puede ser excelente de varias maneras, y otra conclusión podría ser que, si los países con una fuerte agenda igualitaria prohíben formarse bien a los jóvenes con talento, el resultado es que favorecen a los países que sí forman a sus élites. El contraste entre Eton y Nada por un lado, y el programa típico de enseñanza estatal de los países occidentales de vocación igualitaria, es muy grande. Como hemos mencionado, una de las consecuencias de la nueva pedagogía es que el dinero se invierte de forma prioritaria en los alumnos con problemas e incluso se reserva a los mejores profesores para esta tarea. La consecuencia es que los padres de los alumnos sin problemas buscan opciones educativas no estatales, aunque tengan que pagar dos veces por la educación de sus hijos.

El ejemplo de Eton puede recordarnos que los edificios escolares constituyen un patrimonio estético y físico. En general, en los pueblos pequeños, antiguamente las escuelas eran los edificios más hermosos junto con la casa consistorial y la iglesia. Estos edificios expresaban que las escuelas eran instituciones centrales para la sociedad y a veces compartían algunos rasgos arquitectónicos con las iglesias. En los institutos de bachillerato, se solían incorporar en la decoración elementos formales de la Antigüedad, la Edad Media y el Renacimiento, reflejando los conocimientos históricos y estéticos que los alumnos debían aprender. Tanto es así que algunos colegios que ya no se usan como escuelas han pasado a ser ayuntamientos. Hay mucho que rescatar de esta tradición que tenía como ideal combinar un marco estéticamente atractivo con una buena enseñanza, pues se tenía la convicción de que ese ambiente de belleza reforzaba el ambiente escolar y el estímulo para aprender. Las escuelas actuales,

por el contrario, se suelen construir siguiendo criterios funcionales y no suelen despertar admiración. Aunque, cuando admiramos las escuelas antiguas, puede ser que nos parezcan hermosas porque sólo han sobrevivido las hermosas.

Hay una línea de investigación pedagógica que se denomina «escuelas exitosas» y que es fuerte en los países anglosajones. El modelo que se describe como exitoso tiene algunos rasgos en común con lo que hemos descrito en las escuelas de Eton y Nada. Las escuelas exitosas modernas suelen caracterizarse por un liderazgo enfocado en el aprendizaje, un empeño sistemático por adquirir los conocimientos, unas metas claras y exigentes y un clima de trabajo caracterizado por el orden. Entre los alumnos, el énfasis se pone en la concentración, la voluntad y la autodisciplina. Los alumnos reciben el mismo mensaje de los profesores, de los padres y de la comunidad. El buen resultado está asociado a los esfuerzos y las expectativas y en no perder tiempo con temas no asociados al aprendizaje. Entre un estilo más formal o informal en la enseñanza, da mejor resultado el formal. Una buena escuela suele ser buena en todo, tanto en el trato dispensado a los alumnos como en la calidad del aprendizaje de las materias. Los alumnos que tienen buenos resultados también tienen un buen comportamiento. En particular en la secundaria, el número de alumnos por grupo no importa tanto como la calidad de la enseñanza que se imparte.

En los países anglosajones existe también un movimiento de reforma escolar centrado en los barrios difíciles. Lo que se intenta lograr es un *school turnaround*. Se empieza por nombrar a un nuevo director, entusiasta y enérgico. El segundo paso es insistir en que los alumnos respeten el orden, la puntualidad, el lenguaje cortés y la vestimenta decente. Se trabaja con la innovación para alcanzar las metas del colegio, experimentando con nuevos horarios, nuevos libros y nuevos métodos de agrupar a los alumnos. Se presta atención a la organización del profesorado para ver si algo se puede mejorar. Para cada alumno, se hace un seguimiento de su aprendizaje en las

diferentes materias. El alumno debe aceptar que está en la escuela para aprender. Se crean enlaces con los padres y con el entorno local, informando a todos de las reformas y de los resultados que van produciéndose. A veces estos métodos recuerdan los que se utilizan para mejorar los resultados en el deporte porque todos deben analizar sus resultados anteriores, proponerse metas ambiciosas y esforzarse de manera continuada.

Los colegios exitosos dedican un tiempo al comienzo de cada curso a asegurarse de que todos los alumnos saben qué conducta se espera de ellos. Si el alumno comete una infracción, el profesor suele empezar la conversación con el alumno con una referencia a cuál es la conducta que se espera de los alumnos. Los jóvenes con problemas deben tener absolutamente claro que existen reglas y que se aplicarán sanciones a quienes no se comporten bien. Este mensaje va dirigido a todos pero en primer lugar a los alumnos que en su casa no han aprendido a acatar las reglas y a los que han aprendido reglas antisociales.

En el nivel del profesorado, se combaten a la vez las costumbres burocráticas de «reunionismo» y «documentalismo» que merman las energías de los profesores y no mejoran el resultado. El enfoque se pone en conseguir que un mayor número de alumnos se merezcan unas notas más altas en vez de borrar los límites entre la excelencia y la mediocridad. La reforma escolar significa también el fin del facilismo, del «todo vale».

Cuando se habla de alumnos con necesidades especiales, se debería hablar también de los alumnos avanzados que se aburren mortalmente en las clases «comprensivas». Muchos deciden dar la espalda para siempre a las materias escolares, dedicándose por ejemplo a la música rock o a la informática. Este es un indicio de la fuerte penetración del igualitarismo en la educación, que se niega a agrupar a los alumnos según otro criterio que no sea el de su edad, lo que la nueva pedagogía califica como *diferenciación*. Para mencionar sólo un aspecto que pone en cuestión ese igualitarismo

podemos referirnos al criterio de sexo de los alumnos: insertar a los alumnos según la edad puede ser directamente negativo para muchos alumnos varones que maduran en promedio año y medio más tarde que las chicas. Además, la situación aburre a las chicas, que se ven rodeadas de compañeros varones que les parecen infantiles.

Los países asiáticos y los países como Finlandia obtienen buenos resultados sin itinerarios pero hay que observar que no combinan la escuela comprensiva con un ambiente permisivo y utilizan la selección para los estudios superiores. En Asia, las autoridades cuentan con cierta presión social para que los alumnos estudien y además con una feroz competencia para ser admitido en la universidad. También Finlandia selecciona a los mejores estudiantes para las plazas en la educación superior, lo cual estimula a los buenos alumnos. Otros países harán bien en utilizar itinerarios y además permitir que los alumnos aventajados pasen más rápidamente de curso en primaria.

Es conocido que la educación diferenciada entre chicos y chicas da buen resultado por ejemplo en Gran Bretaña, donde los colegios diferenciados suelen estar entre los mejores. Probablemente confluyen varios factores como unos padres conscientes de la importancia de la educación, unos alumnos que se esfuerzan y un ethos religioso. Estas escuelas logran crear un ambiente ordenado que muchas veces transmite un mensaje a los alumnos a propósito de quiénes son, un mensaje que podríamos llamar moral.

Los igualitaristas desaprueban toda agrupación que no sea por la edad. No les gusta la agrupación según la capacidad pero tampoco la educación diferenciada entre chicos y chicas. La educación diferenciada sería mala aunque da mejores resultados tanto en el aprendizaje como en la conducta y aunque es particularmente exitosa en la franja de edad que corresponde a la educación secundaria. Entre los alumnos varones, produce un buen resultado un énfasis en unas

reglas y unas exigencias claras, es decir, en un ambiente moral. La educación diferenciada suele beneficiar en particular a los alumnos varones que crecen «sin padre en residencia», como se dice ahora. También puede resultar una ventaja que las materias no vengan marcadas por clichés sobre lo que es femenino o masculino. Por eso, en las escuelas de educación diferenciada, les suele ir mejor a los chicos en las humanidades que en los colegios mixtos y lo mismo sucede con las chicas en las ciencias naturales. Con alumnos varones, se suele lograr que lean más, introduciendo textos sobre personajes históricos positivos, proveyéndolos así de buenos modelos de actuación masculina. Para los chicos, también se utiliza la competición como método, mientras que a las chicas les suele gustar más la colaboración. En la lectura, por su mayor madurez, a las chicas les suelen gustar los libros de contenido más psicológico.

En cuanto al feminismo sucede algo curioso en el ámbito escolar. Supuestamente, las mujeres son víctimas y necesitan programas especiales de género. Es cierto que en el pasado las mujeres se incorporaban más tarde a la educación, pero ahora no sólo están presentes en todos los niveles y en todos los programas sino que también les va mejor que a los varones. Para empezar con la primaria y la secundaria, las niñas maduran antes que los varones, con lo cual las exigencias de la escuela no suelen costarles mucho trabajo. Más bien, su problema es que las tareas no son suficientemente estimulantes y que las niñas desperdician parte de su valioso tiempo de estudio.

Actualmente, las niñas sacan mejores notas que los varones en todas las materias. Tradicionalmente, los chicos tenían alguna ventaja en matemáticas y en las ciencias naturales, pero esta diferencia ha desaparecido. En la comprensión lectora, las chicas casi siempre salen mejor por su madurez, por sus conocimientos y por gustarles más la lectura. En el bachillerato y en la universidad, cada vez hay más mujeres, cada vez logran mejores notas y cada vez terminan en

mayor medida los programas de estudio en los que se han matriculado. En otras palabras, si la política de género fuera menos política y más basada en las necesidades reales, se dedicaría a la situación de los varones y no a la de las chicas. Es esencial entender que muchos de los problemas actuales son creados por la escuela por no tomar en cuenta la diferencia entre los alumnos.

Aun así, las feministas suelen exigir programas de concienciación feminista. Quieren que se reescriban los manuales de historia para incluir a más mujeres y que en literatura se lea a tantas autoras como autores. Cuando formulan estas reivindicaciones, las feministas reivindican un cambio retrospectivo de la historia, creando una idea de victimismo, aunque no corresponda a la situación actual. Un argumento usado es que sería difícil para las chicas estudiar esas materias si no pueden identificarse con otras mujeres descritas en los manuales. El mismo argumento se ha utilizado para exigir profesores de sexo femenino. Sin embargo, en los estudios sobre el comportamiento en el aula de profesores de sexo masculino y femenino se constata que hay más similitudes que diferencias, es decir, son profesionales.

Por ser esa la situación, el problema actual son los alumnos varones. Los padres de los alumnos varones deberían exigir que los niños entren según su madurez al primer grado y no según su edad. Ahora, muchos varones desaprovechan su escolarización quizá hasta los quince años o más tarde. Cuando se despierta en ellos un interés por los estudios, ya es tarde. También se constata que los varones creen ser alumnos mediocres, lo cual no les estimula a continuar estudiando.

Una tendencia nueva y creciente, sobre todo en los Estados Unidos, es que algunos padres ya no quieren matricular a sus hijos en la escuela pública. Los motivos de los padres suelen ser el deseo de proteger a sus hijos de la influencia de alumnos violentos pero también de una enseñanza que juzgan nihilista, afirmando que las escuelas públicas son escuelas sólo de nombre. Empiezan a

ser tantos los alumnos que estudian en sus casas que las editoriales ya están publicando materiales para ellos y de esta forma pueden colaborar cada vez más con otros jóvenes que también se educan en casa.

Los padres

Educar a nuestros hijos es quizá la tarea más importante que nos confía la vida, pero esta tarea podría ser más difícil que antes porque las generaciones no siempre aprenden la una de la otra y no siempre colaboran del mismo modo. La educación es, más que nunca, una combinación de lo que aprende el joven en casa y en el colegio. A la vez, acechan nuevos peligros fuera del colegio. En esta situación, la tarea de la familia es a la vez moral, intelectual y práctica.

Desde el día en que nace, el niño es recibido como alguien que pertenece al grupo. El bebé necesita a otras personas y muy pronto aprende a quién pertenece, y mucho antes de saber hablar empieza a dar muestras de afecto a sus familiares, y en particular a la madre. Se establece un intercambio de gestos cariñosos, de aprecio y de pertenencia. Es dentro de este marco afectivo donde, paso a paso, se le enseña al niño cómo debe comportarse. El niño aprenderá a esperar a que se atienda también a los hermanos y no sólo a él. Aprenderá a no acaparar toda la atención sino a dejar un espacio para los demás. Es un logro que el niño aprenda a esperar su turno para hablar y que realmente escuche lo que dicen los demás, porque así se integra en el grupo. Como nuevo miembro de la minisociedad que es la familia, acepta que él no constituye el centro del mundo.

Los padres transmiten los valores familiares a través de su conducta y deben evitar la incoherencia entre lo que dicen y lo que hacen. La confianza se construye a través del trato diario entre los miembros de la familia y sobre la base de la verdad, el amor y la confianza, pero no en la ausencia de reglas. Los hijos necesitan a la vez orden y cariño.

Si los adultos marcan los límites entre la conducta aceptable y no aceptable, el niño desarrollará recursos psicológicos para sobreponerse a la frustración, algo que le será útil para el resto de su vida.

Comer juntos no es sólo una comodidad para la persona que prepara la comida sino que significa reunirse como grupo, enterarse de lo que ha pasado en la vida de cada uno y hablar de lo que pasa en la vecindad y en el mundo. Los hijos aprenden a escuchar, a esperar su turno y a sentir placer al conversar y al estar juntos. Se trata de alimentarse en un sentido amplio, y este proceso empieza ya cuando son bebés, pues entienden lo que es el intercambio humano antes de saber hablar.

La vida de los niños ha cambiado mucho si la comparamos con la situación de hace medio siglo, pero no todo es mejor. Juegan menos al aire libre, y por tanto conocen menos los límites de su cuerpo y se acostumbran menos a las pequeñas heridas. No practican tanto las destrezas sociales como negociar con otros niños para decidir a qué se va a jugar o cómo componer el equipo de fútbol. Estas actividades tradicionales de la niñez en cierta manera eran la base de la salud física y psíquica del individuo y del buen funcionamiento de la sociedad.

En la nueva democracia familiar, *niñocéntrica*, el énfasis se pone sobre todo en conseguir que todos estén felices. El colocar al hijo en el centro de la vida familiar constituye un peligro psicológico para él por la sobredimensión de su importancia en el mundo. Muchos padres se sacrifican por sus hijos pero no reciben casi nada en contrapartida, porque los hijos han adoptado la idea de que se les debe todo. La falta de agradecimiento y la mala conducta son bastante más preocupantes y decepcionantes para los padres que la posible falta de ciertos conocimientos escolares. Sin embargo, se debe evitar que los padres debilitados cedan ante unos hijos exigentes y que los hijos se hagan con el poder. En vez de educar demócratas, se corre el riesgo de producir dictadorzuelos. Está bien que todos tengan voz y voto, pero en última instancia los que deciden deben ser los adultos.

La madurez personal de todos y cada uno de los miembros de la familia influye en la convivencia. Hoy no es extraño ver a algunos padres que se esfuerzan por aparentar ser tan jóvenes como sus hijos. En vez de enseñar a los hijos una conducta responsable, los propios padres dan prueba de una conducta irresponsable, quizá tomando demasiado alcohol, teniendo una vida sexual promiscua o no atendiendo a su trabajo. En vez del modelo positivo que necesitan los jóvenes, a veces estos tienen en casa un antimodelo. Sólo los jóvenes más fuertes logran transformar esa experiencia en la decisión de no ser como sus padres, convirtiéndose quizá en los «padres de sus padres».

Con el aumento de las separaciones matrimoniales, las sociedades occidentales están realizando un macroexperimento antropológico en el campo de la familia, un experimento realizado no según cierta ética sino en nombre de la libertad individual. Si uno de los padres está ausente, funciona mal el triángulo familiar de padre, madre e hijo porque tanto hijos como hijas necesitan la influencia tanto del padre como de la madre. Si está ausente la influencia del padre es fácil que la influencia de la madre crezca demasiado. En algunas ocasiones, la madre se convierte en demasiado protectora mientras que, en otras, el hijo viene a cumplir en gran parte el papel del padre ausente. También sucede que la madre decide que quiere emanciparse y realizar sus sueños de independencia y no dedica la suficiente atención a la educación de los hijos.

La separación matrimonial de los padres es uno de los traumas más profundos para un hijo. Los hijos quieren a los dos padres, no desean elegir entre ellos y detestan oír hablar mal de uno de ellos. Los hijos suelen pensar que podrían haber hecho algo para evitar la separación, y eso les lleva a veces a sentirse culpables. Los padres suelen cambiar como consecuencia de la separación, así que los hijos pierden a sus padres de diferentes maneras. Además, quizá esté deprimida la madre, quizá haya menos vida social en la casa y quizá se ingrese menos dinero en el hogar. Si entran en el ambiente familiar

nuevas parejas de los padres y quizá nuevos hermanos y familiares, el estrés puede llegar a ser muy grande.

El concepto de filiación expresa el saber de qué padres hemos nacido y a qué familia pertenecemos. Saber que tus padres son personas honradas que se respetan mutuamente y son respetadas por otras personas constituye una herencia esencial aunque invisible. El no saber quiénes son tus padres constituye por el contrario un elemento de inseguridad. La obligación de casarse la pareja si la novia resultaba embarazada puede parecernos ahora una costumbre anticuada, pero no es tan seguro que fuera mala para los hijos y para la sociedad. Crecer con un padre responsable presente en el hogar es importante y es difícil que un país tenga un buen nivel de educación si es común que las chicas se queden embarazadas a corta edad y después vayan con sus hijos de relación en relación. Sabemos que esta situación puede crear un fuerte rencor contra las madres, sobre todo entre los hijos varones adolescentes.

Este experimento de nuevas estructuras familiares viene acompañado por nuevas tendencias en la cultura popular. Ya no se divulga un modelo de responsabilidad, de esfuerzo y de trabajo como necesario para salir adelante, sino que se ha impuesto otro modelo de disfrute inmediato. La publicidad nos dice que «te mereces» esto y lo otro y «¿por qué esperar?». La filosofía que está detrás de esta publicidad se podría llamar hedonismo. Antes se hablaba del culto a la personalidad del líder totalitario pero ahora cada uno se rinde un culto a sí mismo, un narcisismo. Las revistas están llenas de consejos sobre cómo mejorar nuestra imagen ante el mundo. La idea de responsabilidad por la familia ha sido sustituida por el arte de manejar múltiples relaciones.

Estas revistas ocultan que la tarea más importante de la vida de un padre o de una madre es educar bien al hijo, y esta tarea no termina porque el hijo esté escolarizado, claro está. Por ejemplo, los padres deben seguir preguntando al hijo por la tarde no sólo cómo le fue en el colegio de manera general sino también de qué se habló

en las diferentes materias y qué piensa él de lo aprendido. Así los padres confieren valor no sólo al niño sino también a su trabajo escolar, estableciendo un vínculo entre el hijo, la familia y la escuela. El hijo pensará que ya que sus padres le preguntan por lo que ha hecho, el contenido del trabajo escolar interesa a los adultos y no pertenece sólo al mundo de los jóvenes.

También es importante que los hijos vean a sus padres leyendo y comentando entre ellos lo que han leído, por ejemplo en la prensa. En general, tener en la mesa una conversación que no sólo toca los asuntos prácticos inmediatos muestra al niño que es normal interesarse por temas más amplios. También se puede intentar aficionar a los hijos a los juegos familiares de preguntas y respuestas en vez de ver juegos similares en la televisión.

Actualmente es frecuente que los niños dediquen su tiempo libre a los juegos electrónicos y no a la lectura. ¿Qué hacer para que también lean? Se puede establecer una rutina diaria, dedicando la hora antes de irse a la cama a leer juntos y a conversar. Usar un libro como elemento organizador de la intimidad entre padre e hijo tiene muchas ventajas. Primero es una manera de iniciar la conversación. Bastantes niños no dicen nada si uno les pide que cuenten cómo ha sido su día. No están acostumbrados a buscar en su memoria y a dar cuenta de lo que ha pasado. Sin embargo, cuando escuchan un cuento es posible que recuerden diferentes episodios del día y que quieran comentarlos. Si el hijo no ha empezado a leer por afición, quizá el padre o la madre pueden elegir un libro atractivo para leer juntos. Después de establecer la rutina de la lectura y la conversación, se puede intentar que el hijo lea una página y el padre o la madre el resto del capítulo. Esto de leer juntos da también temas que permiten hacer asociaciones comunes: «Eso es cómo lo que hizo Pedro en tal cuento»; «mira, una casa como la que aparece en otro cuento»; «está triste como el personaje tal...», lo cual refuerza el recuerdo del cuento y refuerza el lazo entre hijo y padre. Resulta particularmente útil que sea el padre el que lea con sus hijos porque

actualmente algunos varones adolescentes asocian la lectura a algo femenino. El colegio promueve la lectura, pero si la familia también da el mismo mensaje es más eficaz.

¿Qué hacer si a los adolescentes sólo les atraen los juegos electrónicos o si «siempre» están escuchando música a través de sus auriculares dando la impresión de estar en otro mundo? Primero, tener en su habitación un equipo electrónico de sonido, un ordenador y un televisor resulta una tentación para leer menos. El acceso a la diversión electrónica durante las veinticuatro horas del día puede dar por resultado que el hijo estudie menos y duerma menos de lo que necesita. Los juegos electrónicos y la televisión son muy seductores. Todos sabemos que hay una discusión sobre si es peligrosa o no la cultura de la televisión y de los juegos electrónicos. Es cierto que un joven suele ser capaz de distinguir entre lo que es un mundo de ficción y el verdadero pero, sea como sea eso, los juegos le roban tiempo a otras posibles experiencias como la lectura y la vida social con la familia y con los amigos. El mundo electrónico lleva a un estilo de vida sedentario y los jóvenes necesitan moverse para perfeccionar su motricidad. Los defensores de los juegos de vídeo suelen decir que estos a veces se basan en elementos de la historia o de la geografía y que se ejercita la capacidad de tomar decisiones. Sin embargo, no está probado que los juegos electrónicos contribuyan más al desarrollo que otras actividades.

La informática nos produce la impresión de estar en otro lugar y a veces también en otra época, algo que tiene en común con los libros. Sin embargo, muchas veces la informática nos da la ilusión de poder estar en varios lugares a la vez, con lo cual perdemos la sensación de presencia, frescura y contacto que nos da el encuentro real con otra persona en un determinado lugar. El turista que vive pendiente de su teléfono provisto de un ordenador quizá no ve realmente el lugar que visita porque su atención está dividida. El que está ocupado mandando mensajes a un amigo durante un paseo con otro está a medias paseándose y a medias comunicándose a través

del teléfono, quizá dejando descontentos a los dos amigos. Es cierto que ya no dependemos tanto del lugar en el que estemos, pero esto tiene como contrapartida que no estamos realmente ni en un lugar ni en otro.

Bastantes padres con educación superior se quedan estupefactos al ver que sus hijos no leen. Para fomentar la lectura de su hijo adolescente, en primer lugar los padres pueden hablar con regularidad de libros y de las noticias del periódico. Hay padres que para intentar solucionarlo prometen algo de dinero a los hijos si leen por ejemplo diez libros, con la esperanza de que así se contagien del virus de la lectura y sigan leyendo por su cuenta. Sin embargo, el método más seguro es haber introducido al hijo a la lectura cuando era pequeño. Si no se ha hecho, resulta difícil que se pueda conseguir más tarde y como mínimo se necesitará la combinación de un buen colegio y de muchos esfuerzos de la familia. En otras épocas no tan lejanas había la costumbre en muchas familias de leer juntos en voz alta, quizá durante las vacaciones, porque esto creaba un lazo emocional. Desde luego, es estupendo si el hijo encuentra a un amigo aficionado a la lectura.

El tema de los amigos es muy delicado. Antes se decía sin más que aquél no era un amigo recomendable y se prohibía al hijo juntarse con él. Ahora nos parece poco democrático decir eso, porque tu hijo quizá le puede ayudar al otro. Sin embargo, si el otro joven le enseña malos hábitos al tuyo, algo hay que hacer. Por ejemplo, hoy lo que da miedo a los padres son las drogas. Para abrir la conversación con el hijo, se le puede preguntar cómo quiere vivir él, cuáles son sus propios ideales y sus propias metas y decirle que él debe reflexionar sobre qué tipo de amigo prefiere. Puede ser una buena idea introducirle a otro círculo de amigos a través de una afición como aprender a tocar un instrumento o practicar un deporte. Hasta se le puede cambiar de colegio. Claro que el hijo podría molestarse si los padres intervienen de este modo en su vida, pero que el hijo tenga amigos con unas cualidades deseables es un bien que no tiene precio.

Si los padres se ven obligados a prohibir algo, primero deben estar de acuerdo entre ellos. También tendrán que mostrar al hijo que no se trata de un acto autoritario gratuito sino de algo fundado en las experiencias de los padres. Un tema conflictivo en la familia puede ser la hora de acostarse, y a los padres les toca la responsabilidad de que la casa esté tranquila durante las horas antes de que el hijo se vaya a la cama, evitándose ruidos fuertes y discusiones agrias. En cuanto a la hora de acostarse, está claro que el deber de los padres es exigirle al hijo que interrumpa sus actividades para dormir. Si el problema son los compañeros del colegio, los padres pueden tomar contacto con el profesor tutor de la clase, con el psicopedagogo del colegio o con los padres del compañero en cuestión, si eso es posible. Actualmente se dan casos en los que el colegio no se atreve a intervenir, pero en el otro extremo son muchos los padres dispuestos a defender a su hijo pero no a corregirlo y también hay padres que tienen problemas ellos mismos y no les alcanza la energía para controlar a su hijo.

Hoy en día se habla más de acoso escolar que antes pero es difícil saber si realmente este fenómeno ha aumentado. Sea como sea, pocos se detienen a considerar la posible relación entre el acoso y los cambios pedagógicos. Es posible que el acoso haya aumentado con el igualitarismo y la escuela *comprensiva* porque algunos alumnos se ven desbordados mientras que otros están aburridos. En los dos casos, la falta de flexibilidad del programa ofrecido por la escuela puede influir en la mala conducta de algunos alumnos, sobre todo si esto va unido a un reglamento escolar laxo. Si la escuela igualitaria promociona a los alumnos aunque no conozcan los contenidos de los años anteriores, el sistema crea, dentro de cada clase, a un subgrupo cada vez más grande que no es capaz de seguir el programa del año. De esta forma, la situación se convierte en frustrante no sólo para muchos alumnos sino también para los profesores, que terminan desilusionados.

En una situación de acoso, lo que puede hacer el profesor es hablar individualmente con el agresor y, además, mandarlo al director

o al psicólogo. Dentro del aula, puede separar a los chicos en cuestión, puede mencionar el problema en una reunión con los padres de alumnos y puede reunir al grupo de alumnos para hablar de la situación apelando a su comprensión y buena voluntad. Existen programas *anti-bullying* que preconizan interrumpir el aprendizaje para discutir con el grupo cada vez que alguien diga una mala palabra o empuje a otro. Este método tiene la desventaja de perjudicar al grupo entero porque así el tiempo no alcanza para aprender todo lo que hay que aprender según el currículo. Los alumnos se convierten en expertos en el uso de una jerga psicológica pero no en expertos en matemáticas. A veces no queda otra solución que cambiar de grupo a uno de los alumnos y se debería cambiar al acosador, pero no siempre sucede.

No es fácil ser padres hoy en día y las dificultades para ello son diferentes de las de las generaciones anteriores. Las dificultades materiales de la educación suelen estar más o menos resueltas pero es tan difícil o más llevar al hijo por el buen camino entre todas las tentaciones de la vida moderna. Los padres no pueden apoyarse tanto como antes en la tradición, en lo que aprendieron ellos mismos, en lo que hacen otros padres o en lo que dice la escuela, sino que necesitan elaborar o buscar una filosofía de la educación.

5. PROBLEMAS QUE REQUIEREN AYUDA ESPECIALIZADA

Todos los niños necesitan tener éxito, un mecanismo psíquico importante en el que deberían pensar los políticos. Para afrontar la vida diaria, es fundamental saber que uno puede salir airoso de sus tareas. En un grupo de treinta niños en una escuela, no todos tienen una inteligencia «normal» si con el concepto de normal queremos decir mediano o promedio: un cincuenta por ciento tiene un nivel más alto y otro cincuenta por ciento tiene un nivel más bajo. Si designamos como normal a los que están en la franja media, es evidente que también habrá alumnos que no se encuentran en ella, a los dos lados de este grupo central. Ahora bien, tanto políticos como padres tienen dificultad para aceptar que un joven no sea normal en el sentido de promedio. Se actúa como si todos pudieran estar por encima del promedio. Además de los problemas originados por las políticas educativas, hay otros de índole más personal o familiar, a veces agravados por el ambiente menos estructurado que reina actualmente en muchos colegios.

Hoy en día los tratamientos psiquiátricos tienden a ser cada vez más breves y se usan programas específicos durante unas cuantas semanas con la meta de que el joven se reintegre a su ambiente cuanto antes. El psicólogo o el médico suele partir de la necesidad de que el niño se adapte a la situación, lo cual es ley de vida. Sin embargo, como hemos visto, los pedagogos actuales

más bien intentan proteger a los jóvenes de la sociedad, adaptando la escuela al alumno. El resultado es que los alumnos son menos capaces de desenvolverse en la sociedad porque han sido protegidos de las exigencias en vez de preparados para afrontarlas. La pedagogía actual, en este sentido, es un campo que está menos basado en la realidad que la medicina o la psicología.

En general, para el desarrollo normal de un niño lo positivo es el intercambio, la conversación, la información y el estar juntos y, al revés, si un niño a la edad de diez años está marginado de su grupo, existe una alta probabilidad de que adopte una conducta antisocial cuando sea adulto. Para ser aceptados en un grupo de su edad, los jóvenes y niños necesitan ser positivos, mostrar compañerismo, destacar en el deporte y saber incluir a otros y entender sus sentimientos... Los adultos pueden ayudarlos a desarrollar estas destrezas.

Los niños suelen interiorizar las conductas de los padres espontáneamente, por lo menos si no hay discrepancias entre las palabras y la conducta de los padres. Al llegar a la edad escolar, no les cuesta acatar las reglas de conducta del colegio si se han identificado desde bebés con una persona adulta y confían en los adultos. Es poco frecuente que los jóvenes de menos de dieciséis años no obedezcan a sus padres. Al revés, si un joven no se ha identificado con otra persona antes de la edad de los tres años, cuesta mucho reparar el daño, tal como lo comprueban los padres que tienen niños adoptados. Los jóvenes que rechazan las normas sociales casi siempre han visto esta conducta en su casa, es decir, ellos también están imitando. Como se sabe, los hijos imitan lo bueno, lo malo y lo extraño y hasta las peculiaridades de hablar y de andar de sus padres.

Es de gran valor para la salud mental de los hijos que los padres den prueba de un equilibrio psicológico. Esto es mucho más importante que el nivel económico de la casa. Al contrario, las continuas disputas y la inconsistencia en las reglas de la casa resultan obstáculos para el desarrollo del joven y, entre los chicos delincuentes, no

es infrecuente encontrar a un padre duro combinado con una madre permisiva o al revés. De vez en cuando, los padres repiten el modelo de educación según el cual han sido educados ellos, sin darse cuenta de que quizá haya otros mejores.

Cuando se trata de enseñar nuevos hábitos, la retroalimentación debe ser lo más inmediata posible. Para cambiar una conducta negativa en el joven, se recomienda dividir la mala costumbre en varias partes para que el joven pueda dejar atrás, uno tras otro, esos hábitos malos. Es más probable el éxito si el adulto no intenta cambiarlo todo a la vez.

Además de los problemas cotidianos, los padres, profesores y psicopedagogos deben estar alertas por si hay algún tipo de problema físico o psíquico que influya en el comportamiento del niño o del joven. Muchos problemas se pueden arreglar por la conversación pero de vez en cuando hay que buscar la ayuda de un médico o un psicólogo. Estos intentarán entender cómo funciona la familia, porque es posible que el joven exprese un mal que es de toda la familia. Si el problema conlleva un dolor o una restricción social, si impide el desarrollo del joven o si influye en la vida de otros, hay que hacer algo. La interdependencia entre el joven y la familia se nota también en que el problema psíquico de un miembro de la familia afecta a todos sus miembros. Sin embargo, también hay que decir que una misma familia puede resultar diferente para diferentes hijos porque no sólo depende de cómo es la familia sino también de quién es el hijo.

Si ahora pasamos a hacer una enumeración rápida de otras situaciones que necesitan ayuda especializada, se podría mencionar primero que un problema de aprendizaje puede estar relacionado con un problema de audición. Si el alumno no oye lo que dice el profesor, se siente débil e inseguro, lo cual puede llevarle a evitar contestar en clase. Quizá necesita estar sentado cerca del profesor y quizá le es útil un aula tranquila, sin ruidos. También en casa le beneficia que reine el silencio, que los miembros de la familia hablen en voz normal y no griten y que el televisor no esté siempre encendido.

El alumno también puede tener problemas de visión. Quizá no lee bien ni en los libros ni en la pizarra porque no ve bien. Es un cambio positivo enorme ver el mundo a través de unas gafas adecuadas después de haber tenido que adivinar lo que se tenía delante. No siempre las familias, ni tampoco los profesores, se dan cuenta de que la visión puede ser la raíz de un problema de aprendizaje. Los problemas de visión pueden pasar desapercibidos, por ejemplo, en los chicos muy despiertos porque al ser inteligentes, compensan el no ver bien con su inteligencia general.

La dislexia es un problema fonológico que significa que el alumno no percibe claramente los sonidos. El problema se nota ya antes de que el niño aprenda a leer porque mezcla el orden de los sonidos cuando habla y suele articular mal las palabras. Se recomienda que los padres y los maestros hablen mucho con los niños con dislexia, que utilicen rimas y canciones para mejorar la conciencia del niño de la diferencia entre un sonido y otro. Estos niños necesitan una dosis muy grande de conversación, de escuchar leer a los adultos y después de práctica de lectura. El problema no se cura, pero el niño puede aprender a vivir con su dificultad. Para ayudar al niño, la familia necesita participar activamente en el aprendizaje escolar, ayudando con las tareas. Aun así el niño tendrá que trabajar más para un resultado menos bueno. Ya que la lectura les cuesta tanto, es frecuente que los estos jóvenes se dirijan hacia actividades no verbales como el trabajo manual, los deportes, la música y el arte pictórico.

La dislexia no tiene conexión con la inteligencia pero si la familia no apoya al hijo en el desarrollo de sus destrezas escolares año tras año, este aprenderá menos que los compañeros. Las personas de talante intelectual y con problemas de dislexia suelen valerse de la radio y de los libros leídos en cintas, y así adquieren unos conocimientos amplios y variados sin tener que leer tanto. Escuchando

libros leídos, acceden a un vocabulario culto que les ayuda en las circunstancias en las que tienen que leer.

Los jóvenes con dislexia necesitan dedicar más horas al estudio para aprender lo mismo que los otros alumnos. Además, les beneficia una enseñanza tradicional en la que el profesor explica la materia de manera sistemática y clara al grupo. Así, en el mejor de los casos, aprenden por vía auditiva sin tener que leer. Los métodos de trabajo individual les resultan difíciles porque se basan en la lectura, y el trabajo en grupo no pocas veces se convierte en trabajo individual presentado como si fuera fruto de una colaboración. En otras ocasiones, es un compañero quien explica en vez del profesor pero es poco probable que un alumno explique tan bien como el profesor, con lo cual el alumno con dislexia pierde tiempo para el aprendizaje. La escuela puede ayudarle permitiéndole alguna vez dar cuenta de una tarea de manera oral en vez de escrita. Algunos recomiendan que los alumnos con dislexia utilicen siempre el ordenador para escribir porque así resulta más legible lo escrito. Sin embargo, el alumno no debe dejar de escribir también a mano porque la ortografía suele afianzarse por el movimiento de la mano al formar las letras.

El déficit de atención TDA, es un problema que muchas veces aparece junto con la hiperactividad TDAH. Los niños que presentan este último problema suelen ser impulsivos y actuar sin pensar en las consecuencias y sin tener en cuenta cómo van a reaccionar los demás. Los niños se caracterizan por no estar quietos, por moverse, por tocar todo y distraerse de la tarea que están realizando. Ilustran indirectamente lo importante que es tener autocontrol tanto sobre el cuerpo como sobre la mente. Para explicar esta conducta, el ambiente de la casa es un factor esencial. El problema ha aumentado durante las últimas décadas, y muchos estudiosos sostienen que el fenómeno tiene una relación con los cambios en la familia y con

los cambios generales en la manera de vivir. Los problemas suelen disminuir cuando el joven llega a la edad adulta, pero entonces su problema consiste en que no ha aprovechado suficientemente los años de formación. La hiperactividad es un problema grave no sólo para el niño, sino para la familia y también para la escuela, porque se corre el riesgo de que los demás alumnos también pierdan la concentración. Los jóvenes con problemas de hiperactividad pueden sentirse mal aceptados, oponerse a la autoridad y entrar en conflicto también con otros jóvenes.

Resulta muy cansado y sacrificado convivir con jóvenes con un déficit de atención e hiperactividad. Algunas de las medidas que pueden tomar los padres y los profesores son las mismas que para los alumnos que oyen mal o que tienen dislexia. La paciencia de los adultos debe ser infinita porque a estos alumnos estudiar les cuesta mucho, lo cual no significa que no tengan que hacerlo. Tanto en casa como en el aula necesitan un lugar tranquilo donde nadie los moleste y donde no haya nada que los distraiga. Necesitan pausas en el trabajo para jugar o correr. Las tareas deben constituir retos pero no ser imposibles. Necesitan un plan de trabajo claro, especificando cuánto se va a trabajar, cuántas pausas va a haber y cuáles son las metas. Es útil colocar en la pared un cartel con las reglas. Necesitan formarse y, al mismo tiempo, hay que velar por sus compañeros para que estos no se vean afectados en su derecho a ser educados. En algunos casos los médicos pueden recetarles medicamentos para mejorar su capacidad de concentración y que así no dejen pasar la oportunidad de aprender lo que necesitan para la vida adulta.

Un problema diferente es la ansiedad, que puede ser pasajera o una condición que necesita ayuda especializada. Un tipo de ansiedad frecuente es la del niño que no se atreve a dejar a su madre quizá por un temor surgido a raíz de una separación conyugal o de la enfermedad o muerte de uno de los padres. La reacción del

niño puede manifestarse con meses de retraso. La ansiedad suele mostrarse como una dificultad para dormir y para concentrarse en el trabajo escolar. Lo que pueden hacer los padres es explicar la situación al hijo y mostrarle que están a su lado. Si sigue la ansiedad, habrá que pedir ayuda profesional.

No sólo los adultos sino también los niños pueden sufrir depresiones. Algunos signos de la depresión pueden ser que el joven esté irritado, que no se concentre o que tenga dificultad para dormir. La depresión se puede manifestar como un rechazo a participar en la vida de la familia o de la escuela. Se trata de una condición muy seria y necesita un tratamiento especializado.

Algunos niños desarrollan una fobia al colegio y se niegan a ir a clase. La fobia puede estar causada por un compañero, por cierto profesor o, por ejemplo, por el rechazo de una clase como la de educación física. A veces, el problema es una general falta de autoestima que hace que el alumno quiera evitar las situaciones en las que se siente inseguro o inferior a los demás. Es importante que los adultos reaccionen lo más rápidamente posible.

Otro tipo de ansiedad es el estrés escolar por la voluntad de obtener buenos resultados y, de nuevo, la dificultad para dormir es un síntoma del problema. Este estrés puede tener como origen la presión de los padres para que el hijo obtenga mejores resultados de los que se sienta capaz. Puede también ser la voluntad del hijo de estar entre los mejores. En algunos niños y jóvenes esto no constituye un estrés sino un estímulo, pero hay que estar alerta ante la situación individual. Hay niños que por diferentes razones no soportan estar en una situación de exigencia.

Un caso extremo puede llegar a ser la tendencia de algunos chicos a lastimarse a sí mismos, por ejemplo provocándose heridas en los brazos. Algunos adolescentes no saben controlar sus emociones,

literalmente muchas veces no saben qué hacer con ellas. Muchas veces los jóvenes que actúan de esta manera para llamar la atención de su entorno son chicas que vienen de un ambiente familiar caótico, pero las razones pueden ser diversas y se necesita un apoyo externo para abordarlo.

En cuanto al acoso escolar, este puede adoptar la forma de palabras hirientes, apodos, ridiculización o empujones no vistos por los adultos y puede convertir en un infierno la vida diaria de un niño. Desde luego los adultos deben estar muy atentos y deben garantizar que ningún niño sea maltratado. Habría que preguntarse, no obstante, si este fenómeno no ha aumentado debido a una cierta pedagogía moderna que favorece una inclusión acrítica en las aulas de alumnos que tienen necesidades educativas muy diferentes entre ellos, y además, en un contexto de relativización de las normas y de la autoridad en la escuela.

La condición más complicada de todas podría ser la llamada conducta inadaptada. Es muy difícil ayudar a los niños inadaptados, pero es muy importante hacerlo. Las consecuencias de sus actos pueden ser negativas para ellos mismos y para la sociedad. Les caracteriza la falta de empatía por los demás y también la ausencia de sentimiento de culpabilidad. A veces el problema se puede ir rastreando hasta sus primeros años de vida, donde encontramos una falta de relación y de afecto de la madre u otra persona. En algunos casos, se puede observar una historia familiar de abusos con padres violentos, alcohólicos, drogadictos o que abusan sexualmente de sus hijos. El resultado puede ser una pérdida de autoestima por parte del hijo, seguida a veces por una interiorización de los valores abusadores de los padres.

Los jóvenes de conducta inadaptada se caracterizan por la agresividad, por meterse en líos y por su crueldad contra las personas y

los animales. En su trato con las personas son notables la mentira y el engaño. En cuanto a los objetos, son frecuentes los robos y la destrucción de bienes comunes o individuales por el puro placer de destruir. Quizá dejen de acudir al colegio o dejen de ir a dormir a casa. Su personalidad antisocial suele poder observarse ya los diez o doce años. Lo típico al intentar abordar esta situación es que los chicos se comporten con impasibilidad y sea difícil lograr una reacción por su parte. Se niegan a pedir perdón por el daño que hacen a los demás quizá porque no cuentan con los otros como personas. Los alumnos antisociales no carecen necesariamente de inteligencia pero si no estudian es inevitable el retraso en comparación con los compañeros. Cuando un profesor les da una mala nota, pueden percibir este acto como una afrenta y su reacción es intentar vengarse. Su conducta hace que otros alumnos los rehúyan, lo cual les lleva a juntarse con otros como ellos mismos, quizá formando una banda que realiza actos antisociales.

Es largo e ingrato pero crucial intentar influir en el comportamiento de estos jóvenes. Para empezar, no se les debe permitir estar en la calle sin nada que hacer. En casa o en el colegio, no se debe aceptar nunca un comportamiento agresivo o cruel. Los adultos deben ponerse de acuerdo para enfocar una o dos conductas esenciales, intentando que el joven cambie esos comportamientos, dejando para más tarde las conductas meramente irritantes. Actualmente, la permisividad general dificulta actuar de manera contundente y tanto las escuelas como los padres vacilan, incluso porque ya no saben si una actuación enérgica está permitida por la ley.

Finalmente, se debe mencionar también el consumo muy generalizado entre los jóvenes de drogas, por los efectos negativos que tiene en el joven, que llega a perder interés por el mundo en general y por los estudios en particular. Las drogas dañan irremediablemente el cerebro en una edad en la que este se está desarrollando. El bienestar

que puede sentir en un primer momento engaña al joven, que no se da cuenta de las graves consecuencias del consumo. De ninguna manera las drogas se deben aceptar como algo inocuo y pasajero, y tanto los padres como los profesores deben hablar y actuar sin ambigüedad al respecto.

6. CONCLUSIÓN: EL PORQUÉ DE LA CRISIS DE LA EDUCACIÓN Y CÓMO SALIR DE ELLA

La nueva pedagogía introducida con una fuerte inversión en los países occidentales ha decepcionado hasta a los igualitaristas. Sin embargo, la vuelta atrás no suele ser hacia una concepción de la educación según un humanismo histórico, sino que los antiguos partidarios de la nueva pedagogía siguen siendo «neófilos», en el sentido de que les sigue interesando lo que sea «nuevo». Ahora sueñan con la tecnología para salvar sus ideas centrales a pesar de los resultados negativos que han arrojado. Aunque parezca moderno usar la tecnología, en realidad se trata de un pensamiento romántico. En este apartado vamos a retomar los temas centrales de la argumentación, completarlos y subrayar una vez más cómo están interrelacionados. En particular, vamos a poner énfasis en el concepto de maduración como ideal para la educación en vez de la autonomía.

Existen algunas características generales de nuestro tiempo que contribuyen a crear un entorno hostil a la educación. La tendencia a pensar en blanco y negro lleva al debate sobre educación a contraposiciones forzadas: o contenidos o métodos; o incluir o excluir; o igualitarismo o elitismo. Esos contrastes son típicos de un discurso politizado, diseñado para crear una impresión de conflicto. La politización de la educación se caracteriza por quitar protagonismo al contenido de lo estudiado, insistiendo en el origen social del alumnado

y en los métodos de trabajo. Desde luego este debate interesa más a los adultos que a los alumnos, porque estos se adaptan rápidamente a lo que hay.

La tecnología ha sido introducida masivamente en la educación por imposición política. Las metas que se ha tratado de conseguir han sido la modernización de la enseñanza, dar un acceso igualitario a la nueva tecnología y preparar la mano de obra adecuada para el futuro. Sin embargo, el resultado es menos bueno de lo que se esperaba. Las nuevas tecnologías se podrían utilizar eficazmente pero en la práctica han sido acopladas a unos métodos pedagógicos como la autonomía, el trabajo en grupo y la supresión de los exámenes a favor de la entrega de trabajos escritos. El uso educativo más frecuente de las nuevas tecnologías ha llegado a ser el uso de Internet. Al mismo tiempo se han introducido formas de trabajo más libres, haciendo cada vez más difícil un ambiente ordenado en el aula. Tanto alumnos como padres podrían llegar a creer que la modernidad y la democracia significan la aceptación del desorden.

La crisis de la educación se debe a una visión igualitarista, tecnológica y economicista de la misma, que no valora suficientemente el conocimiento en sí ni al alumno en sí, sino la igualdad entre los alumnos y el buen funcionamiento de la economía. Podríamos decir que en la educación se ha impuesto una fusión del igualitarismo y del utilitarismo.

Occidente ha visto aparecer un nuevo individualismo que se permite no acatar las reglas o las leyes. Se trata de un individualismo anárquico y hedonista, que se concreta en un culto a sí mismo y, en el caso de que los haya, a los propios hijos. Muchas veces este culto llega a estar ligado a un histrionismo, a una necesidad de mostrarse por ejemplo en la televisión o en Facebook, o también a un infantilismo asociado al erotismo. Se puede hablar de una expansión del yo que no encuentra límites. Esta corriente tiene un carácter antisocial y, en el caso de las personas o grupos más

débiles, al no lograr el éxito que anhelan puede derivar en actitudes de desconfianza, orgullo, subjetividad, hostilidad y rigidez personal, e incluso en una tendencia a destruir irracionalmente su propio entorno.

Ligado a este nuevo individualismo hedonista se ha desarrollado también un cierto culto a lo «gratuito» en el sentido de que todo debe ser mío, inmediatamente, y no me debe costar nada. Curiosamente, tenerlo todo sin pagar se percibe como mayor libertad, incluso mejor si a mí me dan más que a otros y antes que a los demás. Esto de la «gratuidad» de las cosas y los servicios es, naturalmente, una ilusión porque todo eso que consideran gratuito también se paga pero a través de los impuestos.

Lo importante es que estamos frente a un cambio profundo porque no se habla de la libertad de poder desarrollarse sino de recibir beneficios sin coste, un infantilismo que se ha llegado a llamar el *Big Mother*. No se quiere ser adulto, independiente, responsable sino seguir siendo niño, protegido y dependiente. Cuando esta tendencia se combina con el individualismo aparecen ciudadanos que se presentan como detentadores de derechos, que al mismo tiempo pasan por encima del hecho de que ellos mismos no cumplen con sus deberes ciudadanos. Quieren aprovecharse de los beneficios a la vez que no contribuyen a este fondo común de colaboración y de recursos que es la base de la sociedad. Son los nuevos vándalos y no sólo destruyen la propiedad física de la sociedad sino que, desde el interior de la sociedad, la corrompen. El proceso es tan lento que pocos se dan cuenta.

En el avance de esta mentalidad es muy notable la influencia de los medios de comunicación. Bastantes debates o tertulias en la televisión y en la radio se podrían llamar patológicos en el sentido de que no se discute para llegar a una conclusión, sino que se trata de un interminable repetir de lo mismo entre personas sin credenciales para pronunciarse. En algunos casos discuten temas que no merecen discutirse sino condenarse. Esos debates llegan a ser una

manera deshonestas de convertir en más opacos los temas ya que los participantes no intentan llegar a la verdad sino mostrar su propia destreza en el manejo de la palabra y así conservar su posición en la vida pública. Resultan sofistas, como en el tiempo de Sócrates. Así, vienen a constituir un ruido en el sentido tecnológico, algo que dificulta el buen funcionamiento de un aparato.

En una sociedad que funciona bien, los ciudadanos han incorporado en sus costumbres hábitos positivos para la sociedad, unas virtudes, y sólo unos pocos casos se convierten en problemas para la justicia. Las leyes son para las infracciones graves. Sin embargo, en la sociedad moderna del bienestar, nadie se atreve a exigir a los demás ciudadanos una conducta moral, lo cual tiene consecuencias negativas. Entre ciudadanos, son virtudes el trabajo, la limpieza, la cortesía, la responsabilidad, la autodisciplina y la honestidad. En ninguna moral es virtud el vicio, la deshonestidad o la pereza. La virtud tiene relación con el hecho de ser ciudadano porque hay normalmente una relación entre las leyes y las costumbres virtuosas. En la sociedad del bienestar, algunos jóvenes, y otros que no lo son tanto, piensan que pueden hacer cualquier cosa porque creen que la sociedad continuará manteniéndolos hagan lo que hagan.

La televisión puede dificultar el crecimiento personal porque hace llegar a todos la imagen de un mundo de lujo y de éxito aparentemente fácil. Ya que la televisión apenas menciona los estudios y el esfuerzo, da la impresión de que el éxito se consigue por azar. La televisión puede ser informativa, pero los jóvenes ven sobre todo los programas de entretenimiento que ofrecen ilusiones. Si el joven pasa muchas horas delante del televisor, necesariamente tendrá menos experiencias personales y le será más difícil convertirse en una persona realmente madura y con sentido de la responsabilidad individual. El bienestar combinado con los medios de comunicación corre el riesgo de producir ciudadanos sin experiencias propias profundas. Los jóvenes

pueden estar envejeciendo paso a paso sin haber aprendido de la vida, llegando a ser unos niños viejos. Por el contrario, leyendo textos y narraciones de otros siglos, y de un pasado no tan lejano, se constata que los jóvenes querían ser adultos lo antes posible, y por ello aceptaban la responsabilidad frente a la familia, estaban orgullosos de estar en condiciones de trabajar, se respetaban a sí mismos y otros los respetaban.

Es trágica la figura actual de la persona aislada que vive a través de la televisión y de Internet, porque le falta la participación en una red de responsabilidades mutuas, el «dar y devolver» típico de una sociedad. Ahora, las personas pueden estar en comunicación diaria con alguien en otra parte del mundo pero no conocer a sus vecinos del apartamento de al lado.

Hemos mencionado la idea, asociada a los años sesenta del pasado siglo, según la cual los seres humanos eran vistos como predestinados por las estructuras sociales, como personas sin voluntad propia. Esto es lo contrario de lo que dicen, por ejemplo, los pensadores salidos de la opresión comunista. El expresidente checo Václav Havel subrayaba la primacía de la razón y de la conciencia, ironizando sobre la generación del 68 que hablaba de la libertad a la vez que creía en el determinismo social y el materialismo. Es también de la Europa del Este de donde viene también una reflexión crítica según la cual tener libertad de pensar es muy distinto de actuar de cualquier modo. Hay que respetar la convivencia y la cortesía necesaria para mantener la vida social y es una equivocación creer que la libertad es algo que no tiene coste. La libertad, más bien, es poder utilizar los propios recursos para realizar las metas propias sin trabas interpuestas por el Estado. Los intelectuales de los países del Este europeo admiraban la libertad de los intelectuales occidentales pero no el uso que estos hacían de su libertad. Les parecía que los occidentales traicionaban los ideales que profesaban.

Estamos tan adoctrinados y sometidos a las ideas del 68, según las cuales está prohibido prohibir, que no nos atrevemos a

protestar contra las imágenes o los titulares que suponen una invasión de nuestra privacidad. Es curioso que se prohíba la comida no saludable pero que se permita mostrar conductas antisociales en televisión sin rechistar. ¿El bienestar físico es más importante que el mental?

Hemos hablado de alumnos, profesores y padres. En cuanto a los alumnos, se podría subrayar una vez más el concepto de madurez, una madurez que aumenta cuando el alumno encuentra exigencias. Sin embargo, la mayor parte de los pedagogos actuales suelen partir de la convicción de que los alumnos son buenos y quieren aprender si se les deja. Esta es la base para darles autonomía. Una visión más realista consistiría en afirmar que los seres humanos no son ni buenos ni malos sino que necesitan ser formados en las buenas conductas. Los pedagogos no saben qué decir a propósito de los jóvenes a quienes les gusta destruir y que no son capaces de proponerse a sí mismos metas positivas y guiarse por ellas. Ser constructivo en vez de destructivo está asociado a una maduración psíquica, a estar a gusto consigo mismo y a llevarse bien con los demás.

Para que los alumnos puedan actuar de manera responsable, deben poder prever lo que la familia y la escuela van a exigir. Encontrar un ambiente predecible en casa y en la escuela ayuda al joven a asumir la responsabilidad de sus actos. También es necesario que haya sanciones en el caso de que el joven no cumpla sus obligaciones. Una sanción es un acto de autoridad por parte de la institución y tiene por función que el individuo se haga cargo de sus actos y que sepa que pertenece a una comunidad. La sanción tiene dos facetas: subrayar que la institución está allí para garantizar el cumplimiento de las reglas y, además, para orientar la conducta de todos en el futuro. Si la institución no reacciona frente al incumplimiento de las reglas es como decir al joven que no hay marco social protector y también que nadie espera nada de él.

La vida podría ser descrita como un lento proceso de comprensión de sí mismo y del mundo en la dirección de la profundidad y de

los matices. En una persona madura se espera encontrar equilibrio, sensatez, moderación y responsabilidad mientras que lo contrario es una persona infantil o egocéntrica. Madurando, aprendemos a aceptar tareas y responsabilidades primero con los padres y los hermanos y después con los vecinos, la maestra de preescolar, los profesores y más tarde el jefe. Un signo de no haber madurado es no tomar en cuenta a los demás, no cumplir lo prometido y no corresponder a la confianza de los demás. Si los padres no exigen que el hijo obedezca es probable que pronto tengan en casa a un tirano que les va a imponer su propia voluntad, convirtiendo a los padres en sus sirvientes.

A bastantes jóvenes les cuesta aceptar la autoridad de otra persona. Han sido tan mimados en sus casas que creen no tener que someterse a las reglas de la escuela, las leyes de la sociedad o la decisión del jefe de la empresa. El que maduren los jóvenes es esencial para la sociedad. Es peligroso para todos si alguien llega a adulto con la fuerza física de su edad pero teniendo una mentalidad infantil. Si se convierte en padre, tendrá que educar a su hijo sin haber madurado él mismo. Lo primero para ser buen padre es mostrarse responsable, cumplir su palabra y estar presente al lado del niño cuando el niño necesita al adulto. Pensando en los diez mandamientos, el típico inmaduro los ve como prohibiciones e intenta zafarse de ellos, pero una manera más madura de verlos es considerarlos como consejos positivos. Para vivir en armonía con tu familia y tu sociedad, conviene no contravenir estas reglas. Los mandamientos, las leyes y las reglas no existen para recortar nuestras posibilidades sino para limitar en lo posible la infelicidad.

Uno de los problemas con los inmaduros es que no saben que son inmaduros. La madurez aporta una perspectiva que permite reconocer la inmadurez pero no al revés.

En la vida moderna, existen además una serie de influencias que apoyan una visión inmadura de la vida. Los periódicos y los telediciarios dedican mucho espacio a las catástrofes y los crímenes,

cuando no se limitan a airear chismes sobre políticos y resultados de fútbol. El cine y la publicidad atraen a los espectadores con unos deseos carentes de realismo. La publicidad intenta hacernos creer que, como por magia, nos convertiríamos en bellos y deseables si utilizamos sus productos. Los programas de entretenimiento muestran a unos adultos jugando, comportándose como niños. En vez de la excelencia de alguien que ha aprendido o la madurez de alguien con experiencias, domina la pura mediocridad. Se idealiza lo inmaduro y lo irracional. Ese estado de cosas está vinculado con el egocentrismo. El egocéntrico cree no tener que cambiar y no tener necesidad de aprender. El inmaduro suele aceptar lo fragmentario, por ejemplo, de la televisión y se ha acostumbrado a no esperar otra cosa. La escuela como idea representa lo contrario: un esfuerzo a largo plazo para confrontarse con temas complicados. Los estudios ayudan a salir de la inmadurez a través de las exigencias y a través del contacto con la filosofía, la religión, la historia, la literatura, la música, la pintura, las matemáticas o las ciencias naturales. Lo que sucede ahora es que los jóvenes sólo picotean en esos campos porque estudiarlos supone un esfuerzo y el resultado es que la educación no llega a tener el mismo efecto transformador en ellos como el que solía tener.

La idealización de la juventud nos ha dado una curiosa perspectiva sobre la vejez. Se actúa como si alejarse de la juventud fuera necesariamente algo malo. En general, los que han madurado de ninguna manera desean volver a la situación anterior en la que no habían adquirido los conocimientos y las experiencias que tienen ahora. Cuando se casan parejas de edades muy diferentes, la posible tensión entre los cónyuges no tiene sólo que ver con la diferencia de energía física sino también con la madurez. Sería curioso si estuvieran en una fase existencial similar a pesar de tener uno de ellos más edad que el otro. Somos lo que hemos vivido y aprendido. Se puede hacer también un experimento mental. Si alguien nos ofreciera una suma considerable por sacar de nuestro cerebro

por ejemplo nuestro conocimiento de lenguas extranjeras, los recuerdos de los viajes que hemos realizado o la capacidad de tocar el piano, probablemente muy pocos aceptarían el dinero. Sacarnos algo aprendido y vivido sería como convertirnos en otras personas. Además, hayan sido positivas o negativas las experiencias, las vemos como importantes porque son nuestras. Algo similar sucede con la pregunta: «Y si pudieras volver a vivir tu vida, ¿qué cambiarías?». A la mayoría de nosotros sólo se nos ocurren pequeños cambios porque en el momento de decidir somos el resultado de nuestras experiencias. Por eso, la pobreza material no es la peor sino la pobreza mental y esto lo saben por ejemplo las personas enfermas o los prisioneros de los campos de concentración. Un prisionero y un enfermo pueden entretenerse pensando en sus diferentes vivencias y también en los libros, los cuadros y la música que han conocido. Las experiencias vitales incluyen las culturales.

Todas estas consideraciones tienen consecuencias directas sobre la vida social y política. La democracia como sistema de gobierno depende directamente de la madurez de los ciudadanos. Si estos no piensan más que en su propio beneficio a corto plazo, la calidad de la vida pública se deteriora. Si los políticos se centran en ofrecer subvenciones y si los ciudadanos se acostumbran a esperar ofertas de ese tipo, la vida pública se envilece. Tener que presentarse a la reelección cada cuatro años somete a los políticos a un gran estrés, y quizá esto pueda ayudarnos a entender por qué caen en la tentación del cortoplacismo. En realidad, lo ideal sería que los políticos se comportaran como educadores o padres, insistiendo en lo que es bueno a largo plazo. Esto a su vez presupone que tengan una comprensión profunda de cómo funciona la sociedad y de lo que es bueno y justo. La vida política consiste fundamentalmente en hechos morales. Tener nobleza de espíritu comporta rechazar el cinismo y el juego sin contenido y no decir nunca que no vale la pena defender lo justo.

Estamos en una situación en la que hay que volver a insistir en la función de los padres. Debemos «reparentalizar» la sociedad.

Demasiados padres han huido de su tarea de educadores. Algunos no quieren ser adultos sino que quieren ser adolescentes como sus hijos. Estos padres no quieren aceptar sus responsabilidades y creen que la sociedad se ocupará de todo: son productos de la sociedad del bienestar y creen que tienen derecho a que la sociedad se ocupe de todo, incluso de educar a sus hijos.

Antes, los padres mandaban sin más a sus hijos a la escuela más próxima. Ahora, ni siquiera los profesores y los profesionales de la educación confían plenamente en la capacidad de la escuela para enseñar. ¿Qué ha pasado en las últimas décadas para que la elección del colegio de nuestros hijos sea una *misión imposible*?

Educación: guía para perplejos se dirige a padres, periodistas y políticos con la intención de ofrecer una orientación ante la presente situación de la educación escolar. Con un lenguaje comprensible para todos y sin tapujos, la autora hace una descripción del contexto educativo actual y lanza diversas propuestas que los padres pueden adoptar.

El libro está concebido como una síntesis personal de experiencias, lecturas y reflexiones de una autora contracorriente que, a su vez, describe una antropología de la educación, pues aporta observaciones sobre cómo funciona la educación en el entorno social actual, e incluso una filosofía de la educación que quiere pensar sobre sus fundamentos.

Un aspecto esencial del libro es la denuncia del tabú que impide mencionar la relación entre la crisis de la educación en Occidente y un igualitarismo permisivo que ha desplazado al aprendizaje como objetivo central de la educación o, con otras palabras, la denuncia de la combinación del igualitarismo con la *nueva pedagogía*.

ISBN DIGITAL: 978-84-9055-275-9



EE
ENCUENTRO
EDUCACIÓN